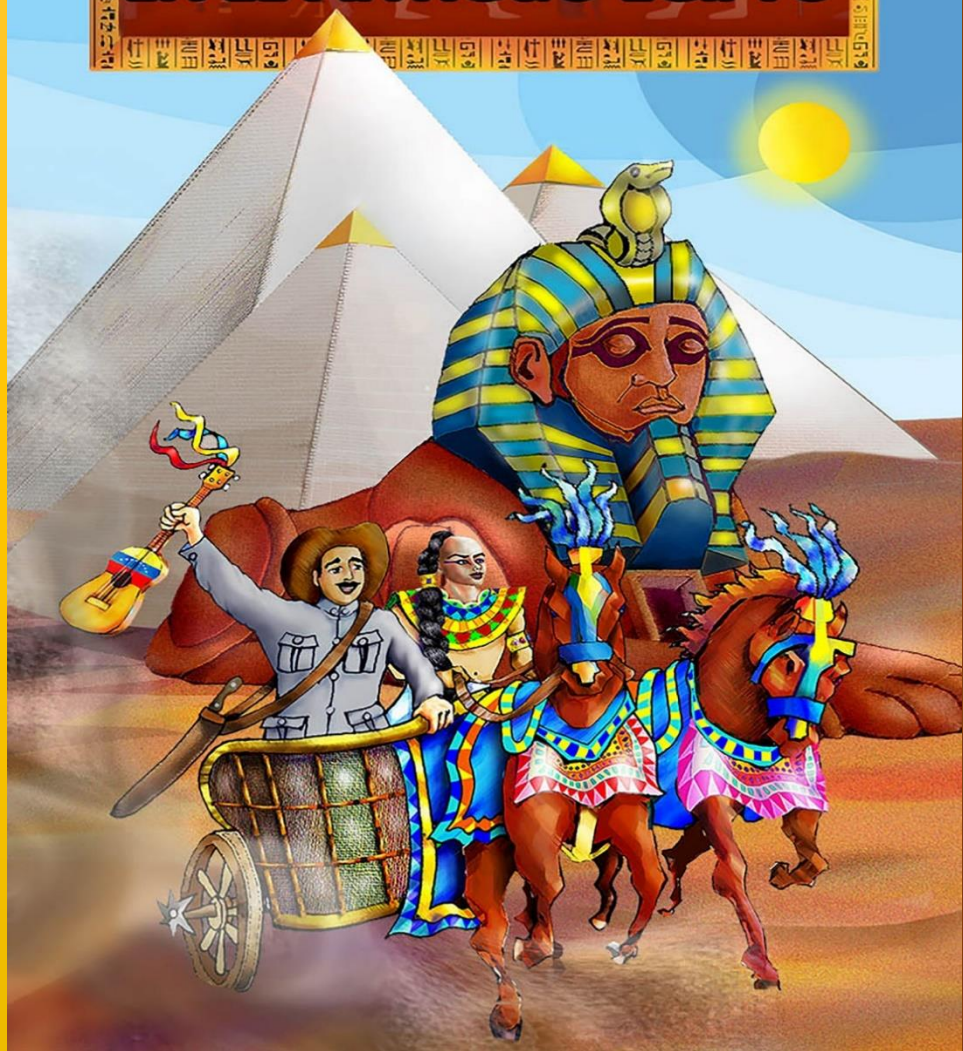


DAVID M. SEQUERA

EL SABIO POPULAR EN EL ANTIGUO EGIPTO



Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina
2021

El Sabio Popular en el Antiguo Egipto

DAVID SEQUERA

Prólogo: NACHO ARES

FICHA TÉCNICA

Título: El Sabio Popular en el Antiguo Egipto

Autor: David Sequera

Prólogo: Nacho Ares

© Editorial Centro de Estudio Sociales de América Latina (CES—AL.) <http://www.ces-al.ml>

Cuenca (Ecuador) 2020

CRÉDITOS

Cuidado edición: CES—AL

Portada: Rukleman Soto

ISBN: 978-9942-840-15-8

Diseño y diagramación: CES—AL

QUEDA TOTALMENTE PERMITIDA Y AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL BAJO CUALQUIER PROCEDIMIENTO O SOPORTE A EXCEPCIÓN DE FINES COMERCIALES O LUCRATIVOS

Índice

CAPÍTULO	TEMA	PÁGINA
	DEDICATORIA	7
	PRÓLOGO	9
I	EL VALLE DE LOS REYES (1922 d.C.)	11
II	UN CRUCERO POR EL NILO (1971 d.C.)	17
III	TEBAS (1320 a.C.)	23
IV	AMARNA (1353 a 1336 a. C.)	30
V	KARNAK	41
VI	EL ARTESANO DEL TEMPLO	48
VIII	LA FIESTA DE OPET	59
VIII	EL MAESTRO ESCRIBA	64
IX	LA CASA DE LA MUERTE	75
X	EL MÉDICO DEL FARAÓN	83
XI	LA BATALLA DEL DESIERTO OESTE	92
XII	EN LA ESFINJE DE GUIZA	102
XIII	LAS SACERDOTISAS DE SIWA	115
XIV	EMBALSAMANDO A UN DIOS	121
XV	LA PROCESIÓN FUNERARIA	129

XVI	UN VIAJE A LA ETERNIDAD	136
XVII	ANKESNAMÓN	141
XVIII	EL PORTAL DE KARNAK	146
XIX	EL CAIRO (1971 d.C)	152
	MAPA DEL ANTIGUO EGIPTO	164
	PERSONAJES DE LA NOVELA	163
	VENEZOLANISMOS Y OTROS MODISMOS	166
	LÉXICO DEL ANTIGUO EGIPTO	169
	PRINCIPALES DIOSES EGIPCIOS	172
	SÍMBOLOS DEL ANTIGUO EGIPTO	176
	SEMBLANZA BIOGRÁFICA	181
	BIBLIOGRAFÍA (videografía, blografía, ilustraciones y textos)	182

Portada:

El escape de la Esfinge de Guiza.

Rukleman Soto (2020).

Dedico esta obra a mi querida hermana Thais, cariñosamente llamada Cachita, quien fue la primera de los hermanos en recorrer el mundo y mostrarme que había otras civilizaciones más allá de la zona sur de nuestro municipio lacustre habitado por un gran lago, estuario del lago de Tacarigua, poblado de peculiares cocodrilos o babas que les dieron nombre a las casas de mi infancia.

David M. Sequera

*“Solo los dioses viven para siempre bajo la luz del sol”
Poema de Gilgamesh (2100 a.C.)*

PRÓLOGO

Egipto ha fascinado a cientos de generaciones de buscadores, curiosos o simplemente egitomaníacos. Desde la desaparición de la cultura faraónica con los albores del helenismo en el siglo IV antes de nuestra era, Egipto supo mantenerse vivo, muy influenciado por el mundo grecorromano, pero



pero manteniendo aún ese halo de autenticidad que, sorprende decir esto, pero sigue muy vivo en la actualidad. Y es que, desde mi modesto punto de vista, Egipto no ha dejado de ser referente de culturas e inspiración de Sabios, hombres y mujeres que durante miles de años han visto en la civilización nacida en el Valle del Nilo a ese igual, ese padre, del que tanto hemos heredado.

El libro que tiene en sus manos ahora mismo es fruto de lo que acabo de decir. No importa el paso del tiempo ni mucho menos las distancias o la cultura en la que la persona haya nacido. El ser humano continúa viéndose atraído por el mundo faraónico como ya hizo Alejandro Magno o antes que él los persas o los asirios en el Primer Milenio antes de nuestra era.

¿Por qué? ¿Dónde nace esa fascinación por el antiguo Egipto? Seguramente la respuesta descansa en el hecho de que no hemos cambiado nada desde hace prácticamente dos milenios. Seguimos teniendo las mismas dudas, las mismas preguntas y continuamos reaccionando de la misma manera ante situaciones similares. El común denominador que nos une con ellos es que seguimos siendo humanos.

Como muy bien nos muestra David Sequera en su novela, ese conocimiento descansa en las cosas sencillas. Es cierto que gran parte del conocimiento que tenemos de los antiguos egipcios viene de las tumbas de reyes y de altos dignatarios.

Sin embargo, no podemos decir que ellos fueran el reflejo de la sociedad egipcia. Ésta estaba levantada por personas de un estrato social muy

humilde. Y es precisamente cuando nos adentramos a conocer su cotidianidad, cómo vivían, cómo pensaban, qué les preocupaba o cómo amaban, solo entonces descubrimos que son mucho más parecidos a nosotros de lo que habíamos pensado en un principio. Y eso nos emociona, como emociona el relato de David Sequera quien vive con emoción su pasión por la historia.

En este libro descubrirás una excelente aproximación a la cultura faraónica de la mano de un Sabio, Ramón, cuya sed de conocimiento no se frena con los obstáculos naturales de estar en una tierra lejana y distinta.

Es mágico, extraordinario y, una vez más, emocionante, que personas como David en América, en mi caso yo en España u otros egiptomaníacos o “egiptolocos”, como me gusta llamarles, sintamos tan fuertes los lazos que nos proporciona el mundo faraónico. Algo que no morirá nunca porque sus dioses siguen encarnados entre nosotros y en nuestra forma de sentir la vida.

Mi más sincera enhorabuena David.

NACHO ARES

Madrid, 12 de enero de 2021

Capítulo I

EL VALLE DE LOS REYES (1922)

A inicios del siglo XX de nuestra era el mundo entero se conmocionó con el mayor descubrimiento arqueológico de todos los tiempos, la tumba casi intacta de un joven Faraón llamado Tutankamón que había vivido en el Imperio Nuevo y pertenecía a la dinastía XVIII del antiguo Egipto que reinó de 1336 a 1327 a. C, hace más de 3.000 años. Dicho evento sucedió en el Valle de los Reyes, cerca de Tebas, hoy día Lúxor, a unos 500 kilómetros de El Cairo, actual capital de Egipto.

Pero, ¿quién fue el arqueólogo cuyo destino los faraones habían elegido para interrumpir el sueño eterno de un rey apenas conocido con el nombre de Tutankamón? Un arqueólogo inglés llamado Howard Carter, quien luego de varios años de búsqueda infructuosa en un desafiante desierto africano y casi a punto de claudicar, encontró “una magnífica tumba con los sellos intactos”. Semanas antes, el jefe de Carter, un acaudalado inglés llamado Lord Carnarvon, había ordenado suspender la excavación a las decenas de obreros y, personalmente, le había notificado a Carter desistir, de una vez por todas, de esa ilusoria búsqueda de la tumba de un rey niño que al parecer solo existía en los jeroglíficos interpretados en los milenarios templos sagrados. Entre los principales motivos de tan desilusionada decisión estaba el hecho de que la fortuna de Lord Carnarvon se había ido disminuyendo en esos largos siete años de improductiva excavación. Pero Carter insistió:

- “Permítame excavar una temporada más. En mi plano todavía había una pequeña zona triangular que falta por explorar”-. Dicha zona se hallaba exactamente debajo de la famosa tumba de Ramsés IV.

Los fantasmas de Carter lo agobiaban a cada instante.

- ¿Y si no hay nada por descubrir? ¿Y si encuentro la tumba, pero ya robada en la antigüedad por los saqueadores de tumbas?

Sin embargo, “A Dios rogando y al mazo dando”. Carter, junto con otros trabajadores egipcios comenzaron a limpiar la “zona triangular” de la

mística necrópolis del Valle de los Reyes. Nada parecía especial en aquel día, las horas pasaban, el calor, la arena por doquier, el cansancio, la rutina. El aguador oficial, un niño de diez años llamado Husein se desvivía por atender a todos los sedientos, ayudado por su fiel transporte, un borrico de mirada cansina. Fue así como sin querer tropezó con algo que resultó ser un escalón, al caer, el niño trató de levantarse viendo tristemente como el agua era absorbida rápidamente por la sedienta arena. Se acercó al escalón y llamó a los trabajadores cercanos quienes informaron al “jefe”. Parecía como si el mismo joven farón Tutankamón hubiese querido ser despertado de su milenario sueño por alguien como él, desconocido y joven en sus inicios. Con premura llegó Howard Carter, quien muy emocionado, cargó en sus brazos al pequeño Hussein brindándose mutuamente un fuerte abrazo. Luego de ello, Carter se agachó cerca del escalón encontrado y, al quitar una capa de arena, observó algo sólido, era el inicio de unas escaleras de piedra recubiertas de yeso que conducían al interior de una roca. Luego de una jornada de trabajo, la cuadrilla logró desenterrar 16 escalones. Carter, presuroso, bajó con el corazón en la mano, y más contento que muchacho en la calle, se acercó e identificó una puerta decorada y bloqueada con varios sellos. Sobre el yeso de la puerta estaban los sellos intactos de los faraones custodios del Valle de los Reyes destacándose el sello de la necrópolis con la figura del dios chacal de los muertos llamado Anubis y nueve cautivos arrodillados.



Cerradura original que usaron los sacerdotes egipcios para sellar la tumba de Tutankamón hace más de tres mil años atrás.

Días después, al llegar Lord Carnarvon de Londres, la entrada sellada por los sacerdotes de Amón fue destruida. Detrás de ella se encontraba un corredor lleno de piedras, luego otra entrada tapiada, con los sellos intactos de 3000 años de antigüedad, para ser exactos, 3.245 años. Carter se acercó y ordenó abrir un orificio en la parte superior izquierda de la entrada. Lord Carnarvon se moría de la curiosidad, a lo que le preguntó:

- ¿Puedes ver algo Carter?

-Sí -respondió sin aliento-. Veo cosas maravillosas.

Al entrar, luego de grandes esfuerzos en apartar pesadas rocas, hallaron varias cámaras; la primera, llamada la antecámara, brillaba por los objetos repletos de oro y piedras preciosas, cajas de madera contentivas de comida, fármacos, vestidos. En el extremo, cual guardianes custodiando otra entrada sellada, estaban dos figuras de madera, de tamaño natural. Al traspasar esta entrada se encontraron con la cámara funeraria donde estaba un gran relicario de madera, o sarcófago cubierto de oro que encerraba tres ataúdes con forma humana, uno dentro del otro, donde moraban los restos del rey Tut. Cada uno de los ataúdes en forma de momia destellaban una belleza y valor increíble. El último ataúd mostraba un cuerpo momificado envuelto en finas telas de lino. Sobre su cabeza llevaba la famosa máscara de oro de del rey Tut que idealizaba su joven rostro tal cual la conocemos, y sobre su pecho, la imagen de un escarabajo alado que representaba al Sol naciente, símbolo de la resurrección en la mitología egipcia. El cuerpo momificado del rey Tut estaba rodeado de muchos objetos de gran valor, la mayoría eran joyas personales: brazaletes, pectorales, collares, gargantillas, pulseras. Como buen arqueólogo Howard Carter hizo un excelente trabajo de organización, clasificación y fotografía de todo lo que se encontraba en la Tumba; este trabajo minucioso le llevaría los siguientes diez años de su vida. Pero había más sorpresas. Descubrieron una puerta pequeña, abierta y sin sellos, que daba a una estancia de reducidas dimensiones, donde estaban concentrados los mayores tesoros de toda la tumba.



Howard Carter estudiando el sarcófago del faraón Tutankamón

Durante los siguientes años todo el material fue a parar al museo del Cairo. Un siglo después, en el año 2020 estos espléndidos tesoros se pueden disfrutar en el Gran Museo Egipcio de El Cairo, el museo más grande de todos los tiempos, dedicado a una sola civilización, la del antiguo Egipto. Este moderno y colosal museo se encuentra ubicado a dos kilómetros de las pirámides de Guiza. Este “edificio” es refugio de un tesoro milenario de varias dinastías de la civilización egipcia. Pero la joya de la corona es una muestra de más de 5.000 objetos pertenecientes al rey Tut, entre ellos: el famoso pectoral, realizado con piedras preciosas, un abanico, una daga de oro y plata encontrada al lado del cuerpo de rey Tut, alimentos como panes, pasteles, carne de buey condimentada, grandes jarras de vino, dátiles como higos, almendras y uvas. Destacan además en este colosal museo armas como arcos, cuchillos, carros desmontados, de madera revestida con oro,

bastones de oro, plata y marfil, elementos de guerra que nos indican que su dueño era un hombre de batallas y grandes hazañas.

Los años siguieron pasando y poco a poco Howard Carter fue quedando en el olvido. Mientras miles de turistas visitaban el museo del Cairo para ver el asombroso tesoro del Rey Tut, él permanecía apartado y *más triste que mocho viéndose el tuco*. A veces se alegraba cuando alguien lo visitaba en su extraña casa más parecida a un pequeño museo y allí, en su silla faraónica de madera, que mandó a ser en forma de silla imperial, entretenía a algún perdido turista sobre cómo había descubierto el tesoro más grande hasta ahora encontrado de un faraón. Sin embargo, en su lógica inglesa había algo que no lo dejaba dormir, entre tantos misterios que escondía el Egipto antiguo había una reliquia cuyo significado no lograba descifrar, era un papiro que logró tomar de la mano derecha del rey Tut, en este documento estaba un dibujo del joven faraón en plena cacería en su carro, y detrás un extraño hombre de rostro amable.

Lo curioso era que este hombre llevaba, según se identificaba en el papiro, unos cortos bigotes, sombrero de paja, un traje de tela blanca, con una camisa de mangas largas sin cuello, largamente abotonada, como si no le molestara el intenso sol, un pantalón de la misma tela, arremangado a una cuarta de los tobillos, para luego terminar en un calzado negro, muy liviano, tejido con fibra vegetal cuya suela era de cuero curtido. Se lograba ver el primer dedo del pie redondeado, lleno de callos, propio de un gran caminante. Atado a la cintura se observaba una espada afilada de inusual forma. En su pecho se observaba una imagen de la virgen a manera de escapulario. Se destacaba además un instrumento musical colgado de su espalda. En el inferior del papiro, al lado del nombre del cartucho del rey Tut, estaba otro, con un enigmático nombre, con los símbolos:



Ni Howard Carter ni ninguno de su equipo formado por paleontólogos, arqueólogos, antropólogos y geólogos afamados, ni sus muchos años de estudio en historia antigua le habían permitido identificar el extraño jeroglífico, mucho menos ubicar a ese excéntrico personaje en alguna civilización antes de Cristo. La extraña figura del papiro era el típico artefacto fuera de lugar (llamado en inglés *Oopart*: out of place artifact).

Todos los presentes de la milenaria necrópolis estaban atormentados y llenos de dudas, es decir, estaban *más perdidos que estornudo é chingo*.

¿Quién había colocado un papiro enrollado en la mano del rey Tut?
¿Por qué motivo? ¿Quién era ese hombre del papiro con extraños ropajes que lucía tan cercano al joven rey? ¿Qué significaban los símbolos del cartucho? ¿Por qué Carter conservó esta reliquia?

Capítulo II

UN CRUCERO POR EL NILO (1971 d.C)

Era uno de los más exóticos cruceros a vapor que navegaban por el enigmático río Nilo, llamado “El alma egipcia”. Un viaje a Egipto debía ser a lo grande y Ramón no escatimaría gasto alguno. Por algo estuvo ahorrando todos esos años mientras trabajaba en el hato “El frío” desde muy en la madrugada hasta avanzada la tarde cuando se guardaba el ganado. La ruta comprendía un crucero por el Nilo de cuatro noches, de Lúxor a Asuán, con derecho a visitar los enigmáticos templos que dieron vida al Antiguo Egipto. Ramón ocupaba el camarote veintitrés, éste no era muy lujoso, pero tenía todo lo necesario y cómodo que deseaba. Una cama, la cual sustituyó por su inseparable hamaca, un pequeño y antiguo escritorio de madera, una mesita de té, mejor dicho, de café molido, un café oscuro y aromático que él mismo había traído de su tierra y una gran ventana que le permitía disfrutar de la vista magistral del río en el creciente fértil. Desde cómodos sillones ubicados a lo largo del pasillo del barco Ramón podía contemplar la vida marina donde desafiantes cocodrilos parecían enemistados con opulentos hipopótamos quienes, cual rocas gigantes se confundían en el paisaje. A lo lejos, pequeñas casas de barro, ruinas y grandes templos avizoraban un viaje inolvidable. La aventura comenzó dos días atrás cuando un hombre egipcio vestido con una túnica larga de lino blanco recogió a Ramón en la estación del tren. Luego de los saludos formales, tomaron un pequeño auto que los llevaría al famoso “Alma egipcia” el cual ya ostentaba la fama de ser el crucero de más larga trayectoria en las aguas del Mediterráneo. Una treintena de personas esperaban ansiosamente en un café a las orillas del Nilo la orden de entrada al Crucero. Ramón notó que la mayoría eran personas de avanzada edad vestidos como si fueran a un safari. También había algunas parejas de recién casados, esto lo dedujo dado lo cercano que estaban el uno del otro, entre mimos y caricias. Pocos minutos después, un hombre alto, con un elegante uniforme azul de capitán, de barba blanca y ojos arios

daba la bienvenida e invitaba a todos al abordaje. Poco a poco todos fueron conducidos a la hermosa sala principal donde un grupo de músicos de fuertes rasgos árabes ejecutaban unas clásicas canciones egipcias. Seguidamente un grupo de lindas bailarinas, decoradas con ropaje antiguo, irrumpieron en la escena y, cual danza de Salomé, extasiaron a todos los presentes performando atrayentes piezas. Algunas lindas chicas, empleadas del crucero, distribuían cigarrillos, miradas sinuosas y champán. Una gran mesa ubicada al lado de las ventanas ofrecía un variado buffet de comidas exóticas propias del antiguo Egipto como exquisitos patos, peces y ánforas de vino y cerveza. El rostro de Ramón emanaba felicidad, aun cuando al principio se sentía como *cucaracha en baile de gallinero*, sus ojos observaban todo a su alrededor mientras se decía a sí mismo:

- ¡Esto es lo mío papá!

Ramón escuchaba a los presentes tratando de identificar el idioma, entre ellos alemanes, franceses, ingleses, italianos e hindúes. Sólo él hablaba español, aun cuando entendía muy bien todas las lenguas a bordo del crucero. Ya entrada la noche todos se dirigieron a descansar, no sin antes uno de los guías turísticos comunicar desde lo alto de una pequeña y elegante escalera, que al día siguiente visitarían algunos templos sagrados del Antiguo Egipto.

Al amanecer degustaron un rico desayuno, hecho a base de un platillo salado llamado *fool* o guiso de habas condimentadas con comino y con aceite de oliva que comieron con un pan especial llamado Eish Baladi, todo acompañado con frutas, té y café. Luego de ello, Ramón se dirigió a su camarote y se apertrechó llevando sus macundales: su traje criollo, llamado liquiliqui, su sombrero de cogollo, un bolso donde llevaba una agenda o cuaderno, un libro de bolsillo o novela de Agatha Christie llamada: Muerte en el Nilo, bolígrafos, su cuatro, su machete cuatro canales, chimó y una totuma de agua. El crucero desembarcó en la majestuosa ciudad de Lúxor, que era la ciudad más importante y rica en el antiguo Egipto y llevaba el nombre griego de Tebas, o conocida por los antiguos egipcios como Waset. Allí visitaron dos impresionantes templos: el Templo de Lúxor y el gigante templo de Karnak, templo de templos, conocido como el mayor centro espiritual del mundo en la

época faraónica. Ramón estaba embelesado en Karnak; empezó a caminar por la Avenida de las Esfinges: una calle de tres kilómetros con numerosas esfinges a cada lado, cada una parecida a la gran esfinge de Guiza con cuerpo de león y cabeza faraónica. También había esfinges con cabeza de carnero. Esta avenida unía en el pasado a estos dos grandes templos, Karnak y Lúxor fungiendo como camino de procesión del gran Amón, principal deidad de la gran Tebas. Ramón no paraba de escribir y dibujar las extrañas figuras humanas con cabeza de animales, faraones y esa misteriosa escritura egipcia, o inscripciones jeroglíficas que trataba de garabatear; la verdad es que estaba *más feliz que perro con dos colas*. Luego, no tan lejos al norte de Lúxor, El alma egipcia era vigilada por el mar rojo quien lentamente se adentraba en el Mar Mediterráneo. Después de comer, tomaron la buseta turística, la cual, a través de una rampa se introdujo en la parte final del crucero.



Los Colosos de Memnón, a la entrada del Valle de los Reyes.

Al llegar a la otra orilla, ribera occidental del Nilo, frente a la ciudad egipcia de Lúxor, cerca de Medinet Habu y al sur de las grandes necrópolis Tebanas, nuestros turistas retomaron la buseta y visitaron los Colosos de Memnón, dos gigantescas estatuas de piedra que

representan al faraón Amenhotep III, abuelo de Tutankamón, en posición sedente. Ramón anotaba todo en su agenda: “Estas colosales estatuas idénticas, talladas en piedra cuarcita, tienen una altura de 18 metros y son los guardianes del Valle de los Reyes”. Luego de ello conocieron el Templo que albergaba la tumba de Hatsepsut, dedicado a la única mujer que reinó en Egipto durante el Reino Nuevo (1479-1457 a.C.) Ramón detalló el gran entorno rocoso que rodeaba al templo, así como la fina escultura de sus columnas y sus muy bien elaboradas pinturas. Finalmente llegaron a la Necrópolis de Tebas, ubicada al oeste del Nilo. Allí los esperaba el famoso Valle de los Reyes, donde yacía la tumba más famosa de todos los tiempos, la del joven faraón Tutankamón. Sin embargo, los planes iban a cambiar; el guía turístico notó, al distribuir unos sánduches que faltaba una pareja, el señor y la señora Swift. Alguien comentó haberlos visto por última vez en el templo de Karnak. Inmediatamente todos subieron a la buseta y se dirigieron hacia ese lugar. Desafortunadamente, una fuerte tormenta de arena los hizo desviarse hacia el sureste, hacia un templo, templo de Edfu, dedicado al dios Horus.

Ramón estaba preocupado, quería encontrar a los turistas perdidos. El guía turístico estaba angustiado, pese a ello, trataba de calmar a todos: -Hemos llegado al templo del hijo de Osiris e Isis-. El Sabio notó expresión de miedo en sus gestos. El guía invitó a todos a salir de la camioneta y explorar el templo.

-Este misterioso templo -continuó el guía-, el templo del dios Horus, es el mejor conservado de Egipto y el más importante después del templo de Karnak; mide 137 metros de longitud, por 79 metros de ancho y 36 metros de altura. Es característica la iluminación del templo con habitaciones cada vez más pequeñas que impide el paso de la luz. El templo de dios halcón Horus, presenta una muestra clásica de arquitectura egipcia, y era un antiguo santuario donde los seguidores de Horus lo adoraban. Estos seguidores eran llamados: los Shemsu Hor. Ramón quedó muy impresionado por los grandes pilonos del templo de Horus, los cuales tenían grabados, así como todas las paredes, infinitos textos, jeroglíficos que las cubrían por doquier. Ramón deseaba

efusivamente entender lo que quería decir esos antiguos textos, y en un momento dado, lo deseó de tal manera, que un evento inusitado ocurrió: sus ojos podían, no sabe cómo ni porqué, entender el significado de esas grafías milenarias, y logró leer, con la vista elevada hacia el templo, comprendiendo que se trataba de luchas divinas que se dieron entre los dioses en los albores del tiempo. Un combate a vida o muerte se narraba, librado entre el dios Horus, dios del cielo, la luz y la bondad y su malvado tío Set. Según cuenta la mitología egipcia Osiris, señor de dioses, dios de la resurrección y fertilidad del Nilo, fue asesinado por su malévolo tío Set, hermano de Osiris. En venganza, Horus, hijo de Osiris y la diosa de la maternidad Isis, vengó a su padre en una batalla final desterrando a Seth con la Ayuda de unos misteriosos seguidores llamados los Shensu Hor. Confundido y asustado, Ramón convidó a los otros pasajeros a leer el gigante texto, pero estos rieron diciendo que no eran arqueólogos eruditos sino simples turistas como él. Para avanzar en la búsqueda de la pareja perdida, el guía ordenó que esperasen todos en la buseta, sin embargo, Ramón insistió en acompañarlo. Acto seguido, al entrar en las misteriosas paredes internas de la galería exterior Ramón comenzó a dibujar un extraño relieve que le impresionó: una embarcación de los Shemsu Hor, partícipes de la victoria de su señor Horus. Sin darse cuenta se encontraba en el lugar más sagrado de la religión en el antiguo Egipto, el Santosantorun del templo de Edfu. Inesperadamente otro viento, aún más fuerte, llamado quibli, procedente de las aguas del Mar Rojo comenzó a soplar, tan fuerte era que fue arrancando a su paso la capa superior del suelo egipcio ocasionando una mortal tormenta de arena. La buseta voló por los aires con todos sus desgraciados tripulantes. Ramón se hallaba atrapado, desubicado.

Era casi imposible respirar, no veía nada en frente de él. Dando pasos desorientados y extendiendo sus manos chocó contra una gran estatua de Horus de granito en la capilla. Lamentablemente tropezó y golpeó su cabeza al caer, quedando tendido bajo una mancha de sangre mientras lo observaba la pétrea mirada del dios halcón.



Relieves en el Templo de Edfu, santuario del dios Horus.

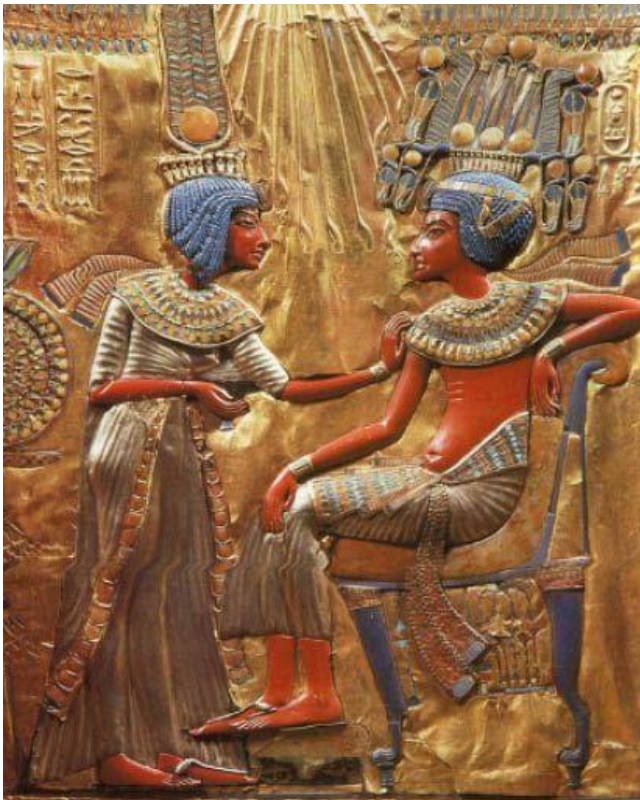
Capítulo III

TEBAS (1320 a.C.)

Una barca real remontaba el imponente Nilo rumbo a la cosmopolita ciudad de Tebas. A esta barca le precedían una flotilla de naves, civiles y militares. Las primeras llevaban todo lo necesario para La cohorte del Faraón: vestidos, joyas, regalos, alimentos, entretenimiento y algunos sacerdotes. La segunda, un grupo de soldados y algunos esclavos. El faraón, junto con su esposa, venían de una jornada religiosa de adoración a sus dioses en los templos de Abú Simbel y el templo de Philae dedicado a la diosa Isis y el templo Kom Ombo, santuario del dios reptil Sobek. Pronto llegarían a las orillas del templo del dios Horus en Edfu; ya habían dejado atrás el desierto de Nubia, para luego, ya en Tebas, rendir tributos a las milenarias deidades en los imponentes templos de Lúxor y Karnak.

La barca tenía catorce metros de largo, fabricada con la mejor madera de cedro traída de la ciudad de Tiro. En su interior servían algunos hombres y mujeres de delgada textura y cuerpos pequeños. Muy cerca del timón destacaba el gran visir o primer ministro llamado Herombed, funcionario supremo del Estado, responsable de coordinar y controlar la administración interna egipcia. A unos pocos metros se encontraba el sumo sacerdote Abay. Los hombres llevaban una falda de lino y las mujeres un vestido de la misma tela semitransparente sostenido de un hombro. Algunas portaban collares y brazaletes, sus pies eran protegidos por ligeras sandalias. Llevaban además pelucas que los protegían del inclemente sol. Siempre en vigilancia, algunos soldados custodiaban alrededor del barco por ser la guardia personal del faraón. Una pareja joven se destacaba en el centro, recostados debajo de una elegante cabaña de juncos tejidos que les hacía sombra, era el rey Tutankamón y su esposa Ankesenamón. El rey aparentaba unos 17 años, de su cabeza semi rapada sobresalía una larga cola de caballo. Una túnica de mangas largas cubría su definido cuerpo y un chal encima

del hombro. Brillantes joyas lo adornaban. En su cintura destacaba un afilado y decorado cuchillo con su vaina de oro. Tenía agradable semblante, un poco enfermizo, dientes prominentes y algunas cicatrices de pasadas batallas. Heredaba defectos congénitos quizás al ser hijo de dos hermanos de estirpe faraónica, el excéntrico Akenatón y su hermana Kiya, conocida como “la dama joven” en futuros milenios. Por otro lado, la relación incestuosa se prolongaría al estar casado Tutankamón con su media hermana Ankesenamón, quien era hija de Nefertiti la hermosa y Akenatón. Quizás por ello esta pareja faraónica ya cargaba con el dolor de la pérdida de dos hijos en el parto.



Jóvenes monarcas: Tutankamón y Ankesenamón.

Ankesenamón lucía hermosa, toda una elegante faraona con un vestido largo de lino claro que dejaba intuir una provocativa figura.

En verdad, era muy hermosa, como su madre Nefertiti. Aunado a tanta belleza, conocía el arte del maquillaje y del encanto. Tenía una belleza cautivadora y era atendida por expertas en belleza, todo para un fin principal, encantar a su único amado Faraón Tutankamón. El calor y la rutina del río eran insoportable; como alternativa, Ankesenamón dejaba que sus pensamientos se escapasen hacia su romántico santuario en Karnak compartido con su gran amor. Este mágico lugar era el palacio real, o templo de Karnak. Más adentro, en la intimidad de su cuarto, siempre equipado estaba su estuche de maquillaje, cuyos ingredientes consistían en especias traídas de Nubia y fuera de las fronteras como Siria o Libia, la gena o tinte de la región del Delta del Nilo usado para teñir el pelo y decorar los pies; la galena o khol, mineral del desierto oriental que, pulverizado, era utilizado para dibujar una línea con un bastoncillo en el interior del ojo la cual se extendía hasta la oreja. El khol era usado principalmente por sus propiedades antibacterianas y protector solar. Los egipcios asociaban el delineado a la pureza ritual, por eso era muy usado por las sacerdotisas y lo usaban para ungir las estatuas de los dioses. Con malaquita en polvo, mezclada con grasa de ganso o de buey se hacía una pasta cremosa que se aplicaba sobre los párpados. El colorete se usaba en los pómulos. El pintalabios era fabricado con la misma sustancia ocre del colorete mezclada con aceite de semillas de lechuga. El perfume, gran afrodisíaco aromático, era mezclado con aceite o grasa y ella lo usaba alrededor de su cuerpo y su pelo. En ocasiones especiales la hermosa faraona explotaba su belleza para su rey usando además un fino vestido de lino translúcido.

En verdad Ankesenamón sabía cómo seducir a su esposo, tanto así que éste, aun cuando podía tener un harén con miles de concubinas, solo se quedó con su Ankesenamón. Esta linda pareja se sentía muy bien uno al lado del otro, siempre juntos, siempre aferrados mutuamente contra el mundo, ese mundo que cambió cuando sus padres desaparecieron misteriosamente. Siempre se hacían regalos, demostrándose cariño, un cariño grabado en cualquier superficie

cercana a ellos, un santuario de oro tallado, por ejemplo, con escenas donde Ankesenamón lo cuidaba, otro, que mostraba al joven Tut cazando mientras su bella reina le sostenía las flechas. Uno de los mimos que le agradaba hacerle al rey Tut era rociarle perfume en sus manos. En el cuarto real destacaba una hermosa lámpara de alabastro que al encenderse aparecía de forma translúcida la pareja real dibujada en ella, esto era posible ya que dentro de la lámpara había una segunda que tenía el dibujo de los amantes.

En la barca real la pareja faraónica se distraía jugando el juego de Senet, fabricado de ébano y marfil, muy parecido a un juego de ajedrez. A la orilla del río encallaban algunas canoas hechas de papiros atados con fuerza, sobre ellas algunos aldeanos saludaban a la real tripulación cuya barca ya rozaba el desembarcadero.

Tutankamón destacaba por su porte faraónico, rey del Sur y del Norte, considerado por su pueblo como el hijo de su dios principal: Amón. Pero el faraón ya venía cansado del viaje. Sabía que le correspondían otras horas de ceremonia en el Templo de Horus. Lentamente se levantó de su cama y salió fuera de la cabaña del barco; ya se divisaba el templo, así que ordenó ser vestido con sus símbolos de poder: el cayado y el látigo, el neme o tocado de tela y su barba postiza.

Mientras tanto, toda la corte se disponía a la entrada ceremonial en el templo de Horus, no sin antes la guardia faraónica supervisar la normalidad del lugar. Para ello, cuatro grandes soldados, originarios de Nubia, se adentraron en el interior del palacio precedido por el Sumo sacerdote llamado Abay. Este se adelantó aún más al sagrado santosantorun y notó con asombro algo extraño en el lugar. Al acercarse observó con asombro que un hombre de extrañas ropas yacía tendido a los pies de Horus. Inmediatamente se retiró y llamó a la guardia quienes lo sacaron en hombros del sacro lugar. Al alejarse el sumo sacerdote ordenó:

- ¡No lo maten, todavía! Ya veré que hago con este profanador de templos.

Luego de ello se realizaron los actos religiosos con toda normalidad sin que la corte faraónica se diera cuenta de lo sucedido.

Rato después, la barca real remontaba el Nilo para regresar a casa, Tebas, seguida por la flotilla de naves, donde en una de ellas, custodiada por soldados egipcios, era transportado Ramón, el Sabio popular con una comprometida herida en la cabeza.

Al llegar a Tebas, la capital del mundo, El rey hizo su entrada colosal seguido de su corte. En lo último de esta real procesión viajaba Ramón, en una carreta de madera; iba acompañado con otros esclavos quienes eran custodiados por seis soldados. La gran dinámica ciudad les daba la bienvenida; albergaba un barrio de artesanos, un puerto muy activo y un mercado que abastecía a la ciudad a granel.

Tirado en el suelo de la carreta, boca arriba, el Sabio no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Debía ser un sueño, un mal sueño, producto de la caída, o quizás había estirado la pata -pensaba con fatiga- como consecuencia de la tormenta de arena. Sea lo uno o lo otro, lo que más deseaba era despertar a su realidad. Pero eso no ocurrió. Solo escuchaba grandes trompetas y vítores de una muchedumbre vestida a la antigua, que se agolpaban a lo largo de una extensa avenida. Esta hermosa ciudad construida sobre las márgenes del Nilo, era un testimonio del poderío faraónico y su devoción hacia los dioses. Constituía un centro religioso, político y comercial. Tenía una forma alargada, contando con una avenida principal paralela al cauce del río, una plaza central, y en la zona oriental albergaba en su periferia el pueblo, cuyas casas eran de adobe y ladrillo. Tebas fue llamada por el poeta griego Homero “La ciudad de las cien puertas” y albergaba a más de 6.500 habitantes. A esta ciudad llegaban mercancías provenientes del golfo Pérsico y el Mar Rojo. El templo de Amón (Lúxor) estaba ubicado en el corazón de la ciudad y era el mejor conservado. El Sabio observaba con la boca abierta a las más de 1300 esfinges, símbolos de la realeza, en perfecto estado, con forma de carnero a ambos lados de la avenida.

La última vez que las había visto fue hace más de 3000 años, pensaba.



Ruinas del templo de Lúxor, con la avenida de las esfinges. El obelisco que falta se encuentra en París.

Horas más tarde, el general Herombed, informado por el sumo sacerdote, llegó a la celda ubicada al suroeste de la ciudad, donde yacía aprisionado Ramón.

- ¿Todavía duerme el saqueador? Tráiganme un balde de agua.

El general en jefe del ejército lanzó la cubeta al Sabio quien se despertó todo confundido y atolondrado.

- ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¡Habla desgraciado! ¿Por qué has cometido tal sacrilegio en presencia de nuestro dios Horus?

El Sabio entendía increíblemente cada palabra pronunciada en egipcio antiguo, sin embargo, debido al golpe en su cabeza no podía hablar, aunque tampoco le era difícil entender la gravedad de la situación en que se encontraba, sabía que estaba *metido en tremendo berenjenal*. Sin más, se llevó la mano a la cabeza herida y se volvió a desmayar.

Uno de los soldados que había detenido al Sabio en el templo de Horus, había recogido un extraño bolso, donde se encontraba la agenda del Sabio, su novela de Aghata Christie, y sus lápices amarillos marca mongol. También tenía un instrumento musical y una espada, ambos nunca vistos. Este soldado llamado Zosu, se dirigió al gran Herombed y le hizo entrega del bolso. Lo abrió, y al notar la agenda se dio cuenta de que El Sabio, no era *el hijo de la panadera*, era algo más que un saqueador de templos, era un escriba lo cual lo elevaba a una especial jerarquía en la pirámide social de Egipto. Luego de ello, viendo que semejante personaje podía traerle problemas mandó a llamar al jefe de los soldados y ordenó a que le quitasen la vida a Zosu, el soldado. Herombed, guardó el bolso con las otras pertenencias y se lo quedó. Pensó por un momento que era buena idea mantener con vida al Sabio, por alguna futura utilidad, sin embargo, lo designó a trabajar como esclavo en la construcción del templo de Karnak. De esta manera se aseguraba que nada ni nadie pusiera en peligro sus grandes ambiciones. Estaba decidido a aniquilar todo lo que le impidiera ser un gran Faraón ya que, como él pensaba, se lo merecía, aun cuando no descendiera él mismo de un linaje faraónico como el gran sacerdote Abay, sujeto que tarde o temprano eliminaría. Como él mismo se decía:

- Si pude borrar a Akenatón y su loco sueño de Amarna, lo demás es paja en el viento.

Muchas dudas quedan por resolver en este relato:

- ¿Podrá Ramón, ahora llamado el Sabio popular, recobrar el habla?
- ¿Resistirá a la cruel vida que como esclavo le espera en el Antiguo Egipto?
- ¿Logrará el malvado Herombed cumplir sus despiadados planes?

Capítulo IV

AMARNA 19 AÑOS ATRÁS (1353 a. C.)

Akenatón, faraón de Egipto, padre de varios príncipes y princesas, entre ellos, Tutankamón y Ankesenamón, se destacó por proclamar la adoración a un solo dios, Atón. De esta manera iniciaba un culto monoteísta por primera vez en la historia de la humanidad; este culto era dirigido al Sol. Pero ¿qué significaría esta revolución y qué consecuencias traería al Imperio egipcio?

Este acontecimiento, al principio religioso, fue la antesala a una nueva era egipcia en todos los aspectos. Pero, ¿qué motivó a este excéntrico faraón para promover un sismo en la sociedad del imperio Nuevo del antiguo Egipto? Al parecer su padre Amenhotep III (1390 a. C – 1352 a.C), cuyo nombre quiere decir “Amón está satisfecho”, también conocido como Amenofis III, fue un poderoso faraón que dejó a su hijo un vasto y magnífico imperio, ejerciendo la mayor actividad constructora en el antiguo Egipto. Hace 3.500 años Egipto, en el reinado de Amenhotep III, estaba en su momento apoteósico de poder y gloria cuya influencia se extendía desde el norte, Siria hasta el desierto de Nubia, al sur. Tebas era la capital del mundo. Sus bodegas estaban repletas de inmensurables cantidades de oro traído de Nubia, quien proveía también esclavos. Era un período de paz, un período floreciente en todas las artes y ciencias. Toda la sociedad egipcia se regía por su religión politeísta, pero de repente un dios, llamado Atón, comenzó a parecer interesante.

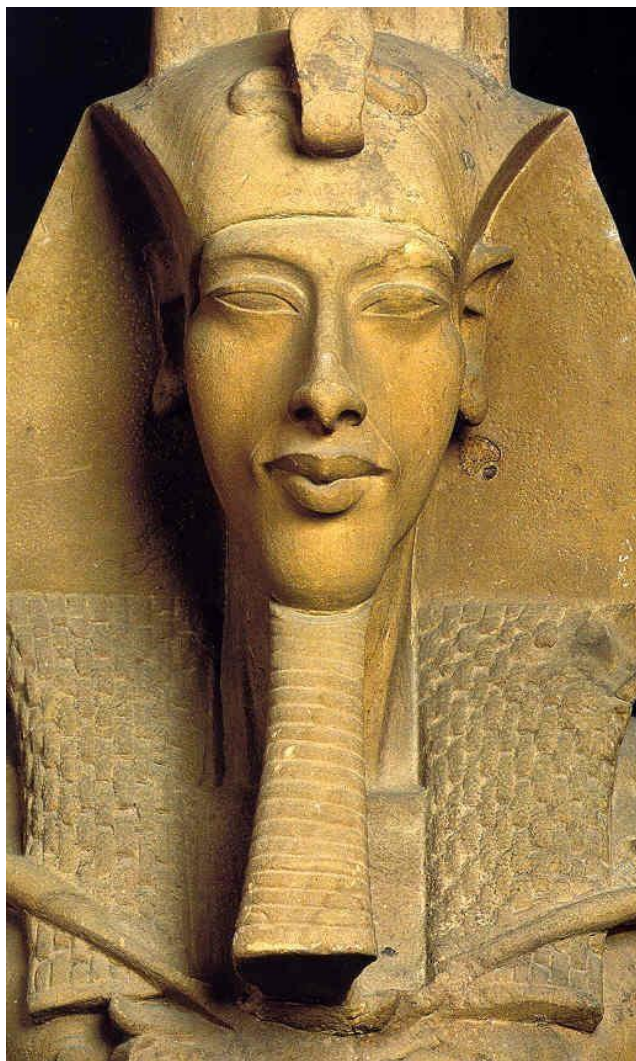
Retrocediendo unos años atrás, El faraón Amenhotep, presentía la nefasta presencia de la clase religiosa en su deseo de abastecerse de más y más poder. Fue pues el padre de Akenatón quien concibió inicialmente la idea de un “golpe de estado” al sistema de castas egipcias a través de la estrategia de la adoración a un solo Dios, “Atón” cuya presencia física se reflejaba en el Faraón. Como consecuencia, el callado e introvertido niño, hijo de Amenhotep y hermano de cuatro hermanas y un hermano, heredó de su padre todas ideas “heréticas”

que las aplicaría de forma radical años más tarde cuando se alzaría como Faraón de Egipto en el año 1653 a.C.

El Faraón Akenatón, llamado luego “el hereje”, prendió la chispa de la discordia, al querer *borrar de un plumazo* toda una tradición politeísta milenaria. En lo religioso, por primera vez se establecía en la humanidad una religión monoteísta, elevando al dios Atón a la categoría de “único Dios”. Con este hecho tan radical se sacudieron las bases de los sacerdotes egipcios ya que ahora el faraón, era el sumo sacerdote y principal adorador de esta deidad visible junto a su esposa la bella Nefertiti. Con este golpe de estado a los líderes religiosos Akenatón afianzaba indirectamente su poder político. Por otro lado, Akenatón ya no continuaría con la política expansionista del imperio ni con la adquisición de esclavos y propiedades conquistadas. Ya no iban a entrar tesoros extranjeros en las arcas de los adoradores de dioses. Fue así como los sacerdotes, que no eran pocos, se vieron gravemente perjudicados ya que quedaban desempleados al no poder realizar el servicio litúrgico a la inmensa variedad de dioses de Egipto. En lo económico, estos sacerdotes perdieron poder y estatus. Toda la pirámide social egipcia comenzó a colapsar ya que, en esta sociedad, lo religioso, representado por los innumerables templos y sus sacerdotes constituía el eje integrador de toda la sociedad.

Si tomamos en cuenta la innumerable mano de obra necesaria para mantener los templos y sus talleres que se dedicaban como empresa a sustentar la figura de miles de dioses antiguos y, de repente, surge un edicto imperial que realza a un nuevo dios, estigmatizando a los viejos dioses como “pasados de moda”, reconocemos obviamente, que constituye todo un evento catastrófico. Imaginemos a la poderosa casta sacerdotal apoyada en los cimientos del sudor de los miles de obreros encargados de las esculturas, orfebrería, metalurgia, servicios domésticos religiosos, construcción de templos etc. y que de un día para otro se les deja fuera de sus funciones, ósea despedidos, ya que hubo un cambio de dios. Sabemos que esta decisión faraónica no iba a ser aceptada de buena manera. Para males peores, el faraón Akenatón fue más allá: trasladó la capital de Egipto, Tebas, a la futura ciudad de Amarna, un desierto 400 kilómetros al norte. Era una revolución que

pasaría a la historia como un gran acto de herejía, cuando en el fondo, fue un movimiento en la balanza de intereses a favor del faraón.



Akenatón, el faraón hereje.

Entre los principales opositores se encontraban grandes jerarcas del antiguo Egipto muy cercanos al Faraón: Herombed un habilidoso y ambicioso escriba que luego abrazó la carrera militar y dio grandes victorias a Egipto y el general y futuro sumo sacerdote Abay, abuelo de Ankesenamón, la futura faraona de Egipto. Ambos personajes mantenían una hipócrita e interesada amistad, ambos se odiaban a muerte en su obsesión por el trono, pero solo uno de ellos Abay, era el que por consanguinidad podría aspirar al tesoro mayor. Una tarde en el palacio administrativo sucedió una inusual reunión entre estos dos lacayos:

-Reducir dos mil dioses a solo uno -vociferaba Herombed-, dar a la reina igualdad de derechos bajo el título de regente, cambiar radicalmente nuestra identidad, nuestro arte, nuestra legendaria sociedad, inventando una nueva religión como si se tratase de un hecho banal sin consecuencias. Va a llevar al país al borde del caos, movilizando a más de cincuenta mil súbditos a un inhóspito desierto en medio de la nada.

-Mis años me han enseñado a ser precavido Herombed, - respondió Abay, para luego susurrar- dejemos que el Faraón saboree su sueño platónico, ya verás las consecuencias.

- ¿Es que vamos a permitir que se destruya todo nuestro pasado de gloria?

-Creo que lo que te preocupa es tu pasado de bienestar, Herombed.

-Tú, Abay, has pertenecido a la nobleza toda tu vida, sin embargo, no te sacias en tus ansias de poder.

-Unamos nuestras fuerzas Herombed, tú como militar y yo como sumo sacerdote, dejemos que el faraón parta a su supuesta capital con sus seguidores y nosotros sigamos gobernando desde Tebas, ya verás que el mismo pueblo aborrecerá al nuevo dios y todo se derrumbará. Dos milenios de costumbre ciega no se desaparecen nombrando a un nuevo dios con casa propia.

-Ojalá tengas razón, pero recuerda que, en ausencia del Faraón, el linaje real le corresponde a su hijo Tutankamon -sentenció Herombed.

-Un niño real sigue siendo un niño. Esperemos tener un reino acéfalo y gobernaremos por el niño faraón. Tú te encargarás del poderío militar y yo del religioso.

- ¿Y cómo piensas lograr todo ello? ¿aniquilando al niño?

-No aniquilaré a ningún faraón. Soy abuelo de la futura faraona y no deseo dejarla viuda. La paciencia será nuestra victoria.

La noticia de un éxodo masivo a una nueva acrópolis tenía convulsionada a la eterna Tebas. Todos pensaban que el faraón se había vuelto loco por tan extraña decisión, al querer construir una ciudad en el medio de la nada, a medio camino entre Tebas y Menfis, alejada de todo y de todos, y es que esa era la idea del soñador Akenatón, alejarse de los hilos del poder que lo apresaban, es decir, los sacerdotes y sus templos. Una jugada muy arriesgada que lo ubicaría como única autoridad en el imperio egipcio, pero a un alto precio. Es que desde el principio la construcción de la ciudad de Amarna tuvo grandes dificultades, no solo el terreno inhóspito, sino convencer a toda una población con tradición politeísta a abandonar sus dioses y optar por uno solo: El dios Atón, que ahora “viviría” en una ciudad que sólo honraría al disco solar.

Comenzó entonces el éxodo hacia el sur de Egipto de todo un pueblo. Es obvio que el rencor y la venganza de los sacerdotes aumentó con estos “actos sacrílegos” más aún cuando el pueblo, una vez mudado a la nueva ciudad de Amarna, seguía adorando en secreto a sus dioses egipcios con miles de años de veneración. Su construcción comenzó en el quinto año de reinado de Akenatón y finalizó cuatro años después, a mediados del siglo XIV a. C. Había nacido pues, en medio de grandes discordias y rivalidades. Amarna ya estaba construida, alrededor del año 1.330 a.C. pero a un gran costo humano ya que su realización implicó el desgaste de miles de hombres jóvenes que debilitaron sus huesos bajo un trabajo muy duro por complacer al faraón. Quedó finalmente ubicada en el medio del desierto en la ribera oriental del río, enclave donde se erigió la nueva capital de Egipto bajo el nombre de Ajetatón que significa “El Horizonte de Atón”.

“En la orilla este del Nilo, en un espacio donde éste se ensancha, y rodeado de una zona montañosa que la protegía, fue erigida la ciudad. Una calle principal ejercía de avenida a cuyos lados se erigían los edificios más destacados. En la zona norte se destacaba el palacio donde residían las reinas y en el sur se hallaba el Maru Atón: dos recintos destinados al culto a Atón. En el centro se encontraba el gran palacio, residencia del faraón, grandes haciendas con frondosos jardines destacaban lo hermoso de Amarna, edificios administrativos flanqueados por lo principal de la ciudad: el gran templo de Atón, templo con grandes patios abiertos para poder ver el sol directamente y ofrecerle nuestras plegarias y comidas”.

Una tarde cuando el sol se ocultaba, el gran Akenatón subió a lo alto del dintel de la gran puerta de Amarna y con los brazos elevados, cada uno en ángulo recto, cual postura de sacerdote mayor, le habló a su pueblo:

- He construido la ciudad más rica que el mundo haya visto, una ciudad hecha con ladrillos de arcilla secada al sol, con grandes templos y palacios, almacenes de trigales, pozos, letrinas, silos, una ciudad de 10 kilómetros de largo y cinco de ancho, única en su estilo, a orillas del padre Nilo, donde reina la abundancia y conviven ricos y pobres. ¡Ya no más templos cerrados, accesibles solo para los sacerdotes! ¡Ahora todos podemos ser merecedores de los rayos dorados de Atón y su bondad!”. Akenatón.

En Amarna el faraón Akenatón se rodeó de su familia: su bella esposa Nefertiti, sus seis hijas, Tutankamón y la madre de éste.

Una de estas princesitas, Ankesenamón, sería, pocos años después, la faraona de Egipto, la esposa de su medio hermano el gran Tutankamón. Ankesenamón, era muy hermosa, lo heredó de su madre Nefertiti como lo hemos dicho anteriormente; de pequeña prefería jugar con el pequeño Tutankamón, ambos entablaron una hermosa amistad que parecía más de hermanos que de futuros esposos. La familia faraónica vivía aparentemente feliz en su aislada ciudad de Amarna. Akenatón era un buen y cariñoso padre, dedicado a su familia y a la adoración del gran Atón, el disco solar, visible y enigmático.

Una mañana, la familia real conversaba en el hermoso palacio real de Amarna. La escena familiar no podía ser más conmovedora: el hogar del faraón Akenatón, su bella mujer Nefertiti, madre de seis hermosas princesitas y el niño Tutankamón, hijo de una esposa secundaria conocida en la historia como la dama joven. En la bella escena familiar estaban también presentes los abuelos, el poderoso Amenhotep III y su esposa Tiy, ambos se entretenían jugando al Senet, cuando en verdad los abuelos contemplaban con gran cariño a sus nietos, en especial a Tutankatón, a quien llamaban con el diminutivo de Tut. Al fondo la esposa secundaria, la dama joven y hermosa Kiya, contemplaba con suma envidia los cuidados y gestos de cariño que se brindaban entre sí Akenatón y su bella Nefertiti.

Akenatón, sosteniendo a una de sus hijas, contemplaba el rostro de su esposa Nefertiti, quien sostenía también a otras dos niñas que jugaban con sus diademas. El faraón, en un momento de silencio, tocó el rostro de la bella con sus labios, mientras le susurraba:

-Nefertiti, de bello rostro, señora de la felicidad, con el sonido de cuya voz uno se regocija.

Ella, un poco sonrojada, le respondía besando sus labios, mostrándole afecto mientras los niños jugaban animados a través de las columnas pintadas que escondían un hermoso jardín. Grandes muros decorados artísticamente con un azul vivo amarniense, rojo y amarillo con un estilo naturalista desafiaba el arte antiguo que le precedía.

Cerca de las columnas imperiales Tiy, la abuela complaciente, acariciaba el bello rostro del niño Tutankatón, «imagen viva de Atón». Se sentía el gran amor y complicidad que ataba a estos dos seres reales. Cerca de ellos una niña, hermana de Tutankatón, cuyo nombre original es Ankesenatón “la que vive por Atón” lo invitó a jugar y ambos corrían y jugaban con una peculiar pelota fabricada con hojas de papiro comprimidas y cubiertas por dos trozos de cuero en forma de semicírculo teñidos de color rojo y verde.

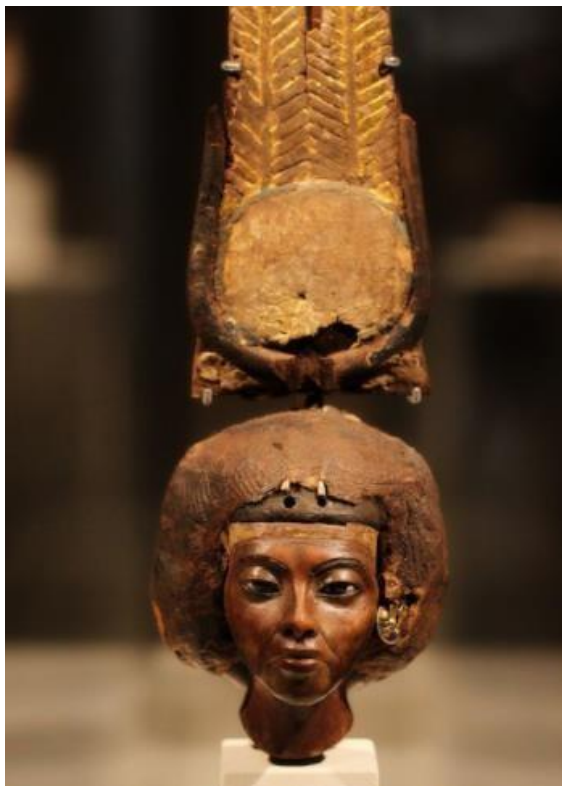


Figura de la cabeza de la Reina Tiy, expuesta en museo de Berlín.

Nefertiti, por su parte, no solo era la bella reina, Akenatón le permitió ejercer grandes responsabilidades políticas bajo el gran cargo de corregente, a la misma altura que el Faraón. Ella compartía su sueño, así como los rayos de Atón que llovía sobre Akenatón en los grandes relieves de Amarna. Este amor cómplice de estos amantes se expresaba en grafitis antiguos o escrituras jeroglífica donde los amarnienses podían leer y deleitarse: “Señora de gracia, de gran amor, esposa jefa del rey a quien ama”.



Busto de Nefertiti, realizado por Tutmose en 1345 a.C Fue descubierto en 1912 en Amarna, Egipto, por arqueólogos alemanes. Hoy día se encuentra en el Museo de Berlín.

Llegada la noche, en íntima complicidad y cercanía, la pareja real, Akenatón y Nefertiti dirigieron sus pasos al templo de Atón, a través de un gran patio porticado iluminado con grandes fogatas que conducían a una parte central donde se levantaba el altar con la imagen del dios Atón cuyos rayos descendían sobre la ciudad de Amarna.

Akenatón avanzó unos pasos más adelante y, dirigiendo su mirada al resplandeciente disco solar iluminado, expresó:

“Bello es tu aparecer en el horizonte del cielo

¡Oh, Atón vivo, principio de la vida!

*Cuando tú te alzas por el oriente lejano, llenas todos los países con tu
belleza.*

*Grande y brillante te ven todos en las alturas; tus rayos abarcan toda tu
creación,*

*porque eres Ra, y por ello lo alcanzas todo, y dominas todas las tierras
para tu amado hijo.*

*Aunque estás lejano, tus rayos llegan a la tierra; aunque bañas los rostros,
nadie conoce tus designios.*

*Cuando te ocultas por el horizonte occidental, la Tierra se oscurece, como
si muriese. (...).*

Nefertiti permanecía al lado de su faraón como en total éxtasis; una agradable y mística atmósfera reinaba por doquier. A lo lejos el imponente Nilo arrullaba sus aguas contra la orilla mientras que, en el templo, escapados de las miradas de sus padres, dos inocentes hermanitos, futuros reyes, observaban a sus padres rezar muy cerca uno del otro en romántica alabanza.

Lamentablemente, este mundo soñado en el que vivían Tutankamón y sus hermanastras estaba a punto de colapsar. Luego de diecisiete años Akenatón desapareció misteriosamente de la historia, así como la bella Nefertiti. La ciudad real fue abandonada. Una niña de once años, Ankesenamón y un niño de trece, Tutankamón, eran los portadores de la sangre real y debían continuar con el linaje faraónico. Fue así como todo volvió a la normalidad. La ciudad de Amarna fue abandonada.

Tutankamón fue proclamado rey de Egipto al casarse con Ankesenamón. El niño rey debía gobernar al imperio más grande de la humanidad, pero desde Tebas, la ciudad más rica y poderosa del mundo, gran centro de comercio internacional con sus dos grandes templos. Pero, ¿quién en verdad gobernaba a Egipto? La ambición de dos líderes: Abay, sumo sacerdote, padre de Nefertiti y abuelo de Ankesenamón, ahora nombrado Virrey y, por supuesto, Herombed, jefe del estado mayor de los ejércitos del gran imperio. Ambos deseaban ser faraones a toda costa, ambos tramaron la conspiración para derrocar a Akenatón y devolverle a Egipto sus dioses. Estos zorros viejos y veteranos incidieron en la decisión del nuevo Faraón en volver al pasado glorioso de Egipto, volver a sus dioses y borrar cualquier recuerdo del “faraón hereje”. Lo que no sabía el niño faraón que esa limpieza real lo incluía a él y a todo lo relacionado con su linaje. La pareja faraónica volvió a la cámara real de sus antepasados. Un par de preadolescentes con grandes responsabilidades: gobernar el alto y bajo Egipto. Tutankamón sería el faraón de las dos tierras. Fue así como la relación de estos faraones de poca niñez, se afianzó aún más. Algunos contaban que, en la noche, cuando todos dormían y no eran observados por ninguna autoridad, ambos hermanitos se reunían y le rezaban al dios sol Atón, mientras se le escuchaba llorar a Tutankamón:

- ¿Papá, papi, papito, ¿dónde estás? ¿Por qué me abandonaste?

-Está con mi linda mamá, Tut, desde el cielo sol nos cuidan- Le decía la bella Ankesenamón mientras le secaba las lágrimas al joven rey.

Capítulo V

KARNAK (1322 a.C)

Una vez que decidieron mantener con vida a Ramón, este fue desprendido de sus ropas y apenas se le dio un taparrabos, típica vestimenta esclava. Para mayor vejación un barbero le rapó completamente el cabello. El Sabio fue transportado como otros esclavos hacia el embarcadero que comunicaba el templo con el canal que llegaba del Nilo donde grandes barcos traían pesadas rocas que esperaban ser descargadas y llevadas al palacio de Karnak. ¿Pero, qué era Karnak?

A lo largo de más de dos milenios, los faraones embellecieron el más imponente centro de culto de Egipto, el gran Templo de Karnak, dedicado a Amón, gran dios del imperio nuevo. Karnak era en la antigüedad un conjunto de cinco templos sagrados cuyo nombre en Egipto antiguo es *Ipset sut* que quiere decir “el lugar más venerado” situado en la ribera oriental del Nilo, frente a Lúxor en la flamante ciudad de Tebas. Karnak constituyó el complejo religioso más importante de Egipto, siempre en constante renovación por los faraones de turno. Todavía hoy día sus dimensiones son asombrosas: 2.400 metros de perímetro, todo rodeado por una muralla de adobe de 8 metros de grosor. Dentro de este templo de templos, destacaba el mayor y más célebre de todos, el templo de Amón-Ra, cuyo nombre significa “el oculto”, rey de los dioses egipcios y dios principal de Tebas.

Se necesitaban muchos esclavos y obreros que proveyesen de materia prima a esta mega construcción, la cual poseía en su interior un peculiar “bosque de columnas”, llamado la Sala Hipóstila (nombre de origen griego que significa “bajo columnas”) una gran sala sostenida por 134 columnas de capiteles en forma de papiros.

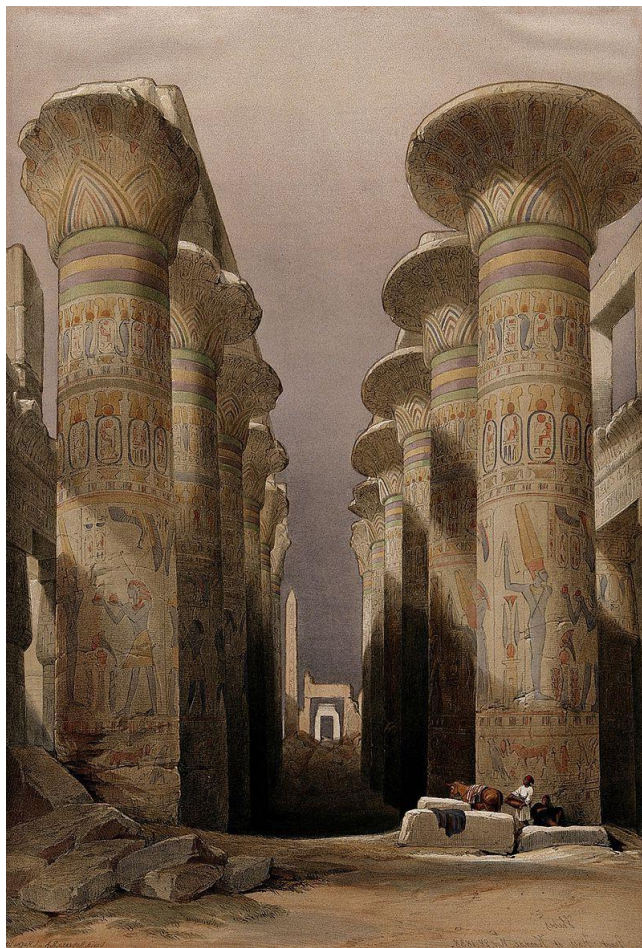
El Sabio fue bajado de una carroza de madera y junto con 40 hombres, todos de piel negra procedentes de Nubia, era forzado a transportar grandes bloques de piedra halados por grandes cuerdas en una especie

de trineo de madera debajo del cual había troncos que servían de rodillos los cuales eran rotados constantemente hacia la parte delantera del trineo. Se necesitaba la fuerza de 12 y hasta 20 esclavos para arrastrar cada bloque de piedra. Ramón estaba maravillado por la gran organización y las inmensas construcciones que veía a su alrededor, todas edificadas con una tecnología de 3000 años de antigüedad-pensaba maravillado.

Mientras halaban las cuerdas, cerca del embarcadero, uno de los esclavos depositaba agua debajo del trineo con una larga vasija de arcilla. Al fondo un niño esclavo descargaba más vasijas de un burro color rucio. A unos metros de distancia un capataz de falda larga, aceleraba el trabajo latigando sin piedad las grandes espaldas de los nubios. Muy cerca de él, un arquitecto observaba unos planos grabados en papiro, mientras trataba de arreglar su tocado de tela que portaba en su rapada cabeza. No habían pasado dos horas cuando el Sabio no podía más, sus manos estaban llenas de ampollas, rojas y lastimadas. No estaba acostumbrado a este tipo de trabajo. Uno de los esclavos, llamado Jabari sacó un ungüento de su taparrabos, lo escupió y se lo embadurnó al Sabio en las manos. Un alivio inmediato sintió, pero fue interrumpido por dos fuertes latigazos que marcaron las piernas de ambos esclavos y les hizo retomar la faena. Los grandes bloques de piedra, que en ocasiones pesaban más de 1.000 toneladas eran transportados desde las canteras y, recorriendo el majestuoso Nilo, eran llevados hacia el desembarcadero del gran templo de Karnak.

Los tensos y agotados brazos ya habían jalado las cuerdas del pesado monolito algunos metros cuando El Sabio se detuvo; no podía creer lo que veía o, mejor dicho, lo que volvía a ver en una versión recién edificada: la avenida procesional de 40 esfinges con cabezas de carneros, emblema de Amón, que cumplían la función de guardianas protectoras que daban paso a dos grandes monumentales portales en forma de pirámides truncadas ricamente ornamentadas y antecedidas por dos largos obeliscos tallados que culminaban en una dorada y destellante punta piramidal. Luego de ello el Sabio siguió transportando la pesada roca hasta la sala de las columnas. Allí notó a decenas de escribanos, dibujantes y escultores que se esmeraban en decorar las

gigantes columnas las cuales se alzaban con la forma de la flor de loto para sostener a un pintoresco techo rocoso, tan esmerado como el de la capilla Sixtina. Solo hasta esta sala se les permitía entrar, ya que detrás quedaba el Santuario o corazón del conjunto donde alojaba la figura de Amón, espacio reservado solo para los sacerdotes adoradores de este dios principal. El Sabio deseaba a notar todo, deseaba tener su agenda, recordando haberla tenido por última vez en el Templo de Horus, pero eso fue hace más de 3.000 años. ¿Cómo era eso posible? ¿Cómo retrocedió en el tiempo y por qué? ¿Qué magia egipcia había activado algún portal en ese recinto?



*Pilares de la Gran sala hipóstila del templo de Karnak
Litografía de David Roberts, 1846.*

Ya al mediodía, todos los trabajadores fueron reunidos en las afueras del templo. El Sabio percató a Jabari, el nubio que lo ayudó. Este, aprovechando un descuido de sus opresores, realizó un gesto para que el Sabio lo siguiera. Delante iba el capataz observando las caderas de una esclava que llevaba inciensos hacia el templo. Al salir del templo fueron conducidos a unas casas construidas con ladrillos de adobe. Eran

casas humildes, de una sola planta, pequeñas y con cuatro estancias diferenciadas. Por dentro las paredes estaban pintadas de blanco y decoradas con motivos ornamentales. El capataz entró hasta el vestíbulo en el cual había un dios protector. Afuera de la casa, debajo de un toldo, el capataz hizo traer alimento: pan, cerveza y guiso de habas y lentejas. Todos comieron abundantemente. Luego vino una ración de queso y pescado del Nilo. El Sabio no pudo comer todo el pan ya que notó la presencia de pequeñas piedritas o arena que le lastimaban los dientes. El capataz luego se introdujo en la casa y salió dos horas después. La jornada de la tarde fue parecida a la de la mañana. El Sabio estaba exhausto, sabía que no podía soportar esa situación por muchos días. Se sentía morir.

- ¡Es todo por hoy! – Gritó el capataz cuando la tarde se iba oscureciendo y las lámparas de aceite empezaban a alumbrar a la ciudad de Tebas. Sin embargo, hubo un acontecimiento que sorprendió al Sabio. No todos los agotados trabajadores eran esclavos. Muchos de ellos eran obreros asalariados, hombres libres, que, por voluntad propia, edificaban los grandes monumentos de Egipto. Esto lo notó cuando el Capataz entregaba, una vez a la semana a estos “obreros,” el salario que consistía en dos machos de jóvenes de cabras, vacas y ovejas, así como pan y cerveza.

“La ocasión la pintan calva”-pensó el Sabio. Así que, como pudo, se acercó sigilosamente al capataz y susurrándole le vociferó:

-Epa. Epa tú señor capataz, -Este, sorprendido por la impertinencia y sobre todo por la valentía del esclavo, se echó a reír y le preguntó:

- ¿Qué quiere escoria de Osiris?

-Gueno, ¿no me puede da una de esas cabritas pa redondeá la arepa?

El capataz levantó su látigo contra el Sabio, pero éste, esquivando su brazo le dijo:

-Tú sí que eres atravesao ¿No ves que ando to esrengao? Vamos a jasé una cosa. Lánzame unos cuantos panes y una jarra e´birrita y nadie va a sabé que te estás agarrando la mercancía del faraón. ¿O es que tu crees que yo nací ayer, ¡Rolo é vivo!

El capataz, sin entender del todo, hizo traer lo pedido y se lo entregó al Sabio. Este recogiendo “su salario” se alejó diciéndole:

- Si así llueve que no escampe, cacaíta.

Los demás esclavos se maravillaban al ver la osadía del Sabio y lo solidario que era al compartir sus víveres con ellos. Sus cicatrizadas y desnudas espaldas levantaron al Sabio mientras cantaban una extraña melodía africana que decía:

“Los esclavos de Nubia sueñan en los zaguanes con el álabe frío de las dagas, con ríos de venganzas secretas del ángel de la muerte”. (1)

Las carrozas de esclavos fueron llevadas al margen de la ciudad, a una especie de establo donde pernoctarían toda la noche. En el trayecto el Sabio observaba el esplendor de la ciudad, grandes templos, mansiones, comercios, el abundante mercado... Pero, ya al final del recorrido, vio que también había zonas que se adentraban en un laberinto de chozas de barro donde reinaba pobreza, prostitución, niños desnutridos y delincuencia. En esa zona fueron dejados los esclavos. El Sabio trataba de descansar sobre un jergón echo de paja, con todo el cuerpo adolorido. Rato después se acercó Jabari y comenzaron a hablar en egipcio antiguo:

-Tremendo pana Jabari, gracias por la segunda.

El fornido nubio no contestó, quizás no entendía esa forma peculiar de hablar, solo observaba al Sabio, como asombrado de su fisionomía, tan diferente a todos los demás esclavos. Se acercó al Sabio y le dijo:

- No soportarás si no eres fuerte y agradecido.

- ¿Agradecido por qué Jabari?

-Tuviste mucha suerte, a los saqueadores los matan o son enviados al Sinaí para realizar trabajos forzados, a menudo después de haberles cortado lanariz.

-El Sabio estaba horrorizado. No deseaba estar allí, estar así, tan lejos y tan mal.

-Ser esclavo no es tan mal. -Comentó Jabari, al notar la gran depresión del Sabio-. Los esclavos egipcios recibimos anualmente productos de primera necesidad, como lino o ropa, además de manutención y alojamiento y a pesar de todo, somos considerados personas. Dependemos de Zareb, nuestro amo y capataz.

- ¿Cómo podré salir de este paquete, Dios? -Pensó el Sabio en voz alta. A lo que Jabari le increpó:

- ¡Empieza por apartarte de la boca de la muerte!

Poco a poco la noche impuso silencio y solo se escuchaba la respiración cansada de los esclavos combinada con el discurrir tranquilo del Nilo, testigo del nadar silencioso y temeroso de algunos cocodrilos en su orilla. A lo lejos, un árbol de coco danzaba levemente motivado por el viento desértico mientras unas hambrientas hienas y chacales devoraban a una gacela desprevenida en las montañas cercanas al mar Rojo.

Capítulo VI

EL ARTESANO DEL TEMPLO

Los días pasaban y se convirtieron en meses. El trabajo en el templo de Karnak avanzaba. Este templo no solo era el corazón del culto al dios Amón, fungía además como una gran academia-taller, una especie de monasterio medieval, donde se aprendía y se desarrollaban diversas actividades relacionadas con la herrería, carpintería, orfebrería, joyería y todo lo relacionado a la metalurgia la cual iba a adornar no solo al gran templo de Karnak y a la gran variedad de dioses sino también la vida de la alta clase social egipcia. Era asombroso como 3000 años atrás ya el arte egipcio fabricaba recipientes en roca, mineral extremadamente duros y de difícil vaciado y pulido como la diorita, el granito o el basalto. Cada vez que podía, el Sabio trataba de observar esa técnica en los talleres cercanos. Una vez, para su asombro observó la elaboración de un vaso de piedra por parte de un viejo artesano egipcio, a quien no le importó la curiosidad del Sabio: *“Este tenía entre sus instrumentos un taladro en forma de tubo fabricado con cobre y unido fuertemente a un mango de madera. Este tubo era introducido lentamente en la piedra, generando en el interior del tubo un remanente de piedra que luego sería extraído por medio de un cincel, también de cobre, y un mazo. El viejo artesano empleaba arena de cuarzo como abrasivo. Al desgastarse el taladro-tubo de cobre lo reemplazaba por una nueva”*. (Ares, 2002).

Otra tarde, y siendo más osado, luego de un día lleno de trabajo y rutina, El Sabio logró escabullirse y quedarse dentro del templo de Karnak, aun sabiendo que la pena de muerte era lo mínimo que le esperaba. ¿Pero, -pensaba para sí- no era una muerte diaria lo que vivía como esclavo en el alto Egipto?

Fue en esa oportunidad dichosa que logró, como ningún otro mortal, conocer los secretos del lugar más sagrado de todo Egipto, el Sancta Sanctorum, que significa “lo más sagrado de lo sagrado”, o “lo más santo de lo santo” del templo de Karnak, donde moraba el dios Amón.

La ocasión se presentó cuando uno de los dos sacerdotes vestido con piel de leopardo se desmayó justo a la entrada del santo lugar en un inesperado ataque de hemiplejía. Llevándolo en sus hombros lo atendió, le dio un sedante natural y lo dejó en el taller de los orfebres quitándole su piel de leopardo. Luego, disfrazado de sacerdote del dios Amón, cruzó la sala Hipóstila llena de coloridas columnas impregnadas de inscripciones sagradas dedicadas al gran dios. Al llegar a la capilla, encontró un lugar silencioso allí se encontraba el dios Amón en forma de estatua, sin embargo, no era una gigante escultura, sino una pequeña imagen fácil de transportar, su color dorado irradiaba todo su alrededor.

De repente, entró a la sagrada capilla otro sacerdote, llamado Duamenu, quien, sin dudarle, increpó al Sabio:

- ¿Quién eres tú?

El Sabio continuó observando la mística estatua sin darle la cara a la voz que le hablaba.

- Quien va sé pué, el que vate el cobre en to estos lares, el nuevo sacerdote, nombrado por el gran Visir, hace una ñinga.

- ¡Por Osiris! -susurró el sacerdote en tono indiferente pensando que se trataba de un seglar proveniente de familia noble muy importante. Se dispuso pues, cual su deber como sacerdote de acólitos, a enseñarle, con elocuente voz, los principios básicos del sacerdocio y la jerarquía imperante en el templo de Karnak.

- El templo de Karnak es la morada principal de los sacerdotes que nos hacemos llamar servidores de dios. El primer servidor de dios o primer profeta, es el hombre más influyente del corte llamado Abay quien fue elegido por el mismo Faraón; El segundo profeta, auxiliar del primero, que controla a todos los escribas de la administración del templo. Luego vienen los cargos menores en este orden: primero, los estolistas, encargados de la limpieza del templo; segundo, los Sabios intelectuales: encargados de la redacción de los textos litúrgicos;

- ¡Ya va, ya va! Barajémelo más despacio.

Duamenu, sin prestarle atención continuó - tercero, sacerdotes lectores: vigilantes de la correcta ejecución de los actos litúrgicos:

cuarto, los sacerdotes horarios: astrónomos encargados de establecer la hora del culto: Quinto, sacerdotes horóscopos: conocedores del calendario mitológico indicaban cuales eran los días fastos y nefastos del año;

El Sabio, resignado, tomó una silla de madera con el espaldar de la Gran Isis y lo siguió escuchando:

-Sexto, Sacerdotes cantores, que modulan el culto con acompañamiento de arpa, de pasajes de oro y estribillo; sacerdotes funerarios: pertenecientes al clero del más allá, es decir de Anubis y Osiris. -Duameru hizo una pausa como dudando en decir algo, luego expresó: -Había otro título, llamado *sacerdotisa pura*, pero ya se consideran extintas o quizás quede alguna perdida en los desiertos de Siwa.

Cuando terminó de hablar, el Sabio, muy emocionado, le preguntó:

- ¿Y cuando empiezo con mi labor como segundo profeta?

-No tan rápido -comentó el sacerdote dibujando una irónica mueca- es necesario que sepas que a partir de mañana de encargarás del culto inicial, como sacerdote estolista. Recuerda, muy temprano, antes que salga el sol debes abrir la capilla, limpiar a nuestro dios, darle un baño matutino y untarlo con estos sagrados y valiosos aceites.

El Sabio, se levantó de su silla y medio resignado le dijo al sacerdote Duameru:

- Bueno, agarrando, aunque sea fallo. Por cierto, chico, hablando como los locos, ¿qué cargos tienes tú acá?

Duameru, ofendido por la confianza en el modo de hablar del Sabio sentenció imperativamente:

- ¡Maestro de novatos!



Sala hipóstila del gran templo de Karnak, un bosque de 134 mega columnas.

-Perdón pué. Chévere cambur-le contestó el Sabio- luego se volteó y miraba los aceites sagrados, como atento a todas las indicaciones.

Duameru, sin entenderlo, y sin preocuparse mucho por ello, enfatizó:

-Debes vestirlo con estas exquisitas ropas y dejar algunas ofrendas como flores y aceites. Acto seguido, en esta gran mesa deja abundante comida para que nuestro dios se pueda alimentar durante todo el día.

El Sabio no pudo disimular su cara de incredulidad, a lo que el otro sacerdote haciendo una mueca de desaprobación, continuó.

- Amón solo toma la esencia de los alimentos, lo que queda nos los podemos comer. -El Sabio susurró: -Sí ok. Ponte a creé que estás gordo y no comes- pero el sacerdote no lo escuchó.

-Finalmente, debes quemar estos inciensos para que nuestro gran Amón disfrute su día apaciblemente. Te recuerdo que el Sacerdote mayor, el gran Abay, me tiene en alta estima, así que te recomiendo mantenerte en bajo perfil y recordar quien manda acá, ¿estamos de acuerdo?

- Su palabra por delante, gran faculto. -Susurró el Sabio, entre dientes, mientras inclinaba su cabeza, alejándose del místico recinto.

Cuando reinaba el silencio entró al taller del viejo artesano y tomó sus herramientas realizando atípicas y excéntricas artesanías de América del sur, como anillos y collares de piedra montados a mano, tazas para café y una hermosa escultura en Piedra, era Venus, semejante a una joven latina. Ya cerca del amanecer sus manos sangraban, y todo sudado y cansado se quedó tendido, dormido en el piso de barro del taller.

A la mañana siguiente, cuando los sacerdotes del dios Amón se disponían a entrar al santuario para los oficios religiosos del día, uno de ellos observó al Sabio tirado en el suelo. Inmediatamente mandó a llamar a la guardia imperial dirigida por Herombed. Fue así como las autoridades de Egipto y el mismo Faraón, observaban al Sabio popular, quien era despertado a patadas por los soldados.

- Otra vez tú- Comentó Herombed.

- ¿Lo conoces? -Preguntó el joven Faraón.

-Es un esclavo de las minas, pero por el mismo Osiris, no sé qué diablos hace acá.

- Quizás quería profanar y robar el templo sagrado -Hostigó el gran Visir. Herombed, acostumbrado a llevar la contraria al gran Visir Abay, lo negó con la cabeza.

El jefe de los sacerdotes ordenó que lo sacrificaran a los dioses, para aplacar su ira por tan semejante ultraje. Nadie objetó. Luego, cuando iban a llevarse al Sabio, Herombed se interpuso y exclamó:

-Es deber de los soldados hacer justicia y no de los sumos sacerdotes.

Una mirada de odio compartió ambas autoridades. Dicho esto, el sumo sacerdote se retiró hacia el santuario del dios Amón. Luego de ello, Herombed le dijo al Sabio:

-Estás empeñado en visitar la morada de la muerte cada vez que te encuentro.

Herombed, como todo un zorro viejo, se dio cuenta de las obras artísticas que había hecho el Sabio, y sin conocerlo le tenía cierta precaución. Levantando su voz comentó:

- ¿Qué voy a hacer contigo?

Entre los curiosos que se habían acercado al evento inusitado estaba el anciano artesano que conocía al Sabio, así que, dando un paso adelante y bajando la cabeza con gran humildad le dijo al jefe de los soldados:

- Oh gran poderoso y misericordioso Herombed, permíteme encargarme de este esclavo habilidoso en la escultura. Le obligaré a esculpir un gran busto que refleje tu poder y tu magnanimidad hasta que desfallezca de cansancio.

Herombed, no estaba muy de acuerdo, pero tomando en cuenta su gran deseo de ser el próximo faraón y querer dar una buena imagen frente a la cantidad de personas que estaban allí, sentenció:

-Sea esa mi voluntad y tu entera responsabilidad de lo que de ahora en adelante las acciones de este esclavo realice. Sé pues, Amon-Ra, testigo fiel del respeto y conmiseración de mi persona en este sagrado templo.

El Sabio callaba. Si algo había aprendido era hacer silencio cuando se debía. Acto seguido, el viejo artesano lo convidó al interior del taller, una nueva vida parecía sonreírle.

- ¿De dónde eres extraño hombre? Sé que no perteneces a estas tierras.

- La verdad es que estaba metido en la boca del lobo. Usted me salvó de milagro. Acá ando como cucaracha en gallinero, viendo cómo me

acomodo. Yo le voy a contar todo, pero déjeme primero meter los pies debajo de la mesa que lo que ando es medio fallo hace rato.

El anciano encontraba gracia en las extrañas formas de expresarse de su nuevo amigo. Tomó un par de taburetes, trajo pan, carne y cerveza y se dispuso a escuchar al excéntrico personaje.

El Sabio trabajó durante dos años en el taller de Karnak, aprendía rápidamente todas las técnicas de escultura y orfebrería de la época y sobre todo se dedicaba a esculpir la estatua de Herombed y el Dios Horus. Adquirió la técnica de la estatuaria funeraria y religiosa, la rigidez de las formas antropomórficas, la pedrería, y sobre todo la orfebrería, en esta rama se destacó por su belleza y perfección en las joyas. El Sabio aprendió el uso de los moldes para crear sus piezas, luego las soldaba, incrustaba en vidrio y piedras, las cortaba y repujaba con el cincel. Para darle un acabado perfecto pulía las piezas frotándolas con arena. Entre los materiales que más usaba era el oro, cobre electro y plata, cáscaras de huevos de avestruz, caparazones de tortuga, cuernos, huesos y marfil eran los preferidos para la realización de amuletos, collares y brazaletes. Cada pieza estaba cargada de un simbolismo ya que, además de ornamentar a quien las llevaba, alejaban como talismanes los males físicos como los conjurados. Poco a poco la fama del Sabio se esparció por toda Tebas y más allá, incluso cierto día el mismo visir le comunicó que la misma Faraona deseaba verlo. El Sabio estaba muy emocionado y nervioso, conocería a la esposa del rey Tut y quizás a él también. A su mente llegaron los recuerdos de las clases de Historia Universal del Padre Angel Rajoy, cuando estudiaba a los grandes Faraones del antiguo Egipto.

Fenuku, el viejo artesano, lo alentó y animó para que fuera y diera una muy buena imagen; le enseñó el arte de hablar al Faraón y la debida urbanidad y buenas maneras necesarias.

El Sabio popular llegó al palacio real del rey Tutankamón, ubicado en la zona oriental de la ciudad de Tebas, que era también la sede del gobierno de Egipto. Entró a la sala del trono la cual le parecía un cofre de joyas. En el centro estaba la reina, mas no el rey, quien estaba indispuerto. En torno a Ankesenamón estaba el visir, los funcionarios y

los escribas, así como los sirvientes, nodrizas, y los soldados de la guardia real. Hermosos azulejos decoraban el suelo. El Sabio se percató de una ventana desde donde, en ocasiones especiales, la pareja faraónica saludaba al pueblo o premiaban a sus súbditos o soldados vencedores que mostraban los trofeos y productos obtenidos en los países conquistados. En ese instante también hizo entrada un gobernante del bajo Egipto. La reina lo recibió con el protocolo adecuado y le ordenó a Herombed, atenderlo en pleno palacio. Herombed tomó esta acción como algo premonitorio, una risa sarcástica disimuló mientras observaba cómo moría de la envidia el viejo y poderoso visir Abay.

La reina se levantó junto con cuatro bellas esclavas que iban detrás de ella. Llevaba un hermoso vestido de lino blanco, su delicada espalda era cubierta como una cascada negra por una alargada y gratamente olorosa cabellera. Su pecho estaba adornado con un destellante pectoral, una especie de collar de hojas de oro representando la figura de Osiris. La nobleza presente utilizaba túnicas y cabellera postiza. Específicamente, los hombres llevaban un tocado particular, el klaft, que se formaba con un tejido cuadrado hecho con una tela de rayas, ajustado a la frente y con caídas a los lados, mientras que las mujeres llevaban una falda larga con la cintura alta, como un vestido largo y ajustado.

Al despedirse del gobernador, la faraona hizo un gesto inclinando levemente su cabeza imperial para que el Sabio se acercase. Lentamente se dirigieron al área de los jardines, donde un estanque y un lago embellecían el ambiente. En el lago había una pequeña y hermosa barca, bellamente decorada, la reina hizo otro gesto y un sirviente de aspecto extranjero llevó la barca a la orilla donde la reina y el Sabio la abordaron. Una vez sentados cómodamente la reina le comentó al Sabio:

- Es grato conocerlo, su fama lo precede.
- Pues muchas gracias señora reina faraona.
- Me puede decir su majestad. Le he enviado a llamar ya que necesito de sus servicios y deseo contar con su mayor discreción, deseo que lo

que acá hablemos solo sea entre usted y yo dada la gravedad del asunto. - El Sabio, miró al sirviente, y dudó.

-No tiene nada que temer, no puede hablar ni escuchar, afortunadamente.

-Pues usted me dirá mi reina, digo su majestad.

- Mi amado esposo me hizo, como regalo de bodas, un brazalete con el escarabajo sagrado hecho de oro con lapislázuli; originalmente eran dos, uno para cada uno, pero desafortunadamente el mío lo perdí y no deseo darle tan desagradable noticia. ¿Puede usted hacerme uno idéntico?

-Cómo no, yo mismo soy, pero antes debo ver como es el de su esposo, el rey Tut, pa jacséelo igualito pué.

La reina dudó, y luego de un silencio le comentó:

-Mañana le haré llegar a su taller el de mi esposo, muy temprano. Quisiera pueda tenerlo elaborado para la tarde.

-Cónchale, ni que fuera flash...

-No le entiendo. ¿Qué ha dicho usted?

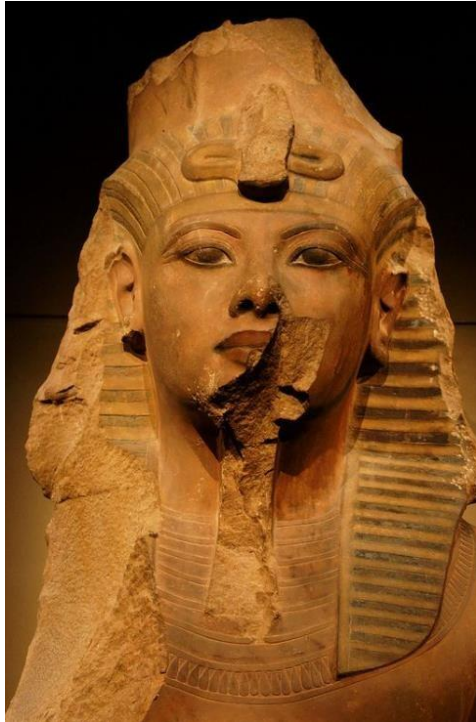
-Güeno, deme dos días su majestad. Yo mismo se lo vengo a traer.

-No se preocupe usted, yo le mandaré a buscar con una de mis sirvientas de absoluta confianza, su nombre es Nailah.

Dicho esto, el remero llegó a la orilla y un grupo de soldados escoltó al Sabio a la salida de palacio.

El Visir tenía gran poder e influencia en el palacio, quería enterarse de esa misteriosa conversación entre la reina y el artesano. Mandó a llamar al remero, supuesto sordomudo y éste le escribió en un papiro toda la conversación acaecida. El visir, al igual que Herombed, deseaban destronar al Faraón y convertirse en el nuevo líder de Egipto a toda costa; para ello, tramó un malévolo plan, le haría creer al Faraón que su esposa le era infiel valiéndose del brazalete perdido de ésta, diciéndole al rey que ella se lo regaló al Sabio como muestra de amor. Luego, fingiendo una discusión marital, la reina supuestamente asesinaba al Rey y se casaba con el visir. Lamentablemente el malévolo plan ya estaba en ejecución. A la mañana siguiente la reina tomó

cuidadosamente el brazalete del Rey y lo mandó con su esclava al taller de los artesanos. Seguidamente el visir, fingiendo una situación de riesgo, convocó al rey a una reunión, allí envenenó de inseguridad al Faraón



Rostro del joven Tutankamón. Estatua colosal ubicada en el museo de El Cairo.

Un día después, el Faraón interpeló a su esposa, y ésta, al notar la confusión y dudas de su esposo, le contó toda la verdad. Lamentablemente no le creyó:

- Sé que te has visto con el orfebre y que lo has traído al palacio. ¿Como te has atrevido?

-Esposo mío, nunca te he traicionado. Todo lo que te he contado es cierto. No sé quién te ha llenado de tristeza y mentira.

-Muéstrame tu brazaletes.

-Te he dicho que lo perdí.

- ¿El que posee el llamado Sabio es el tuyo? -La reina, al verse descubierta, comentó:

- Sí. Pero yo misma se lo he dado para que lo duplicara y dártelo a ti ya que el original lo he perdido.

Luego de trabajar toda la noche, el Sabio realizó un hermoso brazaletes idéntico al del Rey. La esclava Nailah los fue a retirar. Detrás de ella venían fuertes soldados que apresaron al Sabio y golpearon al anciano. En plena cárcel, el faraón Tutankamón fue a visitar al Sabio.

-Cuéntame todo lo que ha sucedido extranjero, pero cuélgate de tu pecho la verdad.

-Lo único que le puedo decir su majestad es que su esposa le es más fiel que perro é rancho.

Luego de un rato, al constatar la veracidad de lo sucedido por sus eficientes informantes de toda Tebas, la inocencia del Sabio se aclaró. El faraón quedó admirado por lo bien que se expresaba este extranjero en un extraño "egipcio antiguo"; finalmente decidió perdonarle la vida. El visir, por su parte, fue amonestado. Luego de ello, el faraón ordenó llevar al Sabio a La Casa de la vida.

Capítulo VII

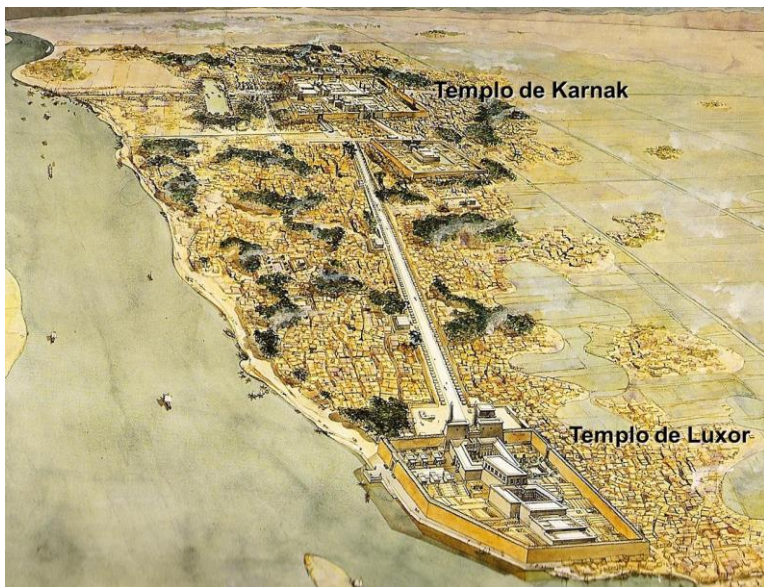
LA FIESTA DE OPET

Cada año, en la crecida del Nilo, se celebraba durante dos semanas la Fiesta de Opet, principal fiesta del pueblo Tebano en la cual se exaltaba la fertilidad y se regeneraba la mística unión entre el dios Amón y el faraón Tutankamón. Todo el pueblo egipcio realizaba sus celebraciones con un marcado sentido religioso. La parte principal de esta celebración consistía en una espectacular procesión de la estatuilla de Amón, dios principal de Tebas, trasladado en una decorada barca ceremonial que salía del Templo de Amón, en Karnak, y bajaba hacia el sur, de donde provenía la crecida el Nilo, hacia el templo de Lúxor, donde Amón se uniría a su esposa Mut, atravesando la Avenida de las esfinges, o dromos, la cual comunicaba directamente ambos templos.

Amón, cuyo nombre significa “el oculto”, podía ser visto por el pueblo una vez al año, por ello toda la ciudad se desbordaba hacia el templo de Karnak a lo largo de toda la avenida de las esfinges. En ocasiones la divinidad era transportada por el río Nilo a través de una barca mayor hasta el templo de Lúxor.

El Sabio, aprovechando su buena estrella al salvarse de la muerte una vez más, se acercó muy curioso a ver la procesión. Logró ubicarse en la entrada del templo de Karnak, vestido a la usanza de un orfebre artesano; entre la multitud contempló la gran marcha formada por el rey joven Tutankamón y su bella esposa Ankesenamón seguidos de una decena de bellas bailarinas todas muy parecidas, ya que usaban una peluca negra, un vestido blanco largo, todas descalzas; detrás venía el sumo sacerdote o visir con su típica piel de leopardo, precedido de fuertes esclavos que portaban grandes abanicos. Luego marchaban los jóvenes músicos con sus grandes tambores, trompetas y otros contorsionistas que anunciaban la llegada de la gran Barca ceremonial contentiva del gran Dios Amón, todo bajo los hombros de jóvenes egipcios. El imponente tamaño del templo, sostenido por cientos de grandes columnas en forma de flor de loto, decoradas con bellos

colores beige, verde, azul y dorado, contrastaban armónicamente con toda la escritura jeroglífica esparcida a lo largo de todas las milenarias paredes del templo. Todo ello hacía más mística y contemplativa la escena. Al lado del Sabio los egipcios se agrupaban clamando por alguna necesidad a su dios o recitando alguna plegaria. El Sabio estaba asombrado no solo por el majestuoso espectáculo en una sociedad con más de 5000 años, sino porque, a pesar del intenso calor, todos olían muy bien, ya que sobre sus cabezas un extraño ungüento se derramaba a medida que aumentaba el calor. Algunas gotas cayeron en su hombro y sintió un fuerte olor a incienso y hierbas aromáticas. Todos llevaban sus ojos sombreados y las mujeres estaban bellamente maquilladas. Las fuerzas militares de Herombed deambulaban por todas partes manteniendo el orden. Este estaba muy cerca de la reina, asediando al igual que Abay, con una mirada arpía y meticulosa.



Templo de Lúxor y templo de Karnak. Reino Nuevo. Dibujo de Jean Calude Golvin, (1942-)

- Ta buena la fiesta compa _comentó el alegre Sabio a un tebano.

-Sí, alabado sea Amón, su esposa Mut y su hijo Jonsu.

- ¿Y cuánto dura este merequetengue?

- Esta fiesta marca el inicio de las vacaciones, ya que, al inundarse la tierra por la crecida del Nilo, no podemos labrar la tierra.

Luego de ello, la pequeña barca fue llevada a la barca ceremonial, ubicada en la orilla del río. Todo el pueblo caminó por tres kilómetros hasta el templo del Lúxor. Allí el faraón, seguido por su jaguar ceremonial, entró al Santo Santorun y luego de un rato salió revestido con halo de magnanimidad, como convertido en todo un dios, el dios Tebano, protector del alto y bajo Egipto. Todo el pueblo aplaudía al faraón. Sin embargo, el Sabio logró percatarse que la envidia y el rencor vivían en los ojos de Abay, el Sumo sacerdote y Herombed, a cada paso que daba el rey Tut fuera del templo.

La procesión se dirigió nuevamente al templo de Karnak. Los sacerdotes cargaban sobre sus hombros un modelo de barca solar con la imagen del dios y atravesaron nuevamente la avenida de las esfinges.

El Sabio se divertía enormemente, se encontró con algunos obreros amigos y conocidos del templo y juntos realizaban bailes y bebían. Algunas mujeres trajeron pan, cebada y frutas, algunas de ellas desviaban su mirada provocativa hacia el Sabio a lo que este respondía:

-Uuuupa cachete!

Uno de los esclavos había cazado un ciervo y se lo trajo al Sabio. - Prepáranos este ciervo Sabio, a tu estilo.

Este hizo encender una fogata muy cerca del río y enseñó a los egipcios cómo preparar una parrilla venezolana.

- Zamuro cuidando carne -se dijo para sí-. Paren la oreja pué. Primero que todo la carne debe estar troceada en piezas largas de gran tamaño. Mira, sobaco é tigre, prepárame unos palitos por ahí. Los cortes de carne se deben enchuzá en estacas.

Todos los presentes se acercaron al asado. El Sabio seguía hablando:

-Ahora se clavan las estacas alrededor del fuego, pero eso sí que queden paraítas, bien inclinaitas al calor de las brasas colorás.

- Y para condimentarlo Sabio, ¿qué le agregas?

-Solo sal y candela hermanito. Uno se queda acá dándole vuelta y vuelta como a un marrano para que se cocine por todas partes.

Algunos músicos alegraban aún más el ambiente, lindas aldeanas egipcias tocaban el harpa, laúd, oboe y la lira mientras otras bailaban extendiendo sus brazos y prominentes cabelleras hacia adelante y atrás en el alegre grupo. Se destacaba una mujer con vestido de diosa y rayos dorados en su cabeza la cual bailaba con lentos movimientos mientras hacía sonar un hermoso sistro dorado en su mano derecha. Esta misteriosa mujer dirigía su mirada solo al Sabio popular.

-Caramba, esto es lo más parecido a mi tierra, gritaba el Sabio mientras bailaba y reía entre los alegres egipcios morenos.

El agradable olor y la música hizo que más gente se acercara al río. Todos se divertían.

El Sabio, muy animado, tomó su cuatro y comenzó a charrasquearlo mientras cantaba:

*Esta es la Quirpa,
joropo venezolano, tercer himno nacional,
Ay nacional, donde se inspira cantando
aquel que sabe cantar
con melodía y buena letra y una voz sentimental,
pa' demostrar a su tierra su valor profesional*

Yo le canto a Venezuela, yo le canto a Venezuela por ser mi tierra natal...

Las bellas bailarinas, animadas por la música y la algarabía, comenzaron a danzar al ritmo del cuatro.

Luego de un rato, atraído por la algarrabía del lugar, Herombed hizo atrapar al Sabio, por dos fuertes soldados. Todos se dispersaron rápidamente. Lo llevaron a un lugar apartado debajo de una sombra de árbol de olivo. Herombed apareció diciéndole con gran autoridad:

- Te diviertes extranjero?

- Gozando un puyero mi general, pero si me dejase la perseguidera estaría mejor.

Un golpe en el estómago de un soldado le hizo callar.

- Qué desubicado andas Sabio, literalmente desubicado. Te conviene alejarte de mí, mientras goza de esta momentánea protección del faraón, pero nada es para siempre, nada. ¡Llévenselo!

Dicho esto, los soldados lo llevaron nuevamente al desfile arrojándolo a los pies de una columna del templo. Al caer, parecía haber dicho:

- Este Herombed me quiere agarrá de sopita, pero que vá, le tengo que picá alante.

Capítulo VIII

EL MAESTRO ESCRIBA

El Sabio llegó una mañana a La Casa de la Vida; éstas eran unas elegantes instituciones dedicadas a la educación, ubicadas en las principales ciudades y templos, como Karnak. El escriba mayor, rector de todas las casas, era el estricto Nebertche, gran erudito famoso por su sabiduría y un extraño sentido de la disciplina. Fue allí, en el mismo templo de Karnak, donde el Sabio trabajaba anteriormente como orfebre, ahora se iniciaría como escriba. Estos eran importantes personajes de la corte real quienes tenían el sagrado deber de formar a los futuros sumos sacerdotes, otros escribas y personas importantes de la realeza.

La Educación egipcia no era pública y había poca presencia femenina, tanto en alumnos como en profesores. El escriba pertenecía a la administración pública y su labor abarcaba las principales funciones en la clase alta. En la escala de la pirámide social al escriba solo lo superaba los sacerdotes egipcios y el faraón. Eran especialistas en la escritura, respetados por todos y se encargaban, además, de llevar las cuentas y recaudar impuestos, así como documentar la vida social, el progreso de las pirámides y en el caso del Sabio, educar a los hijos privilegiados en La Casa de la vida.

Al entrar al silencioso salón, el Sabio notó la presencia de algunos niños quienes, con un papiro en el regazo y una pluma o cáñamo hueca en la mano aprendían las primeras palabras. Al lado de cada estudiante había una paleta con tintas de color rojo o negro, elaborados de extractos naturales. Al frente de estos estudiantes estaba el escriba, quien, en posición sedente y con las piernas cruzadas, dictaba tres tipos de lenguajes: jeroglífico, demótico y hierático. En una de las esquinas había un jarrón contentivo de algunos papiros celosamente custodiados. El Sabio se preguntaba si existiría una biblioteca de papiros o algo parecido, sin embargo, su curiosidad debía esperar ya que percibió que algunos métodos “educativos” eran muy duros. Esa

mañana observó cómo otro escriba latigaba a un niño que había terminado su tarea. Egipto era una sociedad analfabeta, por ello los escribas eran muy admirados y su trabajo bien retribuido.

El Sabio sabía que solo por el Faraón estaba en ese lugar, y le agradaba. Al terminar “la clase” el Sabio fue presentado al escriba mayor.

-El mismo rey Tut lo ha recomendado -comentó un escriba con cierto recelo.

Nebertche, el escriba mayor, vistiendo solo una falda y un gran manto solemne, con la cabeza minuciosamente rapada, lo miró de arriba abajo y le dijo:

- Tú no eres de este imperio; dime, ¿cómo aprendiste nuestro idioma y costumbres?

- Si le cuento no me lo va a creer.

-Cuéntame -susurró el escriba mientras una sonrisa irónica se dibujaba rápidamente.

-Vengo del templo de Edfu; allí aprendí todo lo que sé_. El Sabio no vio oportuno decir la verdad.

-Interesante, ¿y qué es lo que sabes? -comentó con gran indiferencia.

- Bueno sé que usted se llama Nebertche, nombre que le pertenece al dios del universo, y es escriba desde hace diez años en este sagrado templo; de pequeño solía pescar en el Nilo y una vez fue agredido por un cocodrilo.

-Eres muy observador- dijo el escriba observando su talón cicatrizado.

-Acá, en la casa de la vida, debes ser muy buen escritor, dibujante y sobre todo, reservado en tu hablar si deseas seguir con vida.

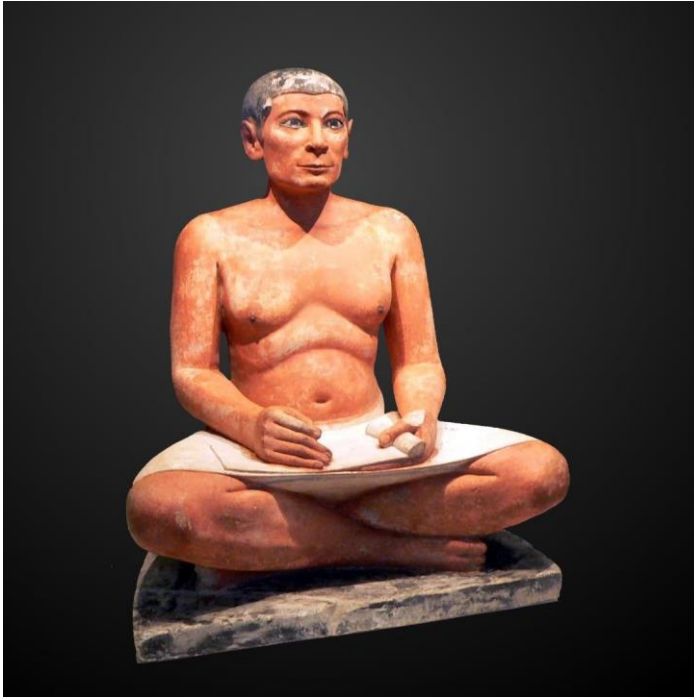
-Claro que sí, con decile que cuando yo era bien carajito mi mamá pensaba que yo era mudo, más o meno hasta los 10 años. Figúrese que una ve...

El Sabio, al observar el disgustado rostro del escriba guardó silencio.

-Serás destinado a la enseñanza de en la escuela elemental -continuó Nebertche- y velarás por tres principios: La disciplina rigurosa, con imposición de castigos cuando fuese necesario; la caligrafía, enseñando

a leer y escribir y, por último, mas no lo menos importante, el método basado en la memorización y la transcripción. Este es el camino para poder iniciarse en disciplinas más especializadas.

Luego de ello, el escriba mayor se alejó sin despedirse dejando al Sabio en manos de su asistente.



*Escriba Sentado Autor: Antiguo Egipto Año: 2480a.c- 2350a.c
Material: Piedra Caliza. Ubicación: Museo del Louvre, París, Francia.*

Una mañana, luego de que se abrieran las puertas del gran templo de templos, Karnak, el Sabio se dispuso a iniciar sus clases. El sagrado sol brillaba, ya había hecho su majestuosa entrada desde la rivera este dejándose ver cual solsticio imponente desde la principal puerta del sacro templo de Karnak; poco a poco sus rayos entraban cual pisadas

de un dios matutino en todo el templo bañando con sus rayos las elevadas y coloridas columnas de la sala Hipóstila.

La educación se realizaba de acuerdo a la edad de los estudiantes. Hasta los cuatro años los hijos eran educados por sus padres. El hijo por su padre y la hija por su madre. Luego, las familias pudientes llevaban a sus hijos a los principales templos de Tebas, sobresaliendo en importancia el templo de Karnak. Este sacro templo de templos, tan grande como dos ciudades del Vaticano, fungía como una ciudad universitaria: estaba la escuela elemental llamada casa de instrucción o casa de los libros, luego se avanzaba a la Casa de la vida, una especie de escuela superior donde se hacían estudios de medicina; finalmente estaba la casa de los escribas, donde se formaban a los futuros gobernantes y administradores del gran imperio egipcio.

El Sabio fue ubicado en una gran sala contigua donde estaba la Casa de instrucción.

-Vas a enseñar a los pequeños -le indicó el escriba de turno-, este será tu espacio de trabajo-. Dicho esto, el escriba le dio una cesta llena de materiales como papiros, tintas, cálamo y un látigo, luego se marchó.

El Sabio observaba algunos escritos grabados en las altas paredes los cuales estaban esparcidos en todo el recinto educativo. Algunos de ellos decían:

-Pon todo tu corazón en los libros.

-Ojalá amaras a los libros más que a tu propia madre.

-Dedícate a escribir durante el día y a leer por la noche, pero el que más le llamó la atención fue uno que decía:

- No pierdas el tiempo holgazaneando todo el día, poco recibirás.

El Sabio se presentó frente a unos diez niños delgados, todos con el pelo casi rapado. En sus pulidas cabecitas sobresalía una larga cola de caballo fuertemente trenzada. Esas cabecitas redondas eran de varios colores, mestizas, negras, pálidas. Al Sabio le llamó la atención un niño de tez muy negra; llegó a pensar que no era Tebano, pero al hablar con el niño su acento local le hizo repensar su procedencia.

- Hola -le dijo el Sabio, estrechando su mano.

El niño no le contestó, mucho menos estrechó su mano. El Sabio se dio cuenta de su error y retiró su mano rápidamente.

- ¿Cómo te llamas?

-Tanuta -contestó con una triste mirada infantil.

- ¿Y de dónde eres?

-De Kusk -nombre con el que era conocida mi ciudad natal, Nubia.

- ¿Y tus padres? Cuéntame sobre ellos.

Los ojos del niño se avivaron al hablar de sus progenitores.

-Soy hijo del gran faraón kushita Shabako, quien reunificó completamente el país y su dinastía se consolidó como la única reinante. Pero un día mi mundo cambió; llegaron extranjeros de ojos delineados, en carros de guerra y a pie usando escudos y largas flechas que pinchaban a mis amigos y, fuimos dominados por el imperio de la doble corona.

El Sabio se contuvo para no llorar. Conocía muy bien que el imperio egipcio tenía por política invadir países cercanos, convertirlos en colonias, apoderarse de los príncipes de esos nuevos virreinos, y, una vez adoctrinados en la cultura egipcia, regresarlos a su tierra natal, ahora propiedad egipcia, pero ya revestidos como autoridades egipcias para ejercer el gobierno en la nueva colonia en nombre del imperio.

-Eres un niño muy inteligente, algún día verás a tus padres nuevamente, mientras, sé el mejor en todo y te irá muy bien -luego de ello le dio una palmada en el hombro y se fue.

Al pasar el tiempo el Sabio se iba destacando como un buen maestro escriba. Sus niños eran los mejores y sus producciones escritas sencillamente asombrosas. En varias ocasiones algunos estudiantes de las casas superiores venían a la Casa de instrucción y quedaban maravillados por la sabiduría de los niños, así como la calidad de los textos literarios producidos por manos infantiles. El Sabio basaba su pedagogía educativa en los escritos de un papiro que encontró en la biblioteca de la Casa de la vida, la cual era llamada: "Tesoros de los remedios del alma". Los libros eran llamados (bau_Ra) o "almas de RA".

Este papiro llevaba por título: “Las enseñanzas de Ptah-Hotep, el dios de la sabiduría”. Cada mañana el Sabio hacía recitar algún principio de los textos contentivos en un viejo papiro; cada mañana muchos escribas escuchaban con recelo las filantrópicas frases emitidas por boquitas inocentes:

-Busca consejo tanto del ignorante como del Sabio.

-Si un hijo acepta lo que su padre le dice, ningún proyecto suyo fracasará.

-Aférrate a la verdad y no pases de ella.

-Si eres hombre denota de fundar tu hogar y amar a tu mujer. Llena su vientre, viste su espalda, alegra su corazón.

-No te rías de un ciego ni te burles de un enano y no hagas daño a un mutilado.

Sin embargo, había una historia a manera de cuento, preferida por los niños egipcios y por el mismo Sabio, la cual leía de vez en cuando a sus pequeños estudiantes: La historia de Sinuhé, el egipcio. Esta historia estaba escrita en un viejo papiro, quizás perteneciente al período del Egipto medio, y narraba las aventuras de un egipcio que tuvo que huir de su país, ya que, luego del asesinato de su líder, Amenemhat I, y temeroso a futuras represalias, huyó de Egipto y se refugió en el Próximo Oriente, Biblos; allí fue muy respetado y exitoso gracias a sus habilidades y a la bondad de algunas familias, pero, ya viejo, sentía una gran nostalgia por volver a Kemet, como se llamaba a Egipto en ese entonces. El Sabio no podía evitar que unas lágrimas se le escaparan al leer uno de sus fragmentos:



Historia de Sinuhé el egipcio. Papiro de Berlín 3022.

“¡Oh Dios, quienquiera que seas, que has predestinado esta huida, sé clemente, devuélveme a la corte! Es posible que me concedas volver a ver el lugar donde mi corazón no cesa de estar.

¿Qué hay más importante para mí que ser enterrado en Egipto, siendo así que yo he nacido allí?

¡Ven en mi ayuda! He aquí que un feliz acontecimiento se ha producido. Dios me ha dado testimonio de su clemencia. ¡Que pueda igualmente actuar para preparar un buen fin para aquél a quien había convertido en miserable! ¡Que pueda su corazón conmoverse por aquel que había desterrado (y obligado) a vivir en tierra extranjera! Si está hoy dispuesto a mostrarse clemente, que escuche la súplica y que lleve de nuevo su mano, esta mano que me ha hecho llevar una vida errante, al lugar de donde la había sacado”

¡Qué ironía! Un cuento egipcio que había sido escrito cuatro milenios atrás de su fecha natal (1935 d.C) se identificaba tanto con él, o como diría el mismo Simón Díaz: - ¡Lo retrata camarita!

Los niños no pudieron pasar desapercibido la gran nostalgia del Sabio mientras éste les leía el texto y le preguntaron:

-Por qué sus ojos se humedecen como cuando el Nilo crece en la época de lluvias?

- No sean *exageraos*. Algo me cayó en el ojo.

-Una lágrima de tristeza ha visitado sus ojos -comentaba el más grande de la clase.

-A ustedes no se les escapa una, nojombre. La verdad que ando más triste que mocho viéndose el tuco... Lo que pasa es que como ustedes saben, yo también soy extranjero como algunos acá presentes, y la verdad que este cuento me hace recordar a mi tierra querida.

-Y de dónde es usted?

- De una hermosa tierra muy lejana llamada Venezuela. Y no se molesten en buscarla en ningún jeroglífico que segurito no la van a *encontrá*. Pasarán casi tres milenios para que el nombre de mi patria aparezca en un mapa.

Los niños dibujaban rostros incomprensibles. En el fondo el Sabio temía que su vida no tuviera el final feliz de Sinuhé el egipcio que logró regresar a su tierra natal y morir en ella.

Unos días después, una mañana el jefe de los escribas Nebertche, portando un rostro vengativo, se detuvo en la puerta del salón de clases y enfrentó al Sabio:

-Tu didáctica no es muy práctica querido Sabio. Te explicaré, todos los egipcios aspiran ser escribas. El escriba es polifacético, de gran autoridad, redacta contratos, examina impuestos, inspecciona asuntos del comercio; es un alto funcionario, dotado de una sólida cultura que le proporciona relevancia social y grandes posibilidades de ascenso, un ascenso donde muchas veces el fin justifica los medios. Sin embargo, estás formando egipcios de débil carácter, compasivos y de poco temperamento para ejercer la voz de mando.

En ese instante el escriba mayor Nebertche, hizo le trajeran un viejo y muy usado papiro llamado Exhortación a un escriba.

-Toma este documento, léelo y hazlo memorizar a los alumnos -El Sabio tomó el viejo papiro y leyó:

“Sé un escriba, el que es libre de las labores forzadas, y protegido de trabajo.

¿No te imaginas lo que le sucede al campesino cuando tiene que registrar su cosecha? Los gusanos le han comido la mitad del grano y el hipopótamo

ha devorado el resto. Los ratones abundan en el campo y le cae la langosta. El ganado devora y los gorriones roban. ¡Compadece al campesino! Y ahora el escriba desembarca en el embarcadero y quiere registrar la cosecha. Los cargadores llevan unos palos y los negros, varillas de palma.

-Ellos dicen: ¡Danos grano

-Tú dices: ¡No tengo ninguno!

El campesino es apaleado y despedazado, lo atan y lo arrojan al canal... Pero el escriba, dirige el trabajo de todo el mundo. Para él no hay impuestos, ya que paga un tributo escribiendo y no hay deudas para él. Te ruego que aprendas eso”

El Sabio, molesto, le respondió:

-Veo en este escrito una enseñanza clasista, basada en superioridad e injusticia donde la humanidad brilla por su ausencia. Yo le pregunto ¿no es el fin de la educación iluminar a otros, Sabio Nebertche?

-No en estos milenios querido Sabio Popular -Una rara mirada, concedorade los misteriosos orígenes del Sabio se dibujó en el escriba mayor.

- ¿Crees que me he mantenido en este cargo solo por ser un gran erudito? Tengo contactos Sabio, en este mundo y en el otro. Te he seguido desde siempre y debo decirte que tu tiempo se ha acabado. No soy tan malo como dicen; nadie sabe todavía que eras un esclavo en este templo; te propongo escapar de una forma menos humillante. Mañana a primera hora te paras delante de todos y expresas que debes marcharte, no sin antes rectificar y aclararles algunos principios pedagógicos de nuestra institución, que has tergiversado, ya que, para ti, son errados, a tu parecer.

-Eso sería contradecirme respetado Escriba. Mire, no le busque las tres patas al gato. Uste sabe que nunca lo haré.

-Bueno -dijo Nebertche, levantando su bastón-, no hay nada más que hablar.

Al sonar el bastón contra el rupestre suelo, docenas de soldados dirigidos por el general Herombed sitiaron al Sabio; uno de ellos le golpeó las rodillas, luego al caer, vino otro y le pateó la cabeza como si fuera un melón tirado en la calle del mercado tebano. El Sabio fue

llevado en la complicidad de la noche a un sito alejado, a una isla cerca del templo de Kom Ombo, dedicado al Dios Sobek; tenebroso lugar conocido por la ancestral práctica de la momificación de alargados cocodrilos.

Los soldados llegaron en una faluca, evitando la barca guerrera. Nadie podía enterarse de los responsables de la muerte de un escriba. Lanzaron al Sabio a lo profundo de la isla y huyeron apresuradamente.



Ruinas del templo de Kom Ombo, santuario donde se rendía culto al dios Sobek.

La muerte del Sabio era inminente; poco a poco algunos cocodrilos de seis metros de largo se acercaron; poco a poco iban abriendo sus babeantes fauces activadas por el olor a sangre emanada de las heridas del Sabio que había dejado un trazo por un angosto lindero. Cuando ya su cuerpo iba a ser despedazado por los habitantes grises de la isla de Kom ombo, el Sabio, volviendo en sí y aterrado por tan dantesco espectáculo logró decir:

- *“Aunque camine por cañadas oscuras nada temeré, porque tú vas de la mano conmigo”.*

De repente, una gran luz encegueció los rayados ojos de los cocodrilos quienes se arrojaron al río. Poco a poco algo aterrador emergía de las oscuras y anegadas aguas, un hombre con cabeza de cocodrilo portando un báculo, falda blanca y grandes plumas doradas en la cabeza. Portaba, además, un gran pectoral y brazaletes de oro cuyos rayos se reflejaban en el agua. Era Sobek, dios del Nilo, dios del agua y la fertilidad, dios protector de los peligros del creciente fértil.

El Sabio, estaba aterrado. ¿Por qué un dios del Nilo lo rescataba? ¿Qué protegía al Sabio de la maldad de Herombed y sus soldados? No sabía si ya había muerto y estaba enfrentando su purgatorio. Cerró sus ojos y se entregó a la muerte. Finalmente, algo inesperado, algo inusitado ocurrió: El gran dios Sobek lo tomó en sus brazos y lo llevó lejos, a la orilla del Nilo.

Capítulo IX

“LA CASA DE LA MUERTE”

El cirujano mayor de la momificación, Khentimentiu, se dirigía como todos los días a cumplir con su jornada laboral en la Casa de la muerte. Solía llevar consigo su bolso medicinal de piel de camello durante todos los días ordinarios de su vida, pero en esa ocasión, no era un día común. El sol parecía haberse levantado más temprano y sus rayos iluminaron al cuerpo de un hombre que yacía en la orilla. Khentimentiu era alto y fuerte, así que al notar que el estropajo de cuerpo todavía respiraba, le brindó rápidamente los primeros auxilios, lo levantó llevándolo a la casa, a la casa de la muerte. El cirujano percibió un fuerte olor a cocodrilo emanado por el cuerpo fatigado del Sabio, olor familiar para él por las incontables momificaciones que había realizado a estos saurópsidos cuando todavía era mozo.

Para los antiguos egipcios la muerte no era el final de todo, sino un renacer o la continuación a una nueva vida, pero una vida en el “más allá”; Para ello el alma debía aprobar un juicio y así llegar a vivir plácidamente ante la presencia de Osiris. Esta era la esencia de su religión y espiritualidad. Se le daba una gran importancia al hecho de alcanzar la vida eterna, y para ello no se escatimaban gastos, más si el difunto era de la realeza. Los egipcios pensaban que, al morir, el espíritu del difunto, el ka, debía superar el juicio ante el dios Osiris. ¿Pero cómo aprobarlo? Primero que todo, se debía poseer el libro de los muertos, una serie de instrucciones que permitía al ka superar cualquier obstáculo, pero, para que el tránsito al más allá fuera exitoso, era imperante conservar también el cuerpo del fallecido, el cual se uniría luego al ka, al aprobar el juicio y así seguir con su “vida”. Pero cabe destacar que los egipcios sabían que el cuerpo material no podía hacer el paso desde este mundo al inmaterial; es por ello que el “Ba” (su personalidad) era la que lo hacía. Una vez que el Ba y el Ka se unían podían hacer el viaje final hacia el cielo donde el difunto resucitaba como

“Akh”, o espíritu, y podía vivir eternamente. Debido a ello era imperante purificar el cuerpo.

Para que el cuerpo no se descompusiera se realizaba el proceso de embalsamamiento o momificación del cadáver que duraba setenta días. Este desagradable y poco deseado trabajo se realizaba en la necrópolis tebana, hogar de los embalsamadores, constructores de ataúdes y tumbas, en un espantoso y lúgubre lugar llamado la Ciudad de los muertos, ubicado al oeste, más allá de la orilla del río, cerca de unos peñascos de arcilla, parecido a una colmena, pero de tumbas, ubicado en el Valle de los Reyes; fue allá donde estaba el Sabio popular, o lo que quedaba de él. La casa de la muerte era un lugar donde solo los criminales y blasfemadores de dioses encontraban un trabajo. Al llegar, el cirujano mayor, cargo oficial de Khentimentiu, ordenó a un empleado de su confianza llevarlo a una habitación contigua y cuidarlo. Dos días después el Sabio, con un gran dolor de cabeza despertó. Khentimentiu al notar que el dolor se prolongaba más de lo normal mandó traer del río Nilo, que estaba muy cerca, un peculiar pez al que llamaban “torpedo negro” también llamado “pez gato eléctrico del Nilo”. Este pez atontaba a sus víctimas fluviales para cazarlas, pero los egipcios también lo usaban para fines medicinales. El Sabio estaba recostado en una esterilla con un trapo en la cabeza. Khentimentiu se acercó, se lo quitó y le mostró al pez que se agitaba violentamente en su mano. El Sabio identificó a un pequeño pez raya. Inmediatamente, y sin que pudiera reaccionar, Khentimentiu colocó al torpedo negro sobre la cabeza del Sabio, quedando este inconsciente y entumecido al recibir el repentino golpe de descargas eléctricas. Al poco rato, el Sabio, ya sanado, despertó.

Khentimentiu mandó a vestirlo solo con una falda larga.

- ¿Cómo te sientes?

El Sabio al verse, lloró amargamente mientras un fétido olor percibía por doquier- sólo alcanzó a decir:

- ¡Ando como esrengao!

Era un lugar tétrico, lleno de cadáveres colocados sobre mesas de madera. Varios hombres les realizaban diversas actividades; unos los

vendaban, otros, los sumergían en pozos ardientes llenos de natrón; otros más construían sarcófagos. Había vasos cánopes por doquier donde eran depositados los órganos extraídos del cadáver. Dichas jarras tenían formas antropomorfas y zoomorfas en su tapa; en la que tenía forma de halcón guardaban los intestinos, en la jarra que tenía forma de chacal depositaban el estómago; en la de forma de mono, los pulmones; finalmente, la de forma de hombre, el hígado. En ese lugar perdido trabajó el Sabio por dos largos años; nadie sabía qué había sucedido con el Sabio, nadie sabía que existía, solo su fiel amigo, el viejo artesano Fenuku y su antiguo esclavo Jabari.

En ese largo tiempo, el Sabio fue acostumbrándose al trabajo y al hedor habitual, un hedor que lo perseguía en las noches mientras descansaba, y que no se alejaba a pesar de toda el agua que recibía en las riberas del Nilo mientras se bañaba deseando a toda costa ser alimento de algún gran cocodrilo o ser aplastado por las fauces de un enorme hipopótamo. Sin embargo, no sabía porqué seguía con vida, si a eso se le podía llamar vida. Al principio no pudo soportar embalsamar cadáveres humanos por lo que le fue asignado embalsamar animales como gatos, perros y luego cocodrilos. Con el tiempo pudo ascender. Cada mañana recibía a algún cadáver de Tebas o del Alto Egipto y le aplicaba el proceso de momificación según las posibilidades económicas de los familiares del finado. El familiar del difunto, conmovido por el proceso, casi siempre aceptaba la tarifa, pagaba y se alejaba con profundo dolor y aversión, casi vomitando.

El Sabio, con el paso del tiempo, ya se destacaba en todos los oficios de la casa de la muerte, sin ningún problema y con gran arte, ya podía ser bien maestro artesano, cortador o embalsamador. Sin embargo, aun cuando ya estaba acostumbrado a este fúnebre oficio, no dejaba de espantarle la figura del sacerdote lector que, vestido como Anubis, dios del inframundo, portador de un intimidante y aterrador rostro de chacal, recitaba, como obligado ritual, las fórmulas mágicas en cada etapa de la momificación.

Una vez a la semana, como de costumbre, el Sabio preparaba su burrito, y llevando dos grandes sacos vacíos de gruesa tela, se dirigía al desierto, a buscar la preciada sal divina, para el proceso de momificación de sus clientes. El Sabio se había vuelto menos humano, menos persona. Dicen que el ambiente nos cambia. Cobraba altas sumas por su trabajo y si algún familiar no podía pagar la momificación del cadáver, el Sabio ordenaba arrojar al fallecido al río. Para los egipcios no ser momificado significaba que el cuerpo del difunto no se uniría con su alma en el más allá y por ende, no proseguir “su vida” eternamente en la tierra de los muertos.

El Sabio, para mayor descaro, incluso tenía su propia tabla tarifaria de momificación. Esa mañana salió muy temprano a un lugar inhóspito llamado *lago natrón*, un lugar donde solo se hallaba dicha sal. El sitio estaba cubierto de cenizas volcánicas arcaicas, rodeado de animales petrificados que habían chocado con sus mortales aguas, las cuales superaban hasta 50 grados centígrados. Ya cerca del lago, a cierta distancia dejó su animal y recorrió las orillas del lago reuniendo toda la sal posible; también recogió algunas rocas volcánicas afiladas que le servirían de “bisturí” o instrumento quirúrgico cortante. Luego de abastecerse de suficiente natrón, se alejó del desafiante lago y se internó en el desierto oeste. A su paso contempló el impresionante templo de la reina faraona Hatshepsut y se detuvo en un pequeño oasis para restablecer sus fuerzas. No había pasado media hora cuando observó una nube de polvo a lo lejos; poco a poco el ruido se hizo más intenso y apareció la imagen de un elegante carro dorado ceremonial de combate tirado por un caballo. A bordo, iba un hombre joven que arrojaba algunas flechas. No tan cerca, un león corría desesperadamente delante de él, a tan velocidad que sus patas traseras le rosaban su esbelta y dorada melena. El Sabio identificó rápidamente al Faraón Tutankamón al detallar sobre su sien la diadema real de oro con el adorno de la cobra o uraeus y el buitre Mut. El león, luego de una feroz cacería, fue acorralado al llegar a una formación natural de altas rocas.



Antiguo templo funerario de Hatshepsut, la reina-faraón. Ubicado en la orilla occidental del Nilo, detrás del Valle de los Reyes.

El Faraón, al llegar, detuvo su carro, sacó su gran arco, lo encorvó con sus fuertes brazos y lanzó una senda flecha hecha de juncos, la cual viajó directamente hacia la presa; una punta de metal fijada con resina e hilo de lino se sumergió mortalmente en el estómago del desdichado felino. Para desgracia del faraón, detrás de las rocas, en lo alto, una jauría de leones, posible manada del finado, salió en su defensa. El faraón, al darse cuenta de su desventaja, trató de huir, pero sufrió un accidente en su pierna al caer del carro. En ese instante, el Sabio, que iba acercándose al lugar del suceso, bajó la carga salina llevándose consigo al resabiado burro y su bolso personal. Lamentablemente, el burro, presa del pánico, corrió en dirección opuesta al rey, alejándose de las grandes rocas de cuyos desfiladeros comenzó a bajar la jauría, quienes, en loca y frenética carrera alcanzaron al animal clavando sus afilados dientes en sus carnes. Mientras los leones lo despedazaban entre gritos sollozantes, el Sabio tomó las riendas del dorado carro real y auxilió al

faraón quien pudo montarse con dificultad en el carro ceremonial y escapar milagrosamente de las fauces de la muerte. Ya a cierta distancia, en el oasis donde había descansado el Sabio, llegó con el faraón malherido y el fatigado caballo. Lentamente lo bajó del carro y debajo de una palma de oliva le dio de beber.

El faraón, tratando de alejarse del Sabio le gritó:

- ¿De dónde viene ese olor a muerte?

El Sabio bajó la cabeza y se dispuso a curarle la herida en la pierna del Faraón. Tomó unas hojas de palmera, las masticó, preparó un unguento agregándole un polvo que sacó de su cinturón y lo untó en la herida.

-Es un cicatrizante, antibiótico y antiinflamatorio su majestad -comentó el Sabio para tranquilizarlo.

- ¿Sabes quién soy? Te agradezco haberme salvado la vida-. Al faraón se le hacía conocido su salvador, pero no lograba identificarlo. Luego, tratándose de sentar mejor le preguntó nuevamente: - ¿Quién eres tú y por qué hueles a muerte?

-Soy un embalsamador de la casa de la muerte su majestad.

-Acércate y déjame ver tu rostro -El Sabio miró a los ojos del faraón y éste reconoció el excéntrico rostro del embalsamador.

- ¿No eres tú, Ramón el Sabio, a quién hace unos años la vida perdoné? El Sabio, mientras limpiaba sus heridas, le respondió:

-El mismo que viste y calza su majestad.

- ¿Pero, ¿qué fue de tu vida, para que hayas terminado así? -El Sabio sintió vergüenza, bajó su mirada y sentenció:

- Cuando usted me dio la libertad, el sumo sacerdote me confinó a la casa de la muerte so pena de asesinarme si salía de sus límites en el Valle de los Reyes.

- El Faraón, indignado, quiso infructuosamente levantarse.

-Ese despiadado Abay, ¿cómo se atrevió a contradecir mi orden? Quien sabes cuantas veces lo habrá hecho.

El faraón poco a poco fue contando todas las ocasiones en que, tanto el jefe de los soldados, Herombed, como el de los sacerdotes Abay habían

querido tomar su lugar y tomarse el derecho de dictaminar leyes sin su consentimiento. El joven Tut sabía que ambos líderes odiaban a su fallecido padre Akenatón por haber éste realizado su gran sueño: la ciudad de Amarna, una ciudad del sol, alejada de intereses religiosos y militares. Lamentablemente, ni a Herombed ni al sacerdote Abay le bastaron que el hijo de Akenatón, el rey Tut restableciera todo lo que su padre les había destituido. Ellos querían más, más poder, más tierras, más dioses. Mientras, el Sabio le había preparado al joven faraón un té de malojillo, una especial mata que él plantaba en los jardines de la casa de la muerte. Con ese relajante brebaje el faraón logró dormir un par de horas. Mientras dormía, el Sabio sacó de su bolsa de tela algo de harina y carne seca. Luego, aprovechando el agua de un oasis cercano, preparó una masa e hizo unas ricas empanaditas.

Cuando el Faraón despertó, el Sabio le dio de comer.

- ¿Qué es esto Sabio?

- ¡Comía pue!

- ¿Qué clase de comida?

-Empanadas de mi tierra, pero de carne de gacela. Y deje la preguntadera su Maje que cargo más hambre que piojo en peluche.

Ambos comieron y descansaron mientras el caballo, desatado del carro, masticaba algunas plantas y espantaba los insectos con su cola.

Llegada la tarde se oyó el galopar de unos caballos. Era una tropa egipcia dirigida por Herombed quien era precedido por un portaestandarte en forma de abanico como emblema de guerra. Detrás venía la tropa faraónica formada por una treintena de soldados en su mayoría armados con espadas afiladas en la parte convexa. El Sabio notó que llevaban un escudo de madera, reforzado en el frente con cuero y una placa de bronce. Los jóvenes soldados llevaban una coraza blanca hecha con varias capas de lino forzado para evitar las flechas. Algunos también llevaban lanzas, de la altura de un hombre, en cuya punta brillaba el metal de bronce.

- Su majestad -se adelantó Herombed-, pensábamos que los hititas lo habían hecho prisionero. ¿Qué sucedió?

- Un pequeño accidente Herombed, nada preocupante. -Dijo el Rey Tut, mostrando la herida en su pierna.

Herombed, como zorro viejo, identificó al Sabio y recordó al extranjero que había dejado en manos del artesano.

- ¿Y tú que haces tan lejos de tu taller?

-Hace tiempo que no trabaja en Karnak -se adelantó a responder el rey Tut-. Estuvo como embalsamador en la casa de la muerte y ahora lo nombro: Médico Superintendente del Faraón.

Una mirada incrédula, y desafiante lanzó Herombed contra el Sabio, quien respondió al mandato del Faraón:

-Honor que me hace su majestad, la que verdá que el trabajito me caerá como anillo al dedo.

- ¡Vamónos a casa! -ordenó el rey Tut.

A la orden de Herombed todos los soldados se formaron ordenadamente colocando el portaestandarte o *ta seryt* al frente del faraón quien fue llevado en una cama de madera por cuatro musculosos soldados nubios; detrás iba el Sabio, seguido por Herombed y la tropa del faraón. Otra etapa del Sabio estaba terminando y otra por comenzar; no sabía lo que le esperaba, pero -¿qué era peor que trabajar en la casa de la muerte? -meditaba mientras se dirigían a la capital del mundo, Tebas.

Capítulo X

EL MÉDICO DEL FARAÓN

El herido rey Tut, acompañado del Sabio y la tropa egipcia pronto alcanzaron las orillas del Nilo, donde la barca real los esperaba. Poco a poco fueron remontando el Nilo, río abajo, dejando atrás el misterioso Valle de los Reyes. Al navegar cerca del Templo de Edfu el Sabio sintió una extraña sensación, recordando donde todo había comenzado sabiendo que tarde o temprano tendría una nueva cita en ese mágico templo. Al poco rato las trompetas reales anunciaron la llegada del Rey. La joven reina Ankesenamón salió del palacio, sin su séquito ni cohorte, preocupada por lo ocurrido a su esposo. En verdad era bella. Sin ningún maquillaje salió descalza con su rebelde y largo cabello negro que cubría una hermosa y delgada espalda; un largo vestido de lino blanco la trataba de cubrir dejando a la imaginación un cuerpo de finas proporciones, pechos firmes y brazos desnudos.

Los bordes de la calle real estaban atestados del pueblo egipcio que amaba a su joven Faraón, para ellos, representación del dios Horus. Los musculosos soldados descendieron lentamente la cama real y la reina pudo abrazar al rey Tut; verdaderas lágrimas de una pareja que se amaban tocaron la arena de la eterna Tebas. Un momento después, Herombed ordenó continuar con la marcha hasta el interior de Karnak, cede del palacio Real. Una vez dentro, el sumo sacerdote Abay, acompañado del médico real se disponía a atender al rey Tut, pero éste hizo llamar al Sabio popular. Gran indignación causó al Sumo sacerdote al identificar el rostro del Sabio, y se arrepentía de no haberlo mandado a matar cuando estuvo en sus manos. El Sabio se acercó al rey Tut, mientras que el sumo sacerdote, con una rabia evidente, comenzó a proferir conjuros mágicos obligatorios y necesarios, según la cultura egipcia, para hacer más efectivo el tratamiento. El rey Tut le ordenó al sumo sacerdote callar, dejándolo humillado ante todos los presentes. Una nueva mirada de odio y venganza recayó en la humanidad del Sabio quien se daba el lujo de tener de enemigos a dos principales regentes que

cogobernaban el imperio más poderoso del mundo antiguo. Velozmente, el Sabio mandó a llamar a unos ayudantes médicos, otrora asistentes del antiguo médico, quienes inmovilizaron al Rey y colaboraban con el instrumental médico. El Sabio mandó a preparar jugo de opio; luego de que el rey lo bebiera y quedara adormecido, limpió nuevamente la herida, colocándole aloe (sábila) como antibiótico; le entablilló la pierna y le cerró la herida usando algunos adhesivos de lino como sutura. A pesar de la terrible experiencia en la casa de la muerte, lo que el Sabio aprendió con los cuerpos de los muertos ahora le servía para sanar los cuerpos de los vivos.

-Extraños son los caminos de Dios, -pensó.

La faraona Ankesamón se quedó al lado de su esposo. Se veían tan jóvenes, sin embargo, tenían tanta responsabilidad, tanto poder y tanta envidia y maldad alrededor. Una mirada de agradecimiento y de vergüenza le dispensó ella al Sabio quien recogía sus instrumentos médicos; él, por su parte, le devolvió la mirada, como gustoso del deber cumplido. Por dentro, empero, sentía pena y compasión por el destino que les esperaba a la pareja real, a tan corta edad. Cómo quiso haber estudiado más historia del antiguo Egipto en esos sus años adolescentes con los padres Salesianos.

- ¡Un nuevo médico en la ciudad! -era la noticia del día que recorría las ruidosas calles de Tebas.

El Sabio tuvo que establecer una “casa de curación” en el corazón del pueblo debido a que los egipcios ya comenzaban a aglomerarse en las afueras del palacio real. Cuando salía a las calles para comprar alguna esencia lo llamaban Sun-Nu, nombre que significaba: “el hombre de los que sufren o están enfermos”. A su paso la gente de la realeza comentaba:

-Dicen que es un hechicero, otros que el amante de la faraona.

-Yo creo que es todo eso y más, pero mientras pueda curarme este dolor de espalda la verdad no me interesa -decía una mujer que vendía telas.

-Es muy extraño, habla extraño, camina extraño, su piel y rostro son extraños, y cura extraño...comentaba un pescador.

En la sagrada urbe de Tebas, la ciudad de las cien puertas, la vida corría activamente alrededor de la religión manifestada en sus templos, tradiciones milenarias, un culto engeguedido a la preparación de la muerte y el más allá, todo perfumado por la presencia omnisciente de sus sagrados dioses. Por otra parte, la mayoría de los tebanos vivían de la agricultura condicionada por los caprichos del Nilo; el comercio, por su parte, se centraba en el trueque, donde el grano y el aceite servían como moneda de cambio; La población se preocupaba principalmente en satisfacer su necesidad alimenticia basada en el grano de trigo para hornear el necesario pan y el grado de cebada para fermentar la bebida cotidiana o cerveza, llamada heneket, pescado seco, verduras, frutas, ganados y aves de corral. Por último, mas no menos importante, estaba la plantación del lino cuyo tallo servía para hacer tejidos y ladrillos de barro para las casas, sin olvidar por supuesto su semilla, llamada linaza, utilizada para extraer harina y aceite.

Entre todas las casas tebanas, una casa destacaba entre ellas, era la casa de sanación del Sabio, la cual lucía una hermosa arquitectura egipcia, que distaba mucho de ser una casa humilde. Sus grandes paredes blancas, de muros firmes, decorados con bellos motivos religiosos, y un amplio jardín, con palmeras y flores. Al fondo había un gran estanque para refrescarse del intenso calor. Justo al lado el Sabio hizo preparar un herbolario con plantas medicinales no solo de Egipto sino de otras tierras lejanas, tales como: el pino, el lino, la alhoba, la adormidera, el cannabis, la acacia, el aloe, la quinina, el enebro y algunas hierbas silvestres como la mandrágora, el ajeno y las uvas del diablo.

La casa estaba muy bien proporcionada y gozaba de una agradable ventilación ya que las ventanas, de forma rectangular y pequeña, estaban en la parte superior de los muros evitando la entrada directa del sol. Había un espacio familiar que constituía el centro del inmueble, lleno de bancos, taburetes y mesas, con jarrones de cerámica. Bellos muebles de madera destacaban con tallas y pinturas. Estaba en este espacio el consultorio del Sabio popular. Cortinas de lino servían de puerta y privacidad a la hora de atender un importante paciente. Lámparas de aceite colocadas en nichos incrustados en las bellas paredes iluminaban la morada. La amplia cocina tenía un recinto de

ánforas de bronce de dos asas y un largo cuello, en ellas se almacenaba el vino, el aceite de oliva y algunos cereales. En una esquina estaban los papiros o libros que fungían de guía farmacológica sobre cómo curar enfermedades de diversa índole: ginecológicas, métodos de fertilidad, veterinaria, enfermedades oculares y obstetricia. El Sabio tenía su botiquín, una caja rectangular de madera, contentiva en la parte superior de vendajes, ungüentos e instrumentos quirúrgicos. En la parte inferior contenía pequeños frascos azules dentro de los cuales había brebajes especiales para toda clase de males. El Sabio era llamado el médico superior, y formaba parte de una importante clase social, su pago lo recibía directamente del rey.

Una mañana le fue llevado un niño con fuertes dolores de barriga. El Sabio luego de diagnosticarlo, tomó uno de los papiros de donde se leía:

_Para eliminar las lombrices:

1/8 de medida de pulpa dulce de algarroba.

2 y ½ de jugo de la planta fermentada.

1/4 de ocre rojo.

1 medida de aceite de oliva.

25 medidas de cerveza dulce.

Luego de preparar el medicamento se lo dio al infante, que al poco rato ya estaba reestablecido y feliz. Otras de las enfermedades comunes egipcias y su remedio indicado eran: para las diarreas, el algarrobo; Si se trataba de disfunción eréctil, el pino y la sandía; Para la depresión, el café; Si había soldados con insomnio: lechuga, adormidera y cannabis; Para las hermosas doncellas de la corte del rey con dolores menstruales: la alhoba o fenogreco. De uso frecuente y muy demandado por los trabajadores y esclavos era el cilantro indicado para los dolores musculares y articulares. Finalmente, como castigo por el intenso sol, muchos sufrían de dermatitis para lo que el médico superior dictaminaba el sicomoro.

El Sabio se divertía cuando atendía a algún noble con problemas de infertilidad y eyaculación precoz para luego, a tardías horas llegar la infiel mujer del noble infértil pidiendo algún medicamento

anticonceptivo, para ello recomendaba, según la tradición, un espermicida basado en la caca de cocodrilo.

Una mañana, en la que las aves del Nilo molestaban a las barcazas llenas de peces La casa del Sabio fue visitada por una linda mujer, vestida en suave y elegante lino; portadora de un delineado cuerpo delicadamente adornado por un collar, brazaletes y tobilleras de oro de Nubia. Tocó su puerta y ordenó ser atendida. El Sabio, quien preparaba algunas infusiones medicinales, se acercó y la dejó entrar notando lo pálida y mareada que lucía.

- ¿Se encuentra usted bien? -le preguntó el Sabio mientras le ofrecía una silla de madera de ébano. Ella no respondía, sin embargo, mostraba una sutil sonrisa.

- ¿Desde cuándo presenta usted estos síntomas? -Volvió a preguntar mientras le ofrecía a la callada mujer un cuenco de agua con miel.

-Llevo algunas semanas sintiendo que el gran dios Amón me ha ocultado su bondad.

El Sabio, gran conocedor de los males del ser humano, le pidió traer luego una muestra de orina. Ella, sin pensarlo dos veces, preguntó por la sala de baño. Al poco rato, ella traía en un recipiente de arcilla una muestra de orina.

El Sabio tomó la muestra y se dirigió a su herbolario. Ella lo siguió a través de un hermoso corredor adornado con plantas y pebeteros de bronce que aromatizaban el aire con agradable incienso. En una hornacina, ubicada en una de las paredes del recinto el Sabio colocó dos vasijas de arcilla, una la llenó con paja de cebada y la otra con paja de trigo, luego vertió en ambas un poco de la orina de la elegante dama egipcia. Al terminar, el Sabio le sugirió regresar pasadas siete lunas. Al cabo de una semana, envuelta en el misterio de las sombras de la noche egipcia, llegó la mujer acompañada de un joven esclavo de piel trigueña. Todos se dirigieron al herbolario y para sorpresa de la mujer: en ambas vasijas habían crecido algunos brotes.

-Qué significa esto? -preguntó la paciente con gran angustia.

-Significa que está preñada, señora. Felicidades, usted va a tener un hermoso niño.

- ¿Cómo sabe que es un niño y no una niña? -Preguntó mientras apretaba con fuerzas la mano del esclavo.

-Los brotes que han crecido de la paja de cebada aparecieron primero que la de trigo, caso contrario sería una niña.

La mujer pareció perder el sentido y la joven esclava la ayudó cuando parecía desmayarse. Luego de las atenciones del Sabio, la mujer volvió en sí y le comentó:

- Mi esposo, gran mercader, partió hace un año a Punt, a comprar exóticos perfumes, y en cinco lunas llegará.

El Sabio no sabía qué responderle. Luego de una pausa le dijo: -la vida se manifiesta en las situaciones más inverosímiles y es nuestro deber dejar que ella fluya y le dé sentido a la nuestra.

La mujer se alejó lentamente, no sin antes desprenderse uno de los brazaletes y entregárselo al Sabio. Partió llevada por su esclavo con el cuerpo encorvado como si un hipopótamo estuviera en sus hombros. El Sabio se quedó en la puerta de su casa, observando un gran interrogante en el destino de esa vida que se estaba gestando en el cuerpo de la bella mujer egipcia.

Poco a poco el Sabio acrecentaba su fortuna, así como su fama del mejor médico de la gran Tebas. Incluso fue elevado al cargo de director de medicina en “La casa de la vida”.

Otra rutinaria noche, cuando cerraba las puertas de su casa, llegó un rico anciano pidiéndole que atendiera a su hijo enfermo:

-Ya es tarde, puede venir mañana temprano.

-Mi hijo no puede esperar, respetado Sun_Nu -imploró el anciano, casi de rodillas.

El Sabio, al ver las joyas que el anciano llevaba le preguntó:

- ¿Dónde está tu hijo?

-En mi casa, no queda lejos.

- ¿Y qué le ha ocurrido?

-Esta tarde, mientras pescaba en su canoa de papiro, ésta se volcó por la crecida del Nilo y un cocodrilo lo ha atacado.

El Sabio se preparó a salir, levando su botiquín, vendas e instrumentos de cirugía. Al llegar al muelle lo esperaba un bote egipcio, lujosamente acabado.

Luego, ya en la casa del anciano el Sabio fue llevado a través de amplios corredores bellamente alumbrados hacia un cuarto. Allí permanecía el herido.

El Sabio le tomó el pulso, usó sus dedos posándolos en la muñeca del joven:

- ¿Cómo te llamas, muchacho?

-Abubakar -pronunció aquejumbadamente.

Sin perder tiempo, el Sabio detuvo la hemorragia en la herida de la pierna izquierda y, ayudado por otros sirvientes se dispuso a suturar el músculo desmembrado usando unas suturas que él mismo había preparado. Luego de ello, siguiendo las instrucciones leídas en papiros medicinales, colocó pan mohoso sobre la herida, ya que de esta manera los antiguos egipcios eliminaban la infección. El Sabio se reía al pensar que debían pasar más de tres mil años para que naciera Alexander Fleming y “descubriera” la penicilina, antibiótico presente en el pan mohoso que combate las bacterias.

Luego de dos horas de intenso trabajo el Sabio ordenó mantener fresco al joven colocándole compresas frescas en su frente. Luego de ello le dio a beber una fuerte dosis de Cannabis.

Luego de largo rato observando al paciente, y cuando ya se disponía a marcharse, el anciano llamado Manu le imploró al Sabio quedarse:

-Es mi único hijo, mi descendencia. Quédate por favor y te pagaré cualquier precio, repito, cualquier precio, pero quédate.

El Sabio, luego de hacerse rogar, aceptó, dado el trato acordado, lo agradable de la casa y sus alrededores.

Una hermosa habitación, separada de la habitación del joven por una cortina babilónica le fue preparada. Ya entrada la noche, el Sabio contemplaba una gran ventana a través de la cual asomaba a los lejos una tenue luz danzanteacompañada de un canto de agonía. El Sabio,

aprovechando que su paciente dormía, se dispuso a salir llevando consigo su machete, no sin antes notificar al viejo Manu.

A una distancia prudente, siguiendo la luz, el Sabio logró identificar, para su asombro, la vieja barraca donde él fue llevado cuando era un esclavo. Se acordó de su amigo Jabari, el esclavo nubio, de impresionante anatomía, quien fuera aquél que lo ayudó a sobrevivir cuando movían las enormes piedras hacia el templo de Karnak, hace ya varios años. Aprovechando las sombras de la noche se acercó aún más. Gran asombro sintió cuando encontró a un grupo de esclavos llorando la muerte de un pequeño niño, esclavo también. Otros esclavos yacían tendidos en viejos jergones de papiro; sus cuerpos yacían anegados en sudor en medio de grandes y desesperados quejidos. El Sabio tomó al pequeño entre sus brazos, pero ya era tarde. Al preguntar quién era ese niño, se acercó un Jabari, su amigo, quien, con lágrimas en los ojos, le dijo:



Recuento de esclavos nubios (Dinastía XVIII de Egipto) - Museo arqueológico de Bolonia.

- Mi hijo Sun_Nu, era mi hijo, que ya está jugando en las aguas de la hermosa Anuket.

El Sabio se quitó su sombrero y mostró su rostro a Jabari, quien lo reconoció.

- ¿Qué sucedió Jabari?

-La malaria Sabio, la malaria.

El Sabio apenado, mandó a cortar la corteza de un árbol, y de allí extrajo la quinina; Luego, con ayuda de algunas mujeres nubias, preparó con la quinina una infusión mezclada con miel, la agitó en una vasija de barro y la hizo beber a todos los enfermos.

Luego de ello, el Sabio se despidió prometiendo volver a la mañana siguiente.

Ya mejorado de su herida, Abubakar despertó. A su lado estaba el Sabio doctor desvelado. El joven duró unos días en cama, donde era atendido por el Sabio. Ya reestablecido el joven Abubakar, el Sabio se despidió de todos. Manu, el anciano, agradecido le preguntó:

- ¿Cuánto pides por haber salvado a mi hijo?

- Dame a cambio la libertad de todos los esclavos que tienes en las barracas. -Manu, dudó, pero había dado su palabra.

Una vez liberados los esclavos, el Sabio le pidió a Jabari que lo acompañara, éste miró de frente al Sabio y le preguntó:

- ¿Como tu esclavo? - preguntó Jabari.

- ¡Como mi amigo! -afirmó el Sabio, sin embargo, el destino les sugería caminos divergentes.

Capítulo XI

LA BATTALLA DEL DESIERTO OESTE

Egipto era un imperio rico y vasto; sus ejércitos se vanagloriaban de ser los mejores del mundo conocido. La valentía de los anteriores faraones y la política egipcia expansionista hacia otras tierras los hacían inmortales y legendarios. En el período del faraón Tutankamón, el jefe mayor de los ejércitos y comandante de las tropas, era el general Herombed, hombre que, aunque de edad avanzada, era muy fuerte, todo un guerrero, descendiente de una antigua familia aristocrática; emanaba una déspota actitud con la cual se permitía subestimar al joven faraón.

Herombed, aliado de los sacerdotes de Amón y líder principal de la destrucción del reinado de Akenatón, el hereje, padre de Tutankamón, se creía como el heredero por derecho del trono faraónico y su mayor aspiración, luego de ser faraón, era borrar a toda la familia real emparentada con el Faraón hereje Akenatón. Ya sabía Herombed de la presencia de tropas hititas en el desierto oeste de Egipto y vio la oportunidad perfecta de “matar dos pájaros de un tiro”. Por un lado, acrecentar sus victorias al derrotar y expulsar a los invasores hititas y por el otro deshacerse del hijo del hereje en plena batalla. Estos planes eran compartidos con su gran aliado el chaty o visir Abay, encargado de la justicia y el poder religioso en Egipto. Abay era el padre de Nefertiti, es decir, abuelo de la esposa del rey Tut, Ankesenamón. Este viejo sacerdote pensaba merecer también, el trono faraónico, por derecho sanguíneo. Esta batalla también le convenía ya que podría deshacerse de su oponente al trono, el oportunista Herombed. Este visir no se preocupaba por el rey Tut, ya que lo veía tan débil y fácil de eliminar. Por supuesto, si el rey Tut sucumbía también en dicha batalla esto le caería también como anillo al dedo. Con estos fatuos precedentes podemos concluir que los mayores enemigos del rey Tut y su imperio no eran tanto los extranjeros hititas sino los mismos líderes del gobierno egipcio, representado en lo que podríamos llamar el ministro

de defensa Herombed y el ministro de Justicia y religión Abay. Esto da a entender las pocas posibilidades de salir con vida del rey Tut en plena batalla. Pero, ¿aceptaría el rey Tut ir a la maquiavélica contienda?

Al atardecer, el rey Tut, los sacerdotes y otros oficiantes de más alto rango religioso, incluido el visir, entraron en el templo real de Karnak. Antes de entrar al sagrado recinto Abay le comentó al faraón:

- Su majestad, vamos alabar al poderoso Amón y así aseguraremos el buen resultado de la batalla contra los hititas.

- ¿Qué me quiere decir sacerdote Abay?

- Su majestad no debería exponerse a una batalla en la cual ya se conoce que se saldrá victorioso.

-Todos los faraones que me preceden han ido a la guerra.

-Sí, pero usted no es como todos los faraones anteriores -. Respondió sarcásticamente el sumo sacerdote. El Rey Tut sintió el menosprecio del visir, sin embargo, apeló a la diplomacia y le respondió:

-El gran patriarca Narmer, el primer faraón, fue el primer unificador del Alto y el Bajo Egipto; Jufu, construyó la gran pirámide; Pepi II, tuvo el reinado más largo hasta ahora conocido, Mentuhotep II conquistó todo Egipto; Amenhotep III conocido como Amenofis III, construyó un sin fin de estatuas y templos; Akenatón, por su parte... -un sarcasmo se dibujó en su rostro- su padre Majestad, dividió al país al crear a un dios y una ciudad fantasma.

Con este malsano comentario el visir logró incomodar al rey Tut, quien además estaba consciente, de sus no muchos logros bélicos imperiales. Todo ello provocó que el rey tomara la resolución de ir a la batalla. El visir, dominando el difícil arte de la manipulación, había logrado su cometido.

Los Hititas eran grandes guerreros y aspiraban las riquezas del antiguo Egipto. Vivían en la actual península de Anatolia la cual era el foco de esa civilización entre los siglos XVII a XII a.C. Tenían una gran infantería compuesta por carros y más de 40.000 efectivos en campaña. Dotaban a sus carros de caballos, en lugar de asnos, dándoles una ventaja decisiva en el combate. Cada carro de guerra llevaba tres hombres: el

conductor (auriga), el guerrero, que arrojaba lanzas con gran precisión y un escudero que lo protegía. Se dice que estos carros eran tan potentes que rompían las líneas de la infantería enemiga.



Bajorelieve tallado en la roca (1.250 a.C) de guerreros Hititas. Anatolia, Turquía.

Por su parte, el ejército egipcio era de temer; por algo, era el mayor imperio de la más grande civilización antigua. Poseían arqueros nubios, que fungían como mercenarios, dentro y en las fronteras. Se enorgullecían de sus famosos carros egipcios, de origen hitita, desde los cuales se arrojaban flechas. El jefe supremo por supuesto, era el Faraón, apoyado por los generales intermedios y oficiales que se distinguían por llevar un largo bastón. El soldado egipcio llevaba entre otras armas un hacha con forma de épsilon y filo de bronce. Pero el arma más letal era el khopesh, espada en forma de hoz con una punta afilada en su extremo. El soldado egipcio era famoso por resistir grandes marchas con un promedio de 19 kilómetros diarios en terreno desértico, todo un camello de la guerra.

La batalla comenzó temprano en el desierto del oeste, ubicado en la zona occidental del Nilo. La primera división de Herombed se dirigió al campamento del Faraón para unirse a la división de Osiris. De repente una carga de carros de combate hitita sorprendió a la división por uno de los flancos, haciendo que la división se pusiera en fuga.

Seguidamente los hititas llegaron intempestivamente al campamento del faraón y comenzaron a saquearlo. Ramón, el Sabio Popular, apoyado por los guardias fieles del faraón, se enfrentaron a los soldados, y aprovechando la confusión protegió con su vida al Rey Tut, quien deseaba enfrentar a los hititas. Afortunadamente los pesados carros hititas perdieron maniobrabilidad y chocaron entre sí. Este defecto de los carros hititas fue corregido por los egipcios tiempo atrás, por ello su superioridad tecnológica en carros de combate.

En medio del caos, el Sabio sacó al Faraón y huyó de la zona vulnerable en un carro de guerra hitita que había dejado el enemigo. Herombed, al notar que el faraón había sobrevivido, regresó con sus hombres y simuló un contraataque, y de esta manera lograron alejar a sus enemigos. Finalmente llegaron las otras divisiones egipcias, a cargo del visir Abay brindando un golpe mortal a las fuerzas hititas. Cuando reinó la calma los soldados egipcios comenzaron a reunir el material bélico del enemigo, rematando a los heridos y cortándoles sus manos para llevarlas como trofeo.



Rey Tut en plena batalla. Dibujo que decora un baúl de madera pintado encontrado en la tumba del joven faraón en 1922.

- ¡Ha sido una gran victoria! -comentaban con gran júbilo los oficiales y todo el ejército egipcio. Sin embargo, algo extraño ocurría ya que por ningún lado las tropas de Herombed y el visir Abay encontraban al rey Tut.

Nuestros osados sobrevivientes anduvieron largas horas a través del Desierto Oeste hacia el delta del Nilo. Al atardecer accedieron a la llanura de Guiza, necrópolis que albergaba las pirámides más grandes de todos los tiempos, pasados y futuros. Nuestros escapistas se sentían sobrecogidos, ya que sus ojos miraban la obra más colosal de la humanidad, las escaleras al cielo de los faraones, éstas eran las pirámides que representaban un culto al faraón, dios en la tierra, además de cumplir la supuesta función de tumba.

El Sabio huía apresuradamente con el rey Tut en el carro de combate hitita. Lamentablemente dos carros de guerra de los soldados hititas los venía siguiendo desde un inicio. El Sabio, al percatarse del peligro, sabía que no podía hacerles frente, así que alentó con más fuerza a sus caballos y atravesaron velozmente el templo de la esfinge. Pronto llegaron hasta los pies de la Gran Esfinge, una obra maestra esculpida en una roca caliza de la cantera de la gran pirámide. El Sabio sabía que era considerada la mayor y más antigua de las figuras esculpidas por el ser humano. Tenía la figura de un león con cabeza humana que representaba al famoso faraón Jafra o Jefrén, más conocido como Kefrén, cuyo nombre significa “Ra ha aparecido”, faraón de la dinastía IV de Egipto que reinó desde c. 2547 a 2521 a. C. después de su padre Keops o Jufu. Esta colosal escultura poseía una gran barba trenzada propia de las divinidades. Extrañamente los caballos no quisieron andar más y murieron a los pies de la gran escultura. El rey Tut junto con el Sabio, pensaban que había llegado la hora de saludar a Osiris ya que, a lo lejos, veían venir a los hititas. De repente, el rey Tut, tomó el brazo del Sabio y lo guió hacia una de las patas de la Esfinge. Alocadamente comenzó a escarbar y le pidió al Sabio hiciera lo mismo. Minutos después descubrieron una losa de piedra la cual pudieron, no sin gran esfuerzo, levantar. Mágicamente observaron unas escaleras que conducían a un túnel oscuro y profundo, y sin más opción, se sumergieron debajo de la garra de la esfinge. Al seguir avanzando,

descubrieron varios túneles subterráneos. En una de las paredes, el Sabio encontró una especie de palo de antorcha, un hachón, el cual pudo encender al chasquear dos rocas que el rey Tut recogió del oscuro suelo. Para más asombro, en la medida que avanzaban divisaron encontraron un templo y, en el centro de este, una gran cámara con un sarcófago de granito rosado tapada con una gran losa del mismo material. Sin pensarlo dos veces el Sabio trató de mover la losa a lo que el rey Tut se opuso decididamente.

- ¿Quiere vivir, rey Tut?

-Por supuesto. Pero no permitiré que deshonres a mis antepasados.

-Lo último que quiero es hacer eso. ayúdeme y entenderé.

El Sabio tapó su rostro con algunas vendas que llevaba en su bolso; lo mismo hizo el rey Tut. Lentamente destaparon la losa, la cual mostró para su asombro un elegante sarcófago dorado. El Sabio se acercó a la pesada tapa de granito y sopló sobre ésta descubriendo un jeroglífico de forma ovalada.



El rey Tut asombrado, y algo aterrado, llegó a pronunciar:

-Es el nombre del gran Faraón Jafra.

Acto seguido, abrieron el sarcófago y encontraron en forma intacta y bien conservada a una impresionante momia real.

Los guerreros hititas por su parte, ya se disponía a entrar en la nueva apertura de la esfinge. Cuando todos estaban debajo de la garra del león rupestre bajo las arenas del desierto, sacaron sus afiladas espadas deseosas de hundirlas en la humanidad faraónica. De repente, un extraño gas color gris claro emanaba del sepulcro del sarcófago del rey Jafra. Al esparcirse, un aire enrarecido entró en los pulmones de los guerreros, quienes, casi inmediatamente cayeron al suelo rocoso. Finalmente, el Sabio cerró el sepulcro dorado ayudado por el Faraón y,

tratando de protegerlo llevó al rey Tut a la sombra de una escondida columna.

- ¿Están desmayados? - Preguntó el Faraón.

- ¡Están muertos! -Respondió el Sabio.

El Faraón mostró gran confusión; mientras, el Sabio alejaba las espadas del cuerpo inerte de sus enemigos. Luego de una breve oración recitada por el rey Tuty, se alejaron de espacio de muerte.

Más adelante, ya salvados de milagro del mortal gas sepulcral, sentados a los pies de una gran columna el rey Tut le preguntó:

-Dime, por favor, ¿qué fue lo que sucedió con esos guerreros? ¿fue la venganza del rey Jafra, al querer ayudarnos?

- Mire, mi querido y joven rey Tut, hay cosas que en este tiempo no se conocen y resultan extrañas, pero de donde yo vengo, del futuro, échele pierna, más de 3000 años desde esta fecha, habrá muchos adelantos en la ciencia y en todos los demás campos del saber. En medicina, se descubrieron los virus, unos seres diminutos, que no se pueden ver, pero que son mortales para el ser humano. Esta momia real es bien vieja, figúrese ya hacen 1200 años de la muerte del rey Jafra, llamado Kefrén en mi tiempo. Así que, cuando se descompone el cuerpo humano, aparecen unos microorganismos llamados hongos, los cuales son terriblemente venenosos y se propagan en forma virulenta con el polvo. Estos guerreros que nos querían matar inhalaban el hongo por vías respiratorias.

- Y nosotros evitamos la muerte usando estas vendas -dijo el rey Tut.

-Satamente, mi Rey.

- Hay algo que no comprendo Sabio. ¿Cómo sabías la fecha de muerte del rey Jufus, si por ningún lado está escrito?

-Fácil, resté el año de muerte del faraón Jafra y el de usted.

El Rey Tut, palideció, y apoyándose de la columna, llena de jeroglíficos, se sentó a los pies de esta.

_ ¿Y cuando voy a morir Sabio?

El Sabio no respondió, sabía que había metido la pata. Luego de un rato el rey insistió, y cuando el Sabio le iba a decir su fecha de muerte, este se le acercó y le tapó la boca.

- No lo digas Sabio, no soy tan fuerte como mis antecesores. Sé que moriré, pero no quiero saber cuándo. Sin embargo, tú que todo lo sabes, dime, ¿tendré descendencia?, ¿veré a mis hijos crecer?

-Una triste mirada del Sabio hacia los pies de la columna fue toda la respuesta que el rey Tut encontró.

-Bueno, vivamos el presente, y alegrémonos que hoy estamos vivo Sabio.

-Esa es la actitud mi rey. En mi tierra decimos: “Hacer de tripas corazones”.

_ ¿Como has dicho Sabio?

_ Bueno, que a mal tiempo, buena cara.

Dicho esto. Se internaron aún más en los laberintos de la esfinge de Guiza y sus misterios, buscando una salida, do quiera que estuviese.

No habían caminado unos cuantos metros cuando un extraño olor, como a orina felina, se esparcía en la laberíntica cámara subterránea. La luz era muy tenue, de repente, el Sabio se alarmó al ver numerosos y brillantes ojos amarillos que se movían sigilosamente por doquier. El joven faraón se arrodilló elevando sus brazos.

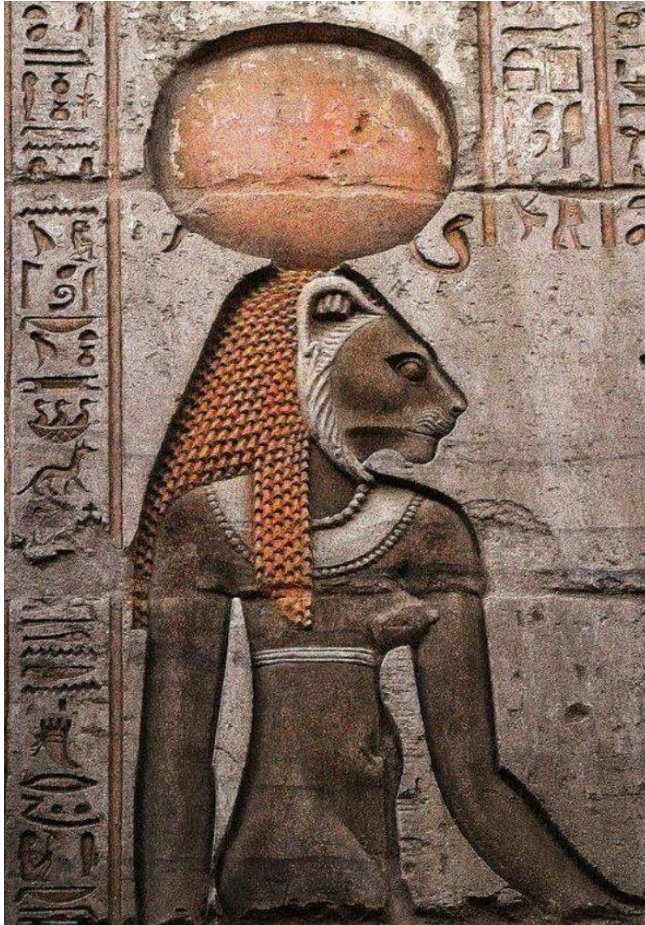
-Arrodíllate Sabio, estamos ante la presencia de la manifestación de la diosa Sekhmet “La terrible”, diosa de la guerra y del hogar.

El Sabio, sin entender del todo, lentamente se arrodilló al lado del príncipe. Para su mayor desesperación sintió algo suave que acariciaba sus pies y saltaba en su regazo; eran gatos egipcios. Tenían el hocico largo y fino, orejas afiladas y cola anillada. El pelaje era marrón oscuro con tonalidades rojiza. También los había blancos, naranja y color café. Para sorpresa del Sabio, casi todos los gatos se fueron a recostar de una columna antigua con la figura de una mujer con cabeza de león, era la diosa Sekhmet “la ira de Ra”. Sobre la figura se podía observar el jeroglífico:



El Sabio conocía de la adoración que profesaban en el antiguo Egipto a estos peculiares felinos hasta tal punto de considerarlos dioses. El joven faraón, por su parte, acariciaba a un extraño gato un poco más grande que los otros, le frotaba sus orejas, barbilla y mejillas. La expresión facial del gato era relajada, con sus orejas puntiagudas hacia adelante, ronroneándole y estirando sus patas delanteras como si amasara una suave tela. Luego de un largo momento el gato se alejó hacia la columna con los demás.

- Tremendo susto su majestad, casi me da un soponcio.
- No debes temer Sabio. El gato es considerado un dios protector, debido a su semejanza al León, nuestro dios del sol, RA. Solo basta mirar sus misteriosos e iluminados ojos que guardan el poder del sol y ven en esta obscuridad. Sin ellos nuestra civilización se desvanecería víctima de roedores que traerían miles de enfermedades. Por otro lado, ellos pueden atravesar este mundo y visitar el del más allá. Son cautelosos e independientes, no necesitan de nosotros, mas nosotros sí de ellos. Es una bendición tenerlos.



Diosa Sekhmet, relieve ubicado en el templo de Kom Ombo

El Sabio escuchaba atentamente, incapaz de contarle que, en siglos futuros, el gran imperio egipcio sería derrotado por fuerzas persas en una batalla donde la ciudad del Bajo Egipto, Pelusio, se entregaría debido a que los soldados persas, para vencer la resistencia de la ciudad, capturaron gatos los cuales eran catapultados hacia las casas egipcias. Los egipcios, al ver morir a sus dioses se rindieron. Este triste evento fue conocido como la Batalla de Pelusio librada en el 525.a.C.

Capítulo XII

EN LA ESFINGUE DE GUIZA

Luego de caminar un buen trecho a través de largos laberintos subterráneos de la esfinge de Guiza, el Sabio notó que estaban caminando en sentido contrario.

-Mire mi Rey, no sé en qué momento cambiamos la ruta, debió ser cuando pasamos el susto donde casi nos esguañigan.

-Creo que Atón no quiere que tomemos esa dirección Sabio.

-Pues ¿y qué vamos ja sé...?

-Sigamos adelante Sabio.

-Será hacia atrás.

No hubo pasado tanto tiempo cuando se encontraron con una columna de piedra, la cual, a su derecha, mostraba un camino rocoso, como un caracol ascendente, con pequeños peldaños. Al final de estos, encontraron una extraña escalera excavada en la pared la cual se extendía como tres metros hacia arriba. El Rey Tut se adelantó y la escaló; al llegar al final se introdujo como en una pequeña cueva.

- Sube Sabio, ¿tienes miedo?

- ¿Miedo yo camarita? Usted como que no conoce a un llanero.

-El Sabio subió con un poco de dificultad y temor. Luego el rey Tut extendió su mano y ambos llegaron a la cuevita desde la cual se podía observar un gran agujero que mostraba el cielo de la noche, el cual comenzaba a gobernar la meseta de Guiza.

-Ya es hora de la obscuridad Sabio -Comentó con cierto temor.

- El Sabio se acercó un poco al orificio, ubicado al final de la cuevita; para su asombro, observó la enorme cabeza de la esfinge.

-Mire mi compa, nosotros estamos debajo de la oreja de este muñecote.

- Así es Sabio -dijo es rey Tut sin alarmarse.

El rey retrocedió un poco, y justo en el techo de la cueva, observó una nueva y mucho más larga escalera la cual subieron con mayor dificultad. Uno por uno se adentró en la cabeza hueca de la esfinge y, observando una oquedad en lo alto, subieron aún más alcanzando el borde de la circunferencia desde la cual se veía un iluminado cielo.

Poco a poco lograron coronar y salir del agujero. Ya cansados se quedaron boquiabiertos contemplando todo el desierto de Sahara desde la cabeza de la esfinge. El Sabio estaba estupefacto; al norte y al este estaba el desierto, al oeste el río Nilo y al sur, justo a sus espaldas el gran verde, como llamaban los egipcios al mar Mediterráneo. Un viento frío casi lo hace perder el equilibrio y caer sino hubiera sido por el rey Tut que lo sujetó del brazo izquierdo. Muerto del susto, se acostó boca arriba viendo las estrellas. El rey Tut a su lado hizo lo mismo, disfrutando de una panorámica única en la historia. La línea del tiempo había retrocedido 3328 años, y estaba ahí con el faraón más famoso de la historia.

En este observar y contemplar, el Sabio recordó la correlación de Orión con las pirámides de Guiza, la cual da a entender que las tres mayores pirámides de la meseta (Keops o Jufu, Kefrén o Jafra y Micerinos) están alineadas imitando a las tres estrellas que forman el cinturón de Orión.

El Sabio se preguntaba cómo lo hicieron, no se lo podía imaginar, como tampoco podía creer que estuviese en la cabeza de la esfinge con cuerpo de león al lado del gran Tutankamón.

En ese momento, el joven rey parecía conocer los pensamientos del Sabio, sin dejar de mirar el cielo egipcio le comentó:

- Conocemos con gran precisión el movimiento de las constelaciones visibles Sabio, si eso es lo que te atormenta. -El Sabio, impresionado lo miró. El Rey muy tranquilo continuó:

-Casi siempre nuestros sacerdotes estudian el cielo en los propios templos, es decir, en la azotea dos sacerdotes se colocan de pie, uno frente al otro. El primero usa una vara vertical alineada con la estrella polar que marca el norte, de esta manera se señala el punto de referencia para indicar el movimiento de una estrella al pasar por un

lugar fijo. Luego, el mismo sacerdote anota en un papiro la ubicación de cada estrella cada hora durante la noche usando como referencia la silueta del otro sacerdote.

-Explícame un poco más -Sugirió el curioso Sabio.

En ese instante los dos se pusieron de pie y el rey Tut hizo de observador principal mientras que le ordenaba al Sabio no moverse mientras le decía:

- En este momento Orión está sobre tu hombro derecho y Sirio sobre tu cabeza.

-Ta bueno. -El Sabio se disponía a sentarse cuando el rey le dijo:

- ¿Para dónde vas Sabio? Falta ahora identificar y estudiar la otra mitad del cielo. -Dicho esto, el rey ahora servía como referencia visual, mientras el Sabio fungía de astrólogo y escriba. Así fue como el Sabio comprendió cómo los sacerdotes astrólogos ubicaban las constelaciones en el Antiguo Egipto.

Sin embargo, los descubrimientos no habían terminado. Al lado de la esfinge, el Sabio identificó otra más, pero ubicada unos metros más abajo que la primera, muy igual a ésta, con cuerpo de león y cabeza de faraón. El Sabio miró al rey todo asombrado.

-En mi tiempo rey Tut, no saben de la existencia de esta otra esfinge.

-Son tantos los misterios que Egipto desvelará poco a poco. Solo el tiempo, el ingenio y la curiosidad del hombre descifrarán los secretos del Nilo, Sabio.

El rey Tut pidió al Sabio uno de los papiros y cáñamo que tenía en su bolso; comenzó a dibujar una figura que poco a poco tenía forma. Era un dibujo de él en plena cacería en su carro, y detrás, de pie, su amigo el Sabio Popular. Al terminarlo, sin decir palabra, se lo entregó al Sabio quien, agradecido, lo metió dentro de su cuaderno de viaje.

-Sabio -pronunció el rey Tut con voz curiosa y melancólica- hálame de tu tiempo, de tu tierra y sus misterios.

El Sabio no deseaba contar muchas cosas, pero el rey se le acercó aún más. Sus juveniles ojos parecían llamas llenas de vida y de preguntas. Estaban sentados sobre la cabeza de la esfinge de Guiza y la noche,

visitada por una resplandeciente luna, servía como único testigo de las verdades que se desvelarían en ese momento de revelación.

- Bueno mi rey Tut, ¿qué le puedo decir? Vengo de una exuberante y lejana tierra llamada Venezuela, ubicada en un continente que se conocerá dentro de 33 siglos con el nombre de América. Si trazamos una línea recta de Egipto a mi país, hay una distancia aproximada de 10.500 kilómetros su majestad.

- ¿Eso es mucha distancia Sabio?

_Sí, mucha, rey Tut. Además, se necesitarían cruzar muchos desiertos, valles, océanos y grandes montañas para llegar a mi tierra.

- ¿Y no extrañas a tu Venezuela, Sabio?

-A cada rato, cada vez que respiro, en cada amanecer y cada vez que mis ojos se cierran veo a mi país, a mi gente, mi tierra, el llano, sus ríos, la sabana venezolana. Pero lo que más extraño es la voz de mi madre, rey Tut. A veces mi imaginación juega conmigo y la escucho llamarme de desde la cocina de la casa, con la misma voz que ella tenía cuando éramos unos carricitos. -Ven a comer Ramoncito, ven a comer.

-Tu tierra se parece a la mía Sabio.

-En algunas cosas mi rey. Acá un río sagrado es el alma de Egipto, allá también; Un inmenso y largo río, llamado Orinoco, se desplaza hacia el sur del continente, bordeando ciudades y campos ya que es el río más largo de Sudamérica hasta chocar, mas no unirse con otro llamado Caroní, para luego adentrarse juntos en un océano llamado Atlántico.

-Nuestro omnipotente río Nilo -interrompió el joven Faraón- crece gracias a la obra misteriosa del dios Hapi. Su crecida genera el barro o limo, necesario para la construcción de casas de mi pueblo. Nuestra civilización es el centro de todo lo creado y la verdad que no conozco Sabio otra forma de concebir al mundo.

El Sabio deseaba decirle al joven rey Tut que la crecida del Nilo era provocada por el deshielo de las montañas de Etiopía y por las lluvias de África y que Egipto era uno de tantos países del continente africano, pero era adelantarse demasiado a la concepción del mundo de ese entonces, simplemente se conformó con decirle al rey:

-El Nilo fluye en dirección norte y llega hasta el delta del mediterráneo, y es alimentado por el lago hasta desaguar en el extremo sureste de este mar, formando el gran delta del Nilo, donde, dentro de algunos siglos estarán nuevas ciudades como El Cairo, así como otras legendarias y olvidadas como la de Alejandría.

El Sabio, haciendo una necesaria pausa, le preguntó:

- Y usted mi joven faraón ¿qué es lo que más le agrada de Egipto?

Un semblante triste y apacible se dibujó en el rostro del Faraón, rostro que, en un momento dado, le resultó al Sabio muy parecido a la imagen idealizada de la máscara de oro del rey Tut que conoció en el Museo del Cairo, en el siglo XX d.C. Luego, el faraón, tomando un profundo respiro y contemplando desde lo alto los pies aleonados de la gigante esfinge comentó:

-Nací en Ajenaton, el horizonte de Atón, llamado también Amarna Sabio. No conozco otro hogar. Extraño a mi familia. Extraño a mi papá el Faraón Akenatón, tan difamado e incomprendido. En nuestro templo de Amarna había muchas pinturas murales y baldosas con dibujos de animales y vegetales, todos en adoración al dios Atón, dador de la vida. Mi padre estableció un arte Nuevo donde se exaltaba la naturaleza y la belleza humana sin exaltaciones de poder. En la inmensa sala decorada mi abuelo Amenhotep III me contaba historias de sus batallas, mientras mi querida abuela, la reina Ty me acariciaba la cola de mi cabellera. Mi padre Ajenatón y mi madrastra, la bella Nefertiti, cargaban en sus brazos a mis hermanas las seis princesas amarnianas; muy cerca, mi madre observaba cómo nos divertíamos bajo la presencia de un gigante mural de casi noventa metros, una cenefa de flores de loto rodeando a un jardín pintado con sus senderos y su lago rodeado de animales. En verdad que éramos muy felices.

El Sabio lo contemplaba sin ser capaz de decirle que su madre, conocida como la dama joven, había muerto bajo extrañas circunstancias y su cuerpo, la momia de la dama joven sería encontrado envuelto en todo un halo misterioso, todavía no resuelto en el siglo XX. También deseaba comentarle que, ese mural tan querido por el faraón, sobreviviría hasta 3.500 años después, pero, con la llegada de miles de

turistas de todo el mundo, ávidos de conocer la famosa pintura, al no encontrar un camino establecido para llegar al palacio donde estaba tan afamado mural, en Tell el Amarna, destruyeron sembradíos cercanos. Los campesinos, muy molestos decidieron detener la incontrolable manada turística destrozando el hermoso mural, desconociendo totalmente su importancia histórica del icónico mural.

Absorto, deleitándose con el firmamento, desde la cabeza de la esfinge con cuerpo de león, el rey Tut rompió el silencio:

-Sabio, en nuestra civilización nuestro nombre nos define querido amigo.

- ¿Qué me dice su nombre rey Tut?

Mi nombre original, dado por mi padre es Tut-anj-Atón, ya que significa «imagen viva de Atón», descendiente directo del dios Solar, pero luego de la fallida revolución de Amarna se me ha llamado Tut-anj-Amón que significa «imagen viva de Amón» nuestro principal dios tebano. Ahora es tu turno. ¿Cuál es tu verdadero nombre Sabio?



Pirámides de Egipto en la actualidad.

De izquierda a derecha: La gran pirámide de Keops o Jufu, Kefrén o Jafra (detrás de la Esfinge) y Micerino o Menkaura, en la meseta de Guiza, El Cairo.

-Ramón González, pa servile. Descendiente directo de Los González, bravos agricultores de los llanos centrales de Venezuela.

-Cómo dijiste?

- Ah broma, descendiente directo de...

-No, -interrumpió aforadamente el rey - ¿cuál es tu primer nombre?

-Ramón, Ra-món, Ra-món...

-El joven rey reflejó un rostro sorprendido al escuchar cómo el nombre del dios de dioses era muy parecido al pronunciado por su amigo, pero al revés.

- ¡Mon-ra! Amón-ra. Rey de los dioses -expresó el rey Rut.

- ¡Mon-ra! Verdad que sí chico, no me había dado cuenta.

-No existen las casualidades querido amigo, pero sabes, hay una cosa que no entiendo Sabio. ¿Cómo son los dioses de dónde vienes?

- De onde yo vengo hay un solo Dios, aunque otros piensan que existen otros dioses, como acá, de acuerdo a cada necesidad.

- ¡Mi padre tenía razón Sabio, hay un solo dios, Atón, el sol que nos da vida!

-Nuestro Dios también es un sol que nos da vida, pero no es un sol literalmente.

- ¿No es un sol? ¿Entonces qué es? ¿una nube?

Nuestro Dios no tiene una forma física de manifestarse, es espíritu. Y no lo podemos ver. Nos separan treinta y cuatro siglos, más de tres milenios. Usted nació en el siglo XIV antes de Cristo y yo en el siglo XX después de Cristo. Nos separan 34 siglos querido Faraón.

- ¿Cristo? ¿quién es Cristo?

- Fue el hijo de Dios, también un hombre que dio mucho que hablar, como usted querido faraón, sólo que él sí es un Dios de verdad.

- ¿No soy un dios Sabio?

- ¿Un Dios? -repite el Sabio con gran incredulidad- póngase a créé que está gordo y no come. En su cultura usted es un dios; en la mía, un joven faraón que nunca morirá y cuya fama crecerá a medida que el mundo envejezca.

- ¿Tu Dios está vivo Sabio?

- Bueno, él se manifiesta de tres maneras: Como padre lo llamamos Dios, y siempre ha existido; como hijo, se llamará Jesús, y nacerá muy cerca de estas tierras dentro de catorce siglos; también es espíritu Santo que alimenta y da vida.

- Tu dios es una tríada Sabio, como nuestra tríada tebana: Amón, su consorte Mut y su hijo Jonsu. ¿Qué otros Dioses adoran en tu tiempo Sabio?

-En mi tiempo hay varias religiones o sistema de creencias en torno a la divinidad tales como: judaísmo, islamismo, cristianismo, hinduismo, budismo, entre otras, su Majestad.

-Muchos ismos Sabio. Y dime, ¿cómo es la calidad de vida? ¿mejor que en mi tiempo?

-Su tiempo será conocido como el Imperio Nuevo del antiguo Egipto, civilización que fundó las bases de toda la humanidad en casi todos los aspectos de la vida. Tanto así que, en mi tiempo futuro, Egipto y sus misterios nos siguen sorprendiendo no solo por su cultura, medicina, inventos y sus grandes construcciones, que desafían en ingenio a muchos de nuestros “adelantos tecnológicos”. Figúrese su majeste que, en mi tiempo, dentro de tres mil años majomenos, todavía hay inmensos enigmas aún por descubrir. Como séra que ni siquiera sabemos como ustedes construyeron estas pirámides. Imagínese hasta onde hemos llegao que hay gente que dice que los extraterrestres les dieron una mano a ustedes con tecnología...- El Sabio se disponía a soltar una carcajada cuando observó al joven faraón en completo mutismo observando las estrellas.

El Sabio continuó -Güeno, güeno, usted me dirá su majeste...

- ¿Y el ansia de poder Sabio? ¿se acabará, así como la guerra?

-Una gran tristeza embargó al Sabio.

-En lo que va de historia hasta finales del siglo XX, mi siglo XX quiero decir, ha habido dos grandes guerras mundiales, muchas de las cuales

han alcanzados estas tierras y sus monumentos. Se dice, desgraciadamente que el mundo se prepara para otra más.

- ¿Una tercera guerra mundial? ¿El mundo la resistirá? ¿Cuánto durará?

- Hasta que san Juan baje el deo.

-No te entiendo Sabio.

- Güeno, eso quiere decí que nadie lo sabe, Dios quiera que ni siquiera ocurra mi rey.

-Por tu Dios Jesús y por mi dios Atón, quieran ellos que no ocurra; debemos rezarles, Sabio. Repite mis palabras...

Juntos, de pie sobre la cabeza de la esfinge de Guiza, observando y escuchando el lento transitar del Nilo, extendieron sus manos a la cúpula nocturnal y el joven rey lanzó al desierto unas palabras que al traducirlas quieren decir:

*¡Oh Dios único, que no tienes igual!
Tú creaste el mundo según tu deseo,
solo, sin necesidad de ayuda alguna:
hombres, ganado, animales salvajes,
cuanto en la tierra camina sobre sus pies
y cuanto en lo alto vuela con sus alas.
Tus rayos amamantan las praderas,
y éstas viven, crecen por ti cuando te alzas.*

Himno a Atón (fragmento)

Pasado un rato, el rey notó que muy a los lejos destellaban unas antorchas a través del desierto. Rápidamente le pidió al Sabio agacharse. Ambos descendieron con cautela a través de la cabeza de la esfinge y sus intrincados escalones rupestres. Cuando lograron tocar el suelo arenoso, ya sus estómagos emitían ruidos debido al hambre. No habían comido nada con tantas aventuras.

-Yo sé que usted es la imagen de Amón, pero igualito le da hambre, ¿cierto?

-Comentó sarcásticamente el Sabio.

-El rey, tocándose la barriga asintió.

-Pues yo tengo una idea; sígame su majestad.

Luego de caminar un buen trecho volvieron a la tumba del rey Jafra. El Sabio observó los alrededores y notó que muy cerca estaba una antecámara. El rey se acercó también y fijándose en una inscripción en la puerta central, puso su mano donde estaba grabado el nombre del rey. Inmediatamente la puerta cedió y apareció una cámara llena de joyas, ánforas de vino y cestas rebosantes de mustios dátiles, todas pertenencias del finado. El Sabio comenzó a guardar algunas joyas, a lo que el rey le ordenó:

-Solo tomaremos miel, vino y cebada y lo que podamos consumir, lo demás le pertenece al rey Jafra, o Kefrén como tú lo llamas.

-El Sabio, apenado y devolviendo las joyas, contestó:

-Eso es verdaíta, tanta comía pal más allá es como mucha, mejor compartamos un poquito nojotros que todavía estamos en el más acá. Dicho esto, comieron desesperadamente. Tanta hambre tenía que no notaron la desaparición de los guerreros hititas que habían fallecido a los pies de la tumba del rey.

Fue así como la comida, la cerveza y el cansancio le dieron paso al sueño el cual se apoderó de ellos y los dejó tendidos en la antecámara del rey Jafra. Desafortunadamente, nuevas calamidades se acercaban, una caravana del rey Tut, liderada por Herombed y el visir y sumo sacerdote Abay entraron a la esfinge y lograron encontrar al faraón quien yacía dormido al lado del Sabio.

- El jefe, Herombed, se acercó, y al pensar que estaban muertos, sonrió. Más atrás el viejo visir hizo lo mismo. Acto seguido, mandó a uno de los soldados guerreros a cerciorarse; éste, al percatarse que ambos cuerpos respiraban, se lo hizo saber al comandante en jefe Herombed quien ordenó golpear al Sabio. Minutos después los llevaron fuera de la

esfinge, no sin antes cerrar la antecámara del rey Jafra y rendirle honores fúnebres como si se tratase de una muerte prematura.

Cuando salieron a la superficie, el sol ya comenzaba a irradiar despertando al rey Tut.

- Pensamos que había sido raptado por este hombre y que ya usted estaba muerto su majestad -observó Herombed.

-Parece que no lo estoy, para tu desgracia -respondió el rey Joven. Luego, al ver al Sabio herido e inconsciente les reclamó:

-Pero, ¿qué le han hecho? ¡Son unos salvajes!

Obviando el comentario, Herombed, con gran prepotencia, le dijo que habían ganado la Batalla del Desierto Oeste, pero, al no encontrar al faraón, lo dieron por raptado o por muerto. Decidieron pues salir a buscarlo y de esos sucesos ya habían transcurrido dos días.

Ya de regreso, el Sabio volvió en sí, estaba con sus manos atadas, todo adolorido. Iba siendo transportado en un carro de combate egipcio a través del desierto, sin saber su incierto destino.

El rey Tut sabía que debía actuar. Sabía también lo que le esperaba en manos de sus raptadores. Sin pensarlo, usando sus juveniles y fuertes manos, tumbó del carro de guerra al soldado que lo manipulaba y se dirigió a donde estaba el carro del Sabio cuyo conductor comenzó a alejarse cuando vio las intenciones del rey. Muy agitado el Sabio saltó de su prisión rodante y alcanzó con gran destreza a la del rey Tut. Herombed y Abay viajaban más adelante sin percatarse de nada.



*Desierto de Guiza. Acuarela de mi querida hija Isabel Sequera
10 años (2020)*

Los soldados que venían detrás del carro del faraón, a una señal de éste, dejaron de perseguirlo; era el faraón, el dios más cercano que conocían los egipcios. El rey Tut trató de girar hacia su izquierda y pensaba llegar al sagrado Nilo, pero Herombed, zorro viejo, ya se le había adelantado y con otros arqueros ya los esperaba más adelante. Todos los arqueros apuntaban hacia la humanidad del Sabio. El rey Tut, al darse cuenta de las intenciones de los lacayos del General, se detuvo y se dejó apresar nuevamente.

-Lo siento Sabio -pronunció el rey Tut, mientras éste le contestaba:

- ¡Seguimos vivos, seguimos vivos!

El Sabio ya no tenía escapatoria. Fuertes soldados los custodiaban delante y detrás del carro que los conducía hacia Tebas. Abay, el sacerdote con una risa sarcástica conducía muy cerca de ellos.

El valiente llanero latinoamericano comprendía que estaba en las manos de sus opresores, esos que deseaban la muerte del joven faraón y la suya propia. En sus pensamientos solo habitaba una pregunta: ¿Cómo escaparé de este laberinto?

Capítulo XIII

LAS SACERDOTISAS DE SIWA

En el palacio real, la esposa del rey Tut recibía la falsa noticia que su amado esposo, el rey Tut había muerto en la Batalla del Oeste. Loca y desesperada indagó infructuosamente. Para mayor dolor el subcomandante en jefe de los guerreros se le presentó delante y le hizo entrega de la fatídica noticia escrita en un papiro firmado por el despiadado Herombed. Las hermanas de Ankesenamón trataron de consolarla, pero ésta se sentía morir.

- Mi Faraón, mi rey, mi amigo, mi hermano, mi todo. -Lloraba amargamente la joven reina mientras abrazaba en su pecho el abanico de Tutankamón. Recordaba en esos largos momentos lo felices que habían sido cuando niños, jugaban alrededor del palacio de Amarna, en la nueva capital de Egipto Aketatón, llenos del cuidado paternal brindado por el poderoso Akenatón y su hermosa madre Nefertiti. En ese entonces su futuro esposo era llamado Tutankatón y ella Ankesenatón, en honor a Atón, dios sol, deidad única del padre de ambos. Sus tristes pensamientos la transportaron a las orillas del Nilo donde muchas veces se perdía en una barca con su amado Tutankamón y navegaban entre los peligros de las aguas, sin saberlo. Pensaba en ese entonces que la muerte no existía, al menos no para ellos. O aquella ocasión en que, cual niños tremendos, se escondieron detrás de la estatua del dios Amón, emitiendo extraños sonidos que asustaron a los sacerdotes de Amón, quienes decían “estar bendecidos al escuchar la voz de Amón”.



Actual panorámica aérea del Oasis de Siwa

Ankesenamón duró un mes encerrada en sus habitaciones, nada la hacía salir del espacio más íntimo que compartía con su rey desde hacía pocos años; allí estaban sus pertenencias reales. Su mente vagaba por la última vez en la que fueron felices, navegando Nilo abajo desde Abu Simbel a Edfu; sorprendidos por la primera catarata, iban en la barca real, rodeados por la exuberante vegetación; patos, gansos, grullas parecían saludar a la hermosa pareja real, mientras otras aves indiferentes se posaban sobre los papiros que decoraban la orilla del gran río. Varios remeros se esforzaban al ritmo de un gong, ejecutado por un fornido sirviente nubio. Algunas hermosas mujeres babilónicas semidesnudas cantaban y danzaban mientras el Rey Tut apoyaba la cabeza

en el regazo de Ankesenamón, quien le acariciaba su juvenil rostro; el faraón se dejaba consentir al ingerir algunos dátiles preferidos, seleccionados muy bien por la bella faraona. Sin embargo, en medio de tantos recuerdos felices, ella no pudo evitar pensar en la mirada de maldad y envidia que emanaba el jefe de los soldados cuyo malévolo nombre era Herombed. Un gran pánico le sobrevino al darse cuenta que el próximo que aspirara a ser Faraón debía obligatoriamente casarse con ella, la reina. Conocía muy bien las ambiciones de poder de varios hombres de la nobleza, pero ninguna superaba las ambiciones de Herombed, quien había servido a dos faraones, Akenatón y Tutankamón, como jefe guerrero; también Herombed había servido a otros, como a su propio abuelo Abay, quien quería ser más que el jefe de los sacerdotes.

Al volver a la realidad, se sintió la mujer más desdichada de todo Egipto y quiso morir. Sabía que, al morir su amado faraón, había quedado abierto el portal de los enemigos de su esposo y eso les permitiría borrar todo lo relacionado a Tutankamón y la familia real. Debía hacer algo, y pronto.

A cientos de kilómetros de la hermosa Tebas, atravesando lo que hoy día se conoce como el desierto de Libia, desierto Oeste, siguiendo las márgenes del Nilo arriba, unos carros de guerra transportaban al rey Tut y al Sabio popular, llevados en carros diferentes, sometidos por otros soldados: iban precedidos además por cuatro carros de combate, donde viajaban Herombed, Abay, y algunos guerreros fieles al rey Tut. De repente, una tormenta, semejante a olas de un gran mar de arena, hizo desviar a la caravana faraónica. Los aterrados soldados egipcios se sentían morir ya que conocían al terrible *Simún*, viento que envenena, asfixia y enfría todo a su paso. Todos estaban destinados a morir de no ser por los *bereberes*, una tribu de comerciantes nortfricanos que los rescataron de las fauces del hambriento y llameante desierto. Los bereberes se dirigieron hacia el Oasis de Siwa, ubicada en el medio del desierto a 850 kilómetros de Menfis, antigua capital de Egipto. Al llegar la noche el aire gélido del desierto se filtraba en el tapaboca del rey, el cual se sentía muy débil. Ya de mañana, largos palmerales y dunas decoraban a un inamistoso lago salado.

A los pocos días, luego de sortear innumerables adversidades propias del desierto más grande del mundo, los supervivientes errantes del desierto alcanzaron a un templo dedicado a Amon-Ra. Al llegar, los bereberes dejaron la caravana imperial en el Templo y siguieron rumbo a Tebas. Desgraciadamente este templo que se convertiría en el final del recorrido del Rey Tut y del Sabio. El templo de Amón estaba ubicado sobre una superficie de roca plana, cerca del oasis de Siwa. A llegar casi moribundos, unas sacerdotisas de tez oscura, a quienes se les atribuían poderes proféticos atendieron a los extraños visitantes. Una de ellas profirió estas palabras:

-Bienvenido oh gran majestad. Hace dos días y dos noches que se nos reveló su sagrada llegada.

Los errantes quedaron impresionados, hermosas doncellas les ofrecían comida y bebida; Luego se sumergieron en impresionantes manantiales naturales de aguas burbujeantes de un mágico color celeste traslúcido. Aunado a ello, palmeras preñadas de ricos dátiles y olivos cercanos deleitaban estos sedientos paladares mientras sus cuerpos eran balnizados con aceites aromáticos. Estos cuidados se intensificaron en la persona del rey Tut que estaba de cuidado.

El Sabio, apartándose un poco de tan gratos placeres, recordó sus estudios de historia, y reconocía el peculiar templo, ya que, tras ser proclamado faraón, en 331 a.C., Alejandro Magno viajó hasta el oasis de Siwa, y al visitar el templo, tratando de descifrar el oráculo de Amón, éste le señaló su destino inmortal, revelándole según la tradición, que era hijo de un dios y que conquistaría a Egipto.

El Sabio no se separaba del rey Tut. Lo atendía y cuidaba ya que deseaba mantenerlo a salvo de los ansiosos al trono faraónico. Lentamente todos fueron recobrando sus fuerzas. Dos días después, en una mañana, Herombed ordenó al Sabio y a los cuatro soldados nubios ir de casería. El rey se alistó también, pero el sacerdote Abay lo convidó al templo de Siwa para adorar al Dios Amón y agradecerle por haberlos mantenido a salvo. El Sabio, a su pesar, se despidió del rey, no sin antes prevenirlo de Abay.

-Tranquilo Sabio-, le dijo el rey mostrando una daga de plata y puño de oro oculta entre sus ropas.

-Mire rey Tut, cuídese mucho que esa gente tiene de bueno lo que yo tengo de astronauta, ah, y no olvide tomase el jarabe que le di pa' la malaria.

Sin entenderlo completamente, el rey le dio un cálido abrazo al Sabio y se despidieron, por última vez. Una extraña sensación del último adiós los invadió y sus ojos lloraron. Inesperadas lágrimas silentes fueron su saludo final.

Ya en pleno desierto, el ambicioso Herombed ordenó a los soldados perseguir a un par de hermosos leones blancos (símbolo del faraón) quienes se camuflaban en una zona peculiar llamada el desierto blanco, famoso lugar conocido por la presencia de figuras irregulares de piedra que se formaban por la erosión del viento.

Herombed, cuya mente ofuscada sólo concebía la maldad, se subió a una de estas esculturas naturales con forma de cabeza de faraón y desde allí dirigió sus flechas impregnadas de veneno de escorpión hacia la humanidad de los desprevenidos soldados cazadores. Todos cayeron, incluso el Sabio, víctimas mortales de las saetas del verdugo. El implacable Herombed se acercó y con su hacha egipcia de bronce remató a los guerreros. Cuando se disponía a hundir su ensangrentada hacha en el costado del Sabio, quien ya tenía una flecha clavada en su pierna, un león blanco se abalanzó sobre Herombed hiriéndolo en su brazo izquierdo. Acto seguido, y de manera inexplicable, este león se interpuso entre el Sabio y Herombed quien huyó en su carro, no sin antes flechar a los caballos de los otros carros. Herombed, en su huida, daba por muerto al Sabio dadas las letales circunstancias en que lo dejó: de veneno herido, en el desierto, sin agua y con un león salvaje por compañía. En su huida se reía manipulando el carro con un solo brazo, mientras se quejaba de la mordida felina.

Por su parte, en el templo de Siwa, Abay hacía entrar al rey Tut al santuario donde se destacaba la estatua de oro de un dios carnero. Abay llevaba ofrendas tales como olívano, dátiles y otros alimentos para la ceremonia la cual se extendió más allá de la medianoche. Una

de las sacerdotisas se disponía entrar al recinto sagrado cuando salió Abay, sollozando, teniendo en sus brazos el cuerpo inerte del rey Tut. Sin dejarle de preguntar por lo ocurrido, contó a la sacerdotisa que, al parecer, el débil rey se desmayó a los pies de Amón, perdiendo el sentido. La sacerdotisa llamó a todas las demás esposas de Amón e iniciaron un singular velorio fúnebre delante del Dios carnero hasta el amanecer.

Al salir los rayos del sol, Herombed, ya suturado y vendado por las sacerdotisas se presentó ante Abay en el santuario y rindió los honores al rey fallecido. Luego de ello, ambos se alistaron a partir, llevando algunas sacerdotisas y esclavos quienes transportaban el cuerpo real en una caravana hacia la sagrada Tebas para que el pueblo le rindiese el rito fúnebre al joven y amado faraón.

Capítulo XIV

EMBALSAMANDO A UN DIOS

Las castas sacerdotisas, acompañadas de cinco eunucos guerreros, salieron de su templo en busca de respuestas. Encontraron al Sabio recostado en una roca erosionada que parecía el rostro de la máscara rey Tut. Un león blanco lo custodiaba alejando a las serpientes, escorpiones y chacales del desierto. Extrañamente un blanco carnero le lamía el veneno inoculado en la herida provocada por la flecha que permanecía clavada en su hombro. Poco a poco su vellocina lana se iba opacando. La sacerdotisa mayor, llamada Merensanj, vestía una peculiar piel de leopardo que la distinguía, se acercó al Sabio, y, al percatarse que todavía vivía, le hizo comer una raíz que llevaba en su mano, dejándolo inconsciente al momento. Merensanj le extrajo la flecha y ordenó a los fornidos eunucos llevarlo al templo de Amón. En el santosactorun del templo el Sabio fue colocado. Rato después, sintió que algo raro le estaban colocando en su cuerpo. Misteriosos cantos escuchaban como una armonía serena producida por sistros y címbalos de muchachas y jóvenes músicos. Una palabra escuchaba repetir continuamente, *heka, heka...* mientras Merensanj la sacerdotisa, se arrodillaba frente al altar del dios Amon-ra. Ella exhalaba incienso sagrado de una larga pipa parecida a una flauta, el humo y aroma del incienso se iba esparciendo lentamente en la humanidad del Sabio.

A la mañana siguiente, el Sabio se despertó en una habitación decorada con figura de dioses desconocidos, mientras una sacerdotisa le daba de comer pan, ciruelas y seremet, un tipo de cerveza a base de dátiles de Siwa. Al poco rato, una muchacha nubia anunciaba que la sacerdotisa mayor, Merensaj hacía su entrada a la habitación. El Sabio, ya mejorado, al observar a Merensaj se sintió muy atraído por ella.

- ¿Se siente mejor? -Le preguntó con suave voz.

-Bueno, creo que me salvé *desta*.

-Así es. Necesito que recobre fuerzas y me acompañe al oráculo de Amón.

- ¿Como es la guarandinga?

- Debemos consultar al dios Amón, el oculto, el invisible a los hombres, el creador, para saber cuál es su destino. Sobre todo, ¿por qué ha sobrevivido, aun cuando El gran faraón ha muerto?

- ¿Que se murió quién? ¿El rey Tut?

-El gran sacerdote Abay lo sacó inerte entre sus brazos del templo y se lo han llevado a Tebas para los oficios religiosos reales.

El Sabio se sintió desfallecer; quería ir a Tebas de inmediato, pero la sacerdotisa se lo prohibió.

-Antes debemos saber qué te deparan los dioses.

Sin más, y Ayudado por dos esclavos del templo, el Sabio fue conducido al gran lugar sagrado del oráculo a través de una inmensa puerta rupestre rectangular. Ya dentro del templo de Amón, buscando respuestas, en medio de candelabros, figuras divinas irreconocibles, ankh o llaves de la vida y sonoros sistros, escuchó que le decían:

- ¿Cuál es tu pregunta?

-El Sabio miró para los lados, como tratando de descubrir algo. Pero al no encontrar nada, dijo:

- Mire, gran faculto, ¿debo ir a Tebas y prevenir del mal que se avecina o debo morir en estas arenas?

Luego de un extraño silencio, una mística voz, como nacida del aire habló:

- Debes volver hacia donde perteneces, pero antes, honrarás al faraón.

En ese instante, cuando se disponía a hacer otra pregunta las sacerdotisas menores lo retiraron del sagrado recinto. Ya, al salir de la sala del oráculo, Merensaj, lo interpeló:

- ¿Qué te ha dicho el oráculo?

-Nada. Voy raspando pa' Tebas al funeral de mi faraón.

La sacerdotisa, reflejando un inextricable semblante, mandó traer a los mejores camellos y a cuatro esclavos guerreros, más todo lo necesario para el viaje hacia la capital de las dos tierras, Tebas.

- Que la paz de Osiris vAya contigo, y que Amón te bendiga por todo el bien que tu presencia ha traído a Egipto, a pesar de las difíciles tareas que el destino te impuso en este imperio.

- ¿Usté como que sí sabe que yo vengo de otro tiempo? ¿verdad? A mí me late que sabe más que pescao frito.

- Sé de ti desde que te presentaste, mejor dicho, desde que te caíste, en el Templo de Edfu. Tus pasos y sobre todo tu curiosidad te han llevado al gran templo Karnak.

Una pausa apareció en sus palabras, la cual aprovechó el Sabio para comentar:

-La verdad que sí, ahorita que me recuerdo, jace algunos años allá en Kemet, comencé como aprendiz de un sacerdote de novatos llamado Duameru.

La sacerdotisa pura entristeció su mirada.

-Es que usted lo conoce?

El Sabio, recordando el anciano rostro del Sacerdote Duameru, notó el gran parecido con la sacerdotisa. Ella, queriéndose liberar de un gran secreto comentó en voz baja:

_Es mi padre. Qué bueno saber que está vivo. Yo era una de las sacerdotisas de Amón, destinadas desde niña a servirle, hasta que el primer profeta, celoso del segundo profeta, mi padre, inventó que yo era su hija bastarda, fruto de la relación de mi padre Duameru con una esclava de nubia. Gracias a la reputación que todavía tenía mi padre, lo degradaron a sacerdote iniciado; se me perdonó la vida y me enviaron al desierto de Siwa.

- ¡Naguará e injusto, venga pacá, pa' dale un abrazo.

Sin esperárselo, la gran sacerdotisa recibió no solo un fuerte abrazo del Sabio sino además un beso. Sus inmaculados senos firmes sintieron por vez primera la cercanía de un pecho varonil. La sonrojada tez de la sacerdotisa quedó impregnada sorpresivamente con la atrevida

cercanía del Sabio. Algunos esclavos se acercaron para apartarlo, pero éste ya se había echado para atrás. Una pícara sonrisa le asomó el Sabio a la desconcertada sacerdotisa en la rápida despedida.

El Sabio se dispuso a atravesar el inclemente desierto, más de mil kilómetros de distancia debía remontar desde Siwa, recorriendo el sureste de Egipto hasta alcanzar la imponente Tebas.

Pudieron haber remontado el Nilo, pero las informaciones compradas en algunas tiendas de nómadas del desierto les advirtieron que la cabeza de un prófugo apodado el Sabio tenía precio. Poco a poco, ya transcurridas algunas semanas desde que partieron, el grupo de camellos y esclavos que acompañaban al Sabio avizoraron la eterna y majestuosa ciudad de Tebas. El Sabio sabía que el cuerpo de su amigo se encontraría en la Casa de la Muerte, para ser embalsamado. Al llegar a sus paredes por una ruta no convencional para no ser identificado, se despidió de la comitiva que lo acompañó no sin antes mandar un mensaje en un papiro a la sacerdotisa Merensaj con uno de sus esclavos.

El Sabio avanzó sigilosamente hacia el macabro recinto y allí identificó a Khentimentiu, cirujano en jefe de la “casa de la eternidad” y amigo suyo.

- Khentimentiu, Khentimentiu, _susurró suavemente.

-Khentimentiu tomó uno de los cuchillos de embalsamamiento y quiso atacar al Sabio.

-Te volviste loco chico, soy yo, el Sabio. -Inmediatamente el Sabio se quitó su sombrero y éste lo reconoció.

- ¿Sabio, eres tú?

-Nooooo. Claro que soy yo patuleco. -dicho esto, Khentimentiu le dio un gran abrazo. El Sabio percibió rápidamente el fuerte olor a muerte que había olvidado.

-No te pegues tanto que no es bolero.

-Pero, ¿cómo? Pensé que habías muerto en el desierto cuando te mandé a buscar natrón con el burro. Por cierto, ¿qué se hizo el burro?

-El burro te lo debo -comentó el Sabio mirando hacia abajo- Te lo explicaré todo Khentimentiu, pero antes respóndeme: ¿El cuerpo del rey está acá?

Una gran tristeza recorrió el rostro de ambos personajes. Khentimentiu, afirmó con su cabeza y agregó:

-Llegó hoy en la madrugada y nos disponemos a embalsamarlo.

-Déjame hacerlo yo. Es lo menos que puedo hacer con tan gran amigo.

-Pero dime. -Insistió el viejo cirujano- ¿qué fue lo que le pasó?

-Todo fue muy confuso, pero no descarto que nuestro amigo fue asesinado por Abay en complicidad con Herombed.

-Es muy grave lo que dices Sabio. Puede costarte la vida y la mía también.

-Por ello te pido -insistió el Sabio- me dejes preparar el cuerpo del rey y aclarar algunas dudas.

-Lo puedes hacer, sabes que eres el mejor embalsamador de todo Egipto. No sabes la falta que nos has hecho mi amigo. Pero antes debes prepararte.

-Cómo así Khentimentiu?

-Debes rapar tu cabeza y lucir como uno de nosotros, de lo contrario fácilmente serás traicionado por cualquiera que te reconozca. Te recuerdo que tu cabeza tiene un alto valor desde hace un buen tiempo.

- ¡Ese mal parío de Herombed y su banda de asesinos ya me tienen ostinao!

Luego de ello, Khentimentiu, si comprender las palabras del Sabio, trasladó al Sabio por un angosto pasillo a un pequeño cuarto. Era un espacio de paredes blancas que fungía de almacén. Khentimentiu hizo sentar al Sabio en una silla de madera decorada con detalles mortuorios, tomó sus instrumentos y rapó la cabeza del Sabio, luego le hizo vestir con un largo taparrabo.

- ¿Qué te ha ocurrido mi amigo? -Le preguntó al notar la herida en el costado del Sabio.

- ¡No te digo que Herombed casi me mata! De vainita la estoy contando sino fuera por las sacerdotisas de Siwa, especialmente Merensaj.

- ¿Merensaj? ¿La conociste?

- ¿Que si la conocí? Yo creo que hasta le gusto. La verdad es que le moví el piso.

- ¡Jajaja! Tu no cambias Sabio. Me haces reír hasta en estas circunstancias tan tristes.

-Dime una cosa Khentimentiu. ¿La familia del rey Tut ya está acá en Tebas?

-Su esposa, la faraona Ankesenamón, ya se prepara para el cortejo. Los abuelos, el rey Amehotep III y su esposa Tyi, están en camino. Debemos proteger a Ankesenamón. Al morir el rey, ella ha quedado como regente principal.

- Y presa fácil de esos zamuros -inquirió el Sabio.

-Y el que se despose con ella será el nuevo Faraón -concluyó Khentimentiu.

-Ya estás entendiendo. Es por eso que a los vándalos de Abay y Herombed hay que tenerles la cuerda cortita. Esos asesinos.

El Sabio, ya preparado para el ritual de momificación, fue llevado a la sala mortuoria y allí en el centro del lugar contempló horrorizado el cuerpo inerte de su joven amigo el cual yacía sobre una mesa de madera con forma de felinos en sus extremos. Al Sabio le acompañaban dos asistentes egipcios vestidos como él, uno tenía preparada una bandeja llena de amuletos, otro, en posición inclinada, sostenía una pipa de incienso encendida. En el extremo derecho del cuerpo estaba el sacerdote lector, cuyo rostro no le era visible ya que portaba la máscara de Anubis, dios de la muerte. En sus manos sostenía un papiro con las instrucciones y fórmulas mágicas que leería en las etapas del proceso de embalsamamiento. El Sabio se colocó el medio del rectángulo fúnebre y contempló con gran dolor el rostro de su amigo. Un rostro que todavía no mostraba las facciones de la muerte, un rostro apacible y sereno como dormido, luego de un evento inusitado.

El Sabio respiró profundo y se dispuso a cumplir con maestría el milenario proceso: primero extrajo todas sus vísceras y las depositó con cuidado en los vasos canopes los cuales tenían la forma de pequeños ataúdes. Al sacar su corazón lo envolvió en lino y lo volvió a colocar dentro. Luego llenó el cuerpo con la sal mágica o natrón, pero lo hizo con una técnica especial que le permitía al cuerpo estar desecado en pocas horas y no los 40 días reglamentarios. Con ayuda del otro asistente sumergió el cuerpo en un estanque cercano donde lo lavó. Al hacer esto quedó desconcertado al notar una extraña herida detrás de la cabeza del rey. Miró a su asistente y éste, con pánico, bajó la mirada. Luego, con una mezcla de resina y lino, relleno el cuerpo untándolo con ungüentos para flexibilizar la piel. El incienso se le metía por los ojos y se sentía como transportado con las oraciones emitidas por el sacerdote con cara de chacal. El Sabio procedió a vendar el cuerpo utilizando un lienzo fuerte, seguido de varias capas de lino. Primero colocó las vendas de la cabeza, al hacerlo le hablaba en silencio contándole al cuerpo inerte lo famoso que sería en los próximos milenios; luego, con gran maestría, siguió por el costado izquierdo; los dedos de sus manos, tan delgadas y frágiles llenas de amistad sincera, brazos y piernas, por último, cubrió el torso.

Finalmente, el asistente procedió a colocar entre las vendas joyas pertenecientes al rey faraón. En ese instante, causando gran asombro la puerta se abrió y, precedida por dos grandes esclavos guerreros negros, entró Tiy, la abuela paterna del rey Tut.

Khentimentiu, que observaba todo desde un rincón, se adelantó a la otrora faraona y le comentó:

-Bienvenida su majestad, no la esperábamos -El sacerdote lector calló.

La faraona, como absorta, se dirigió al rostro de su nieto y allí, para sorpresa de todos, le lloró tiernamente, recitando extrañas palabras. Con un gesto lleno de una increíble humildad inesperada pidió al Sabio revelar el rostro del rey. Este accedió y ella, inclinándose, se apoyó en su bastón dorado que portaba y besó la frente de su querido Tut, como ella solía llamarlo.

La reina no pasó desapercibida la herida del rey al notar manchas rojas en las vendas. Con la mirada increpó al Sabio, pero bajó su cólera al notar la profunda tristeza del Sabio quien derramaba sus lágrimas sobre el pecho momificado. Acto seguido, la reina pidió unas tijeras y se cortó un mechón de su anciano y abundante cabello; lo tomó y lo introdujo entre las vendas de su querido nieto. Seguidamente, hizo un gesto a uno de los guerreros quien le acercó un cofre de madera que llevaba. Al abrirlo, la faraona sacó un hermoso escarabajo dorado, símbolo de la eternidad y lo posó el pecho del rey Tut. Seguidamente, colocó innumerables joyas de gran valor entre las vendas. Reinaba un silencio eterno; La triste abuela apretó fuertemente la muñeca del Sabio y se alejó del recinto.

Como último paso, el cuerpo del rey, ya momificado, fue colocado en un elegante ataúd. Luego hubo necesidad de la Ayuda de los otros asistentes para colocar sobre el rostro del rey una máscara de oro, que idealizaba el rostro del joven faraón. El Sabio le colocó luego un pectoral; era un ancho collar que representaba la figura de Osiris. Después, se le colocaron más joyas y el ataúd fue colocado nuevamente dentro de otro y otro último; los cuatro ataúdes reproducían el rostro del rey y estaban decorados con imágenes policromadas y textos egipcios. Al final, el Sabio trató de identificar el rostro del sacerdote lector, con rostro de Anubis, el chacal, pero sólo encontró el papiro de oraciones dejado arbitrariamente sobre un viejo baúl.

Capítulo XV

LA REAL PROCESIÓN FUNERARIA (1350 a.C)

La noticia de la muerte del querido joven faraón se expandió por todo Egipto y más allá de sus fronteras. Toda la imponente ciudad de Tebas salió a despedir al rey Tut a su última morada terrenal. El cortejo fúnebre recorrería el camino desde el templo de Tebas, en el este, hasta el Valle de los Reyes, situado al oeste, en el otro lado del Nilo. En la cultura egipcia el lado oeste del Nilo se consideraba el lugar de los muertos o necrópolis, donde muere el sol, contrario al este, el lugar del sol naciente, tierra de los vivos.

El funeral egipcio primero se realizó en la intimidad de la casa del rey, el templo de Karnak; la momia estaba dentro de un exuberante sarcófago dorado el cual tenía representado el rostro del rey Tut en todo su esplendor portando sus símbolos de poder: el báculo o cayado y el látigo. Algunas antorchas alumbraban el tétrico recinto. El anciano Abay oficiaba como sumo sacerdote, reivindicando así su legítimo derecho de ser el nuevo faraón. Llevaba un resplandeciente traje de Nilo blanco y una piel de leopardo cubría parte de su pecho; este ornamento indicaba que él era el Sumo sacerdote; otros ornamentos dorados lo cubrían, una vara o cayado era sujeta por su mano derecha. Mientras recitaba extrañas frases, sus ojos no se apartaban de una bella y triste muchacha, la única joven aciaga al parecer en el palacio, era la reina Ankesenamón, quien, con una mirada perdida, no dejaba de acariciar un abanico con el cual tiempo atrás acariciaba el semblante de su difunto esposo. La triste viuda portaba unos brazaletes, una peluca negra aromática, y unas delgadas sandalias. Herombed, jefe de la milicia, vestido con gran exuberancia militar, entró sigilosamente a la sala de duelo del gran templo y expresó:

- Debemos comenzar la procesión.

Fuertes esclavos nubios levantaron el sarcófago y lo llevaron hasta las afueras del gran templo. Allí, rodeado de una gran multitud, lo

colocaron sobre una barca dorada cuya base era una plataforma de madera en forma de trineo atada a grandes cuerdas cuyos extremos terminaban en los brazos de fuertes sirvientes y esclavos quienes arrastraban este sarcófago y cargaban con el ajuar funerario.

Un gran sol abrazaba a los presentes, como si el gran disco solar Atón despidiera al hijo de su gran siervo, Akenatón. La procesión inició; doce grandes egipcios llevaban la capilla dorada; eran los oficiales de palacio. Cada uno llevaba una pequeña cinta blanca en la cabeza con la cual demostraba su dolor. Al lado del sarcófago real estaba, a la cabeza, Abay, el sumo sacerdote; detrás venían los tristes abuelos, luego seguían los esclavos que cargaban la capilla canópica, la cual contenía en su interior las sagradas vísceras del faraón. Detrás del sumo sacerdote, estaban las plañideras, hermosas y jóvenes mujeres que, llorando sin parar, seguían el cortejo. Entre ellas, destacándose por su singular belleza y tristeza, estaba la reina Ankesenamón, una diadema dorada sobre su peluca se irradiaba sobre su rostro, lleno de unos hermosos ojos cansados de llorar. En sus delicadas manos llevaba flores de un blanco singular. Algunas esclavas nubias tocaban la flauta impregnando a la procesión de un místico aire melancólico y eterno.

A los lados de las calles tebanas los pobladores repetían las frases de Abay expresada a toda voz:

- En paz, en paz, dentro del Gran dios.

Algunos tebanos, al ver la teatralidad del sacerdote oficiante, comentaban entre sí:

- Ya se cree el próximo Faraón, el muy digno.

Muchos soldados estaban esparcidos por todo el pueblo, previniendo cualquier sublevación, todos dirigidos por el General Herombed quien, seguro de su inmediato ascenso al poder, trataba de mantener toda la “paz” reinante en Egipto. Entre los últimos de la procesión estaba el Sabio popular, vestido con el ropaje usado en la momificación, pero además usaba una peluca como algunos Tebanos.

Luego de cruzar el río en una espectacular y gran barca sagrada, llegaron a la necrópolis del Valle de los reyes. Allí, frente a la “casa de la eternidad” o tumba preparada de forma imprevista, Abay, como Sumo

sacerdote, comenzó su ceremonia. Por último, se realizó la etapa final o inhumación del cadáver momificado con la ceremonia del rito de la apertura de la boca del rey Tutankamón. Era pues el sumo sacerdote que daba a los muertos la vida y el aliento para la próxima. En su cabeza llevaba la corona del faraón con la cual le demostró a toda Tebas que él era, y no Herombed, el nuevo Faraón.

Seguidamente, se terminaron de colocar objetos que en vida pertenecía al rey Tut en una de las cámaras de la tumba. Eran objetos muy valiosos que en su totalidad sumaban más de cinco mil: oro, piedras preciosas, comida, plantas, bebidas e instrumentos de caza, todo rodeado con imágenes del inframundo que decoraban las angostas paredes del recinto funerario. El Sabio también logró entrar y notó que, de repente, Ankesenamón se acercó al sarcófago de su amado esposo, depositando flores y colocando un objeto extraño entre las manos de su faraón. Al lado de él depositó también su elegante daga forjada en plata, oro y otros metales preciosos.

- Nos volveremos a ver muy pronto amado esposo -le susurró como avizorando un terrible futuro inmediato.

La tumba fue sellada por la casta sacerdotal, grandes sellos de arcilla cerraron la puerta principal, sellos que llevaban el nombre incrustado del gran y querido joven faraón, sellos que serían vulnerados luego de tres mil años de absoluto respeto.

Luego de la ceremonia todos abordaron el barco que los llevaría a la orilla este del Nilo. Todos contemplaban de forma indiferente el cauce del río que en sentido contrario marchaba hacia el sur de Egipto. Todos continuarían sus destinos, todos menos una persona. Por orden de Herombed el Sabio fue detenido por diez guardias fuertemente armados a la salida de la necrópolis. Al parecer, ya desde la procesión había sido delatado por uno espías de Herombed, supuestos momificadores de la casa de la eternidad.

El Sabio fue golpeado y apresado. Una sombra negra lo acechaba por doquier. Su cabeza fue cubierta por una gran capucha; sin saber a dónde lo llevarían, sólo marchaba, obedecía, bajo el calor, la sofocación

y la incertidumbre de no saber si volvería a ver la luz del sol, de su sol latino.

El Sabio fue llevado inconsciente a una de las cámaras de una vieja pirámide ubicada al norte de la necrópolis tebana, en el valle de las Tumbas. Todo era oscuridad, incluso cuando le quitaron el manto que cubría su cabeza; un ojo semiabierto y un pálpado sangrante que cubría lo que una vez fue su otro ojo. Apenas lograba captar un poco de luz emanada de una antorcha recién encendida... Estaba sentado en un pequeño banco de madera, con las manos atadas y los pies heridos. Unos pasos se escucharon y, en un orden monástico, entraron algunos embalsamadores de rostro conocido. Uno de ellos, de pie, sostenía una bandeja contentiva de todas las herramientas quirúrgicas utilizadas en el proceso de disección del cadáver. Otro llevaba sendas cajas canópicas y un tercero sostenía algunos inciensos ya encendidos. La escena no podía lucir más terrorífica hasta que entró Abay, el sumo sacerdote seguido de Herombed. Ambos se plantaron frente al Sabio; una fea mueca se dibujaba en ambos rostros, quizás provocada por la malsana emoción de sentirse victoriosos y satisfechos de haber atrapado al peor y más grande enemigo de la casta sacerdotal y militar del más grande imperio que haya existido.

Abay se acercó al Sabio; éste lo miró, pero al hacerlo recibió una fuerte e injusta bofetada seguida de escupitajos que humedecían su noble rostro:

_ ¡Baja la mirada delante de mí!

El Sabio, lastimado sacudió su cabeza.

- ¿Pensabas que podías salvar a tu amigo Tut? -Herombed, un poco inquieto, comentó:

- No le demos largas a esto y acabemos de una vez.

Abay, sin disimular sus sádicas intenciones tomó una daga e hirió el pecho del Sabio de norte a sur. Un grito de dolor se escapó, a lo que el sumo sacerdote agregó:

- ¿Sientes dolor? Si apenas nos empezamos a divertir-. Herombed, dando un paso adelante preguntó:



Máscara de oro del faraón Tutankamón. Museo de El Cairo.

- ¿Cómo es que has sobrevivido a tanto? ¿De qué estás hecho? Al parecer no eres de hierro, pero ¿es que eres inmortal?

_Eso lo averiguaremos muy pronto -comentó Abay, sádicamente, sarcásticamente.

-Soy un ser humano normal, como ustedes, solo que no tan rolitranco é malo-. Una nueva bofetada fue a parar en el contusionado rostro del Sabio.

En ese instante el Sabio soltó una extraña e imparable carcajada que impacientó a los presentes.

- ¿Qué te da tanta risa? -Preguntó Abay.

-Ustedes creen que serán faraones, pero uno traicionará al otro y su legado será una mancha no recordada en la historia del Antiguo Egipto. Más durará una torta é casabe en un plato é sopa caliente que ustedes en el poder.

Una mirada de odio se cruzó entre Abay y Herombed.

- ¡No podrán borrar la presencia inmortal del rey Tut, -continuó el Sabio_ por más rostros faraónicos que desfiguren, jeroglíficos que destruyan, o relaciones incestuosas reales que mantengan peazo é cobardes, malucos!

Abay se asustó ya que creía mucho en supersticiones y profecías. Por otro lado, ¿cómo sabía todo esto si Abay no había compartido con nadie sus macabras intenciones?

_Y tú Herombed... -El Sabio dirigió su mirada inquisidora sobre éste.

Cuando el Sabio se disponía a delatar todos los futuros y malévolos planes de Herombed, éste blandió su espada y la hundió en la humanidad del Sabio Popular.

- ¿Qué has hecho? -gritó Abay-, si esto apenas comenzaba.

Herombed limpió su espada, la envainó y salió de la cámara piramidal. Luego de ello, Abay se retiró, no sin antes ordenar a los embalsamadores:

- Momifíqueno y cierren la tumba.

Abay, al salir, clausuró él mismo la entrada principal de la tumba, encerrando perpetuamente el cuerpo del Sabio junto con los laboriosos e inocentes embalsamadores cuyos inútiles gritos clamaban por clemencia.

La vida del Sabio se desprendía de él. La vida le pasaba rápidamente delante de sus ojos. Un solo pensamiento: Venezuela, siempre Venezuela.

De repente, uno de los momificadores se acercó al cuerpo del Sabio que todavía respiraba, y le levantó su cabeza. En una de sus manos el extraño hombre llevaba un largo pergamino, parte del libro de los muertos:

- Mi amigo Sabio, soy yo, Khentimentiu. No puedo evitar tu muerte, pero sí puedo ayudarte a que alcances la eternidad. Toma este papiro, "la manifestación del amanecer". Este será tu guía durante tu trayecto y posterior juicio ante el gran Anubis. Nos veremos en la otra vida querido Sabio.

Dicho esto, el Sabio, queriendo abrazar a su amigo, falleció.

Todos los embalsamadores callaron. No podían creer que aquél que se burlaba siempre de la muerte ya no respirase. Luego de un largo silencio, uno de sus amigos preguntó:

- ¿Y ahora, que hacemos gran Khentimentiu?

-Lo que sabemos hacer: embalsamar. -Dicho esto tomaron el cuerpo del Sabio y comenzaron el proceso de embalsamamiento y momificación, pero no se atrevieron a despojarlo de sus órganos internos. Al depositar el cuerpo del Sabio en el sarcófago, Khentimentiu tomó el cuatro venezolano que había conservado y se lo colocó a su lado cual daga protectora.

- Vete mi amigo -pronunció el viejo cirujano- vete y navega con éxito las aguas hacia la eternidad.

Todos los presentes formaron un círculo alrededor del sarcófago y rezaban al dios Amón. Khentimentiu tomó un trozo de papiro, lo partió en dos e hizo una pequeña cruz colocándola en el herido y abierto pecho carmesí del Sabio Popular. Mientras, las antorchas poco a poco se esfumaban al consumirse el aire de la vieja pirámide del Valle de las tumbas.

Capítulo XVI

UN VIAJE A LA ETERNIDAD CON EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Un gran río celestial transportaba una barca en la cual viajaba el espíritu o Ka del Sabio Popular. La barca estaba a punto de enfrentar acechos y peligros, pero, gracias a la lectura de algunos capítulos de “el manuscrito del amanecer” el Sabio logró superarlos todos, o casi todos. Algunos monstruos en forma de cocodrilo e hipopótamo trataban de subir a la barca, pero el Sabio, gran lector, conjuraba y vencía. Sin embargo, desde que partió la barca, una gran serpiente “la devoradora de los muertos” lo perseguía. Deambulaba en el río, debajo de la barca y a veces navegaba sigilosamente por uno de los lados.

En uno de los extremos de la barca había algunos instrumentos musicales de su tierra: arpa, cuatro y maracas. El Sabio recitaba todos los conjuros que encontraba en el pergamino, pero no lograba que ese ofidio maligno lo dejase de perseguir. Poco a poco la barca se dirigía a una tenue luz y, sin que diera tiempo de responder, la gran serpiente se levantó delante de la frágil barca y, cuando estaba a punto de engullirla, el Sabio, al frente de la proa, abrazó su escapulario de la virgen del Carmen, se persignó y la enfrentó:

- Mira serpiente muérgana, vente pacá que aquí te tengo tu regalito. Mira que soy latinoamericano, protegido por las ánimas benditas y tengo el amparo é la virgen celestial desde jace tiempo cuando Florentino cantaba. Nojombre; él mismito me enseñó a espantá bichos feos como tú, así que agárrate que lo que te viene es pura oración.

Dicho esto, el Sabio levantó su escapulario con la derecha mientras que con la izquierda sostenía su machete:

_ Sácame de aquí con Dios
Virgen de la Soledá,
Virgen del Carmen bendita,
sagrada Virgen del Real,

tierna Virgen del Socorro,
dulce Virgen de la Paz,
Virgen de la Coromoto,
Virgen de Chiquinquirá,
piadosa Virgen del Valle,
santa Virgen del Pilar,
Fiel Madre de los Dolores
dame el fulgor que tú das,
¡San Miguel!, dame tu escudo,
tu rejón y tu puñal,
Niño de Atocha bendito,
Santísima Trinidad.



Fragmento del Libro de los Muertos de Ani, mostrando el pesaje del corazón del difunto y el tribunal de Osiris.

Con grandes espasmos, y horribles movimientos epilépticos la serpiente se retorció vociferando ininteligibles alaridos sibilantes y, como incapaz de soportar tanta celestialidad, abrió sus grandes fauces mientras se hundía en el río, dejando una espuma blanca que salía de

esa espantosa boca en medio de una sombra oscura con rayas amarillas que manchaba el Nilo, del más allá.

Poco a poco, la barca llegó ante el Juicio del dios Osiris, dios de los muertos, dueño del inframundo y símbolo de la resurrección y la fertilidad. Mientras, el espíritu del Sabio, el Ka, observaba al gran dios Osiris que presidía el tribunal del implacable Juicio. El gran Osiris estaba sentado debajo de un toldo adornado con piedras preciosas; a los lados del gran salón estaban sentados los 40 jueces de las provincias o nomos de Egipto. Sin embargo, faltaba el juez de la religiosa Tebas. Frente a Osiris se levantaba una balanza, en la cual estaba colocado en uno de los platillos el corazón del Sabio; en el otro estaba la pluma de Maat, diosa de la verdad. La balanza decidía si el Ka pasaba el Juicio de Osiris o no. Si la balanza se inclinaba hacia el corazón, el ka era llevado en barco por el Nilo para fundirse con el dios Osiris. Caso contrario, si se inclinaba hacia la pluma de Maat...

El encargado de pesar el corazón era el mismo Anubis, cabeza de chacal; a su lado estaba el dios Thot, cabeza de Ibis, quien tomaba nota de todo lo que ocurría. Muy cerca del dios Thot yacía arrastrándose una figura macabra, “el devorador”, un ser híbrido, monstruoso, formado por la cabeza de un cocodrilo, el cuerpo de un león y patas de un gran hipopótamo. El juicio comenzó, al lado del gran Osiris estaba su esposa y hermana Isis. Muy cerca se encontraba Horus, hijo de Osiris e Isis, encargado de mediar entre el Ka del Sabio y su padre Osiris. Acto seguido se hizo lectura de “la sentencia negativa” en la cual se leyó la actuación del Sabio durante su estancia en el Nilo constando si había tenido un buen proceder al no haber realizado ningún “pecado capital”. El Sabio, papiro en mano, se defendió de forma muy convincente, sorprendiendo por su “don elocuente” al mismo Osiris. Sin embargo, no hubo argumento que pudiera justificar su “exceso de autoridad y poca humanidad” al cobrar de manera imparcial sus trabajos de momificación a muy altas tarifas cuando estuvo en la casa de la muerte. Al poco rato, Anubis, cabeza de chacal, procedió al momento decisivo de pesar el corazón del Sabio. “El devorador” babeaba esperando descuartizar a su presa. Anubis colocó en un platillo el corazón y en el otro la pluma de avestruz. Al principio la balanza se inclinó

positivamente a favor del Sabio, pero poco a poco la pluma de Maat se acercó más hacia la base, por su peso. Nada podía pesar menos que la pluma. Al final, el Dios Thot, tomó nota de lo acaecido y entregó el veredicto al Dios Horus, cabeza de Halcón quien sentenció:

-El corazón del Sabio ha quedado en desventaja por la pluma de Maat que la superó en peso por un gramo.

Horus, estaba entristecido, confundido y aterrado por el destino cruel del Sabio. En un momento dado Horus comentó afligidamente que no era lo que esperaba para aquél que trajo a Egipto algo de humanidad. Horus en verdad creía en el Sabio, por ello lo había transportado desde su palacio de Edfu al antiguo Egipto.

Cuando todo parecía perdido y Anubis se disponía a arrojar el corazón latino hacia las fauces del “devorador”, se acercó nada más y nada menos que el espíritu del rey Tutankamón, quien traía en su mano una planta de hojas verdes y florecitas blancas llamada quinina, la cual representaba todas las vidas Tebanas que salvó de la terrible malaria pero que no se habían contado como buenas acciones debido a la inasistencia del juez tebano al juicio final, encargado del informe de vida de todo aquél que hubiese habitado Tebas.

La sencilla planta fue colocada en la balanza, justo al lado del corazón y pudo superar por muy poco el peso del otro platillo. Un gran alarido brotó del devorador quien fue sacado de la sala por Anubis, en medio de espantosas vociferaciones. En ese instante el Sabio se percató de que Anubis era literalmente el “sacerdote lector” que estaba en el proceso de momificación de su amigo el rey Tut.

Una extraña conversación sucedió entre todos los dioses presentes, cuando apareció de forma intempestiva el juez tebano quien se atrevió a hablar con Osiris, dios del inframundo. Luego de unos eternos instantes de deliberación, el gran Osiris se dirigió hacia la asamblea de los jueces de Egipto y exclamó:

- Esta alma todavía no nos pertenece.

Dicho esto, en la ribera occidental del creciente fértil, en una vieja pirámide del Valle de las Tumbas, el cuerpo momificado de un hombre

comenzó a moverse para asombro de todos los embalsamadores que ya se habían abandonado a la muerte. Khentimentiu, muy debilitado y aterrado, pero capaz de aceptar lo imposible, dio la orden de desmomificación; luego de cierto temor inicial, el Sabio fue liberado. Todos los presentes se arrodillaron y observaron que el Sabio, ya en vida, emanaba una extraña luminosidad alrededor de su cuerpo. Poco a poco el Sabio se recobraba. Como pudo se incorporó poniéndose sus vestiduras y comentó:

- ¿Y ustedes por qué me ven así, como si fueran visto un muerto?

Luego, al observar sus vendajes de nilo dispersados en el suelo y sintiendo su gran herida en el pectoral, suturada con hilos de fuego, comentó:

-Es que cuando a uno no le toca, no le toca compa.

Todos se dispusieron a buscar una salida, todos seguían la luz que emanaba el Sabio popular y, luego de atravesar algunos pasillos, gracias al gran conocimiento de las pirámides que tenían ya que algunos embalsamadores habían sido trabajadores voluntarios de esta futura maravilla de la humanidad, lograron encontrar una salida por una cámara inferior que daba al lado oeste de la pirámide.

Luego de una exhaustiva búsqueda por las milenarias paredes, encontraron una pequeña ventana desde donde se veía la negra noche iluminada por Venus, la rosa del cielo. Lograron así deslizarse por la pared inclinada de la pirámide usando las vendas de Nilo que quedaron de la desmomificación.

Capítulo XVII

ANKESENAMÓN

Ankesenamón había heredado la belleza real de su madre, la exuberante Nefertiti. Luego de los nefastos sucesos acaecidos a sus padres, sucesos que incluso hoy día son un eterno enigma, los hermanitos Ankesenatón y Tutankatón, como eran llamados en la infancia, estuvieron a la merced de sus poderosos custodios: Herombed y el Visir Abay. Estos viles personajes decidieron casarlos para mantenerse ellos en el poder por mucho más tiempo en el imperio egipcio. Fue así que el príncipe, ya convertido en Tutankamón de nueve años y la bella niña Ankesenamón, de once, contrajeron nupcias. La sangre real seguía manteniéndose aun a costas de las consecuencias genéticas que esto acarrearía a sus descendientes. Ya a sus dieciséis años Ankesenamón había tenido dos hijos quienes murieron en el parto. Luego de ello, debido a la muerte trágica y misteriosa del faraón Tutankamón, Ankesenamón, su viuda, sabía que el derecho a la sucesión al trono sólo podía pasar a través de ella, y dadas las circunstancias, podía ser obligada a casarle a la fuerza por los aspirantes al trono, quienes eran su abuelo Abay, o el gran militar Herombed, que ya rondaba los sesenta años. En conclusión, el hombre que desposase a la reina viuda Ankesenamón se convertiría en el nuevo Faraón de Egipto, el hombre más importante de toda la civilización antigua.

Una tarde, mientras contemplaba los peces en el lago del gran templo de Karnak, la joven reina recibió la extraña visita de su abuelo Abay.

-Saludos oh hermosa reina.

Ankesenamón cubrió sus delicados hombros con su capa y, bajando la mirada le respondió.

-Saludos abuelo.

-No tienes porqué llamarme abuelo, dime Abay -Mientras hablaba su retorcida y envejecida boca no dejaba de ser humedecida por su horrible lengua-. Sé que no es el mejor momento para lo que deseo

comentarte -se expresaba nerviosamente- dada la reciente partida del Faraón Tut, pero hay temas que deben ser atendidos por el bien de Egipto. Primero, nuestras fronteras están siendo atacadas por nuestros enemigos hititas al norte, y por los nubios al sur. Debemos reforzar nuestra fuerza militar.

-Debes hablar con Herombed -contestó ella con una increíble indiferencia, mientras Abay respondía con una horrible mueca.

-Sí por supuesto. Estoy dispuesto a enviarlo de inmediato a reforzar nuestros dominios lejanos, pero, por otro lado, nuestros enemigos creen que porque no tenemos un faraón podemos ser más frágiles.

Sus rapaces y ávidos ojos opacados se movían constantemente-. Creo que, por el bien del pueblo, debes casarte lo antes posible.

La reina levantó la mirada y preguntó.

- ¿Con quién abuelo?

Abay, sintiéndose irrespetado, afirmó:

- ¡Conmigo pues, que llevas mi sangre! Así mantendremos el linaje faraónico -vociferó acaloradamente el viejo sacerdote mientras empuñaba su bastón de oro.

Ankesenamón se sentía desfallecer; sabía además que su vida corría peligro, ya que, si se negaba a casarse, su muerte sería la excusa perfecta para Abay declararse legítimo sucesor real. Por otro lado, el poder político de Egipto estaba muy inestable, el faraón Tutankamón murió sin dejar sucesor; fue así el último varón de la XVIII dinastía.

Ankesenamón deseaba gritar por toda Tebas quienes habían sido los asesinos de su esposo, pero sin pruebas no era tan fácil. Solo meditaba y, luego de un largo silencio, exclamó:

-Debes darme tiempo Abay, y permitirme ordenar mi mente y mis cosas.

Una cercana y fiel esclava llamada Makuria acompañaba a la desdichada Ankesenamón; no paraba de abanicarla en tan incómoda situación, como si quisiera aparte el malévolo aire que involuntariamente compartía que ese ser tan despreciable.

-Tómate el tiempo que necesites mi reina, pero no te tardes demasiado.

Dicho esto, Abay se despidió no sin antes querer tocar con sus lascivas y crueles manos el rostro de la reina nieta, quien sutilmente lo esquivó.

- ¡Rápido Makuria! -ordenó la desesperada Anjesenamón- tráeme para escribir, de inmediato.

La esclava se alejó, trayendo al poco rato en una cesta de palma un rollo de tallo de papiro usado como documento real, un cálamo o pluma de ganso del Nilo y tintas negra y roja.

Ankesenamón estaba aterrada y pálida; su puño temblaba al tomar el cálamo; deseaba tener a su esposo a su lado, se sentía sola, muy sola. Su mente maniobraba una posibilidad lejana, una idea... pero no sabía si el remedio era peor que la enfermedad. Tomó una decisión: escribirles a los mayores enemigos del imperio egipcio, es decir a los Hititas, cuyo rey era el Poderoso Suppiluliuma, que gobernaba el imperio desde 1375 a.C.

... "Mi esposo ha muerto. No tengo ningún hijo varón, pero dicen que tú tienes muchos hijos varones. Si me das uno de tus hijos, se convertirá en mi esposo. Jamás escogeré a uno de mis súbditos como esposo. Tengo miedo"

La carta ya estaba escrita, la última esperanza de La reina Ankesenamón fue entregada a su fiel esclava.

-Makuria, lleva esta carta y entrégala al Sabio Popular, él es el único en quien puedo confiar en esta ciudad.

Sin levantar la mirada, la esclava respondió:

-Pero, ¿dónde lo puedo encontrar? dicen que ha muerto.

-Lo han matado tantas veces que dudo mucho que en verdad lo esté. Toma, llévate este brazalete de oro y entrégaselo. Él entenderá.

La esclava Makuria era una hermosa esclava del pueblo de Nubia, o "Tai-Seiti" que en antiguo egipcio quería decir "la tierra de la gente del arco", la cual estaba bajo el dominio del imperio egipcio. Era de talla mediana y piel muy oscura, con unos negros y llamativos ojos y una larga cabellera negra que llegaba a sus caderas. Al salir del templo

Makuria no se percató que uno de los espías del Visir la seguía; la esclava, al darse cuenta, logró esconderse entre papiros y otras plantas altas del gran río. Ya al atardecer, al intentar cumplir con su misión salió de su escondite, pero, desgraciadamente, fue atrapada por la guardia sacerdotal. Estos la llevaron frente a la presencia del poderoso Abay; luego de vejarla y torturarla la hicieron hablar:

-La carta debía entregarla al Sabio Popular -pudo balbucear con dificultad, pero las carcajadas del Visir no se contenían. Luego de una pausa este comentó:

- ¡Un muerto no puede entregar cartas!

Abay ordenó trasladar la esclava a un calabozo. Luego, extrañamente ordenó hacer llegar la carta a su destinatario, a Suppiluliuma, el poderoso rey hitita.

Días después, Suppiluliuma, al recibir la carta, permanecía incrédulo por el contenido de esta y luego de mucho pensarlo, envió a sus aguerridos emisarios a Egipto y así corroborar la noticia. En pocas horas, Abay y Herombed fueron notificados de la presencia de estos guerreros extranjeros en tierras egipcias, sin embargo, los dejaron realizar su cometido. Días después los emisarios regresaron al reino hitita corroborando la veracidad de los trágicos hechos acaecidos en la realeza egipcia.

Los días pasaban y la incertidumbre de la reina crecía al no tener noticias de su esclava; sin embargo, tomó nuevas fuerzas y se animó a escribir una nueva carta al rey:

- *“¿Por qué no me has respondido? ¿Piensas que te estaba engañando en este asunto? Si hubiera tenido un hijo varón como heredero, ¿acaso te habría escrito acerca de mi vergüenza y la de mi país a una tierra extraña? [...] Aquél que era mi esposo ha muerto, y no tengo hijos [...] No he escrito a ningún país más, sólo me dirijo a ti. Entrégame a uno de tus hijos: será un esposo para mí y un rey para Egipto”*

Suppiluliuma, frente a la insistencia de la carta, envió a uno de sus hijos, pero no a su primogénito, en caso de una trampa. De esta manera el rey mandó al príncipe Zannanza a Egipto. Para desgracia de la joven reina la red de espionaje en la frontera egipcia vigilada por fuerzas leales

a Abay era de las más efectivas y el príncipe hitita, oh ironía de la historia, fue interceptado y asesinado.

Ankesenamón, al recibir la noticia del fatídico suceso se sentía profundamente devastada; solo le quedaba resignarse o morir. Abay por su parte, movió sus piezas muy bien y organizó todo para su casamiento con su nieta en los días venideros. Para mayor éxito de sus planes, cual gran Virrey, ordenó al gran Herombed aplacar las legiones Hititas que intentaban reagruparse en la frontera egipcia con el fin de invadir a Egipto y vengar la muerte del príncipe Hitita. Su verdadera intención era mantener alejado a su enemigo Herombed y que este, para su desgracia pereziese en el encuentro bélico, y así matar dos pájaros de un tiro.

Finalmente, la historia nos señala que Abay se casó con Ankesenamón y se convirtió en el nuevo faraón de Egipto. Lamentablemente meses después, unos humildes pescadores que reparaban una vieja faluca encontraron el cuerpo de una triste muchacha parecida a la reina joven Ankesenamón, ahogada en las orillas del gran Nilo.

Capítulo XVIII

EL PORTAL DE KARNAK

Durante toda la noche el excéntrico grupo de embalsamadores estuvo caminando sobre la hostil arena del desierto occidental del Alto Egipto guiados por el “iluminado” Sabio. En algunos momentos parecían que iban a dejarse abandonar en el mar de arena, pero la inexplicable luz que emanaba el Sabio les daba esperanza. Cuando todo parecía perdido y ya nadie quería caminar más, una caravana de camellos dirigida por comerciantes de especias que marchaban rumbo a Tebas los auxilió atraídos por el extraño brillo emanado.

Esta caravana de mercaderes dejó a nuestros aventureros en una de las principales puertas de la gran ciudad adoradora de Amón. Ya recuperados y alimentados en una cercana hostelería tebana, los sobrevivientes momificadores guiados por el cirujano Khentimentiu se despidieron del Sabio para luego regresar a los farallones de la muerte. Luego de una inesperada reverencia hacia el Sabio, Khentimentiu comentó:

-No sé qué te depararán los dioses amigo Sabio, pero sé que serán eventos trascendentales.

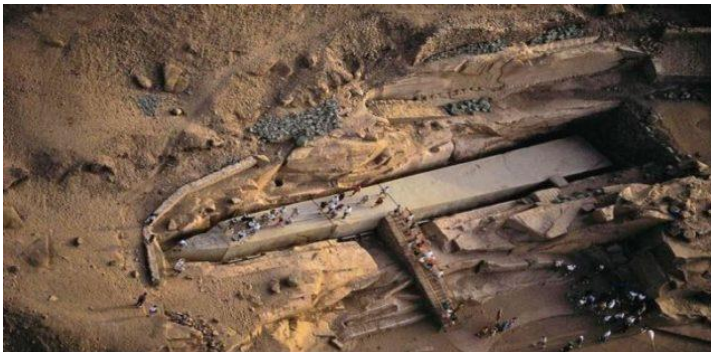
-Mire compa no sé si alegrame o preocupame por sus palabras. De todas maneras, usted es mi amigo y cuente conmigo donde sea y como sea. -Un aire misterioso se posó en su latino semblante- algo me dice que debo ir a Karnak y arreglar algunas cosas.

-Pero si allá te creen muerto, Sabio... y si te encuentran te rematan.

-Bicho malo no muere querido Khentimentiu, fíjate chico que deshacerse de mí es más difícil que matá un burro a pellizco.

Todos se despidieron entre abrazos y temores mientras el astro solar hacía su entrada en los grandes templos tebanos, disimulando así con sus rayos, el inexplicable resplandor que emitía el cuerpo del Sabio.

A la mañana siguiente la ciudad de Tebas amanecía siendo despertada por la llegada de un inmenso obelisco que se aproximaba a las orillas del Nilo acostado en una mega barcaza. El Sabio no dejaba de impresionarse de toda la ingeniería necesaria para que semejante alfiler rocoso lograra ser elaborado, transportado y erguido por centenas de egipcios en el centro de la ciudad más importante del mundo antiguo. El Sabio atravesó la avenida de las esfinges y sus cabezas de carnero que lo condujeron a una espigada muralla de adobe, llamada pilono, de ocho metros de grosor.



Obelisco inacabado de Asuán, Egipto. Construido en el 1.400 a.C aprox.

Al alcanzar el interior del Templo de Karnak el Sabio quedó absorbido por una extraña sensación de contemplación hacia este impresionante lugar; un recinto sagrado, más parecido a una activa ciudad monástica llena de altas columnas papíricas, inmensidad de colores, imponentes dibujos de los dioses y miles de escrituras jeroglíficas que se atrevían a llegar hasta el elegante techo bellamente coloreado con azul egipcio, amarillo y rojo arcilloso. Caminaban por doquier sacerdotes adoradores, artesanos, comerciantes, esclavos, vendedores; un sinfín de artesanías y objetos creados en los grandes talleres deslumbraban por doquier. Muchos recuerdos se le vinieron a la mente de cuando trabajó en ese lugar por varios años. De repente, una pequeña procesión de sacerdotes que atravesaba el pasillo central del templo, se dirigía al templo de Amón, en solemne marcha. Sin querer uno de los sacerdotes,

dejó caer su sistro, pero al no encontrarlo y, debido a la premura de la marcha, siguió adelante. El Sabio se acercó minuciosamente y lo recogió escondiéndolo entre sus elegantes ropas de escriba con las que se había camuflado. El clásico sistro parecía ser un simple instrumento de percusión conformado por un mango para sujetarlo, y con una parte sonora formada por un arco atravesado por barras horizontales con anillos de metal que emitían un suave tintineo con cada pequeña sacudida como si fuera un sonajero. De este peculiar instrumento musical se tenía la creencia que fue diseñado para crear un sonido parecido a la brisa que golpeaba y se divertía a través de los juncos de papiro del eterno Nilo. Sin embargo, el sistro que recogió el Sabio era diferente, ya que este “sonajero” tenía la conocida forma egipcia rectangular de una “puerta de templo”, la cual tenía debajo la figura de la diosa Hathor con orejas de vaca, esposa de Horus, diosa del firmamento vinculada con la vía láctea, las pléyades y Venus. Muchos sacerdotes consideraban que ese instrumento era un portal, herencia que dejaron los antiguos dioses a los egipcios dinásticos.



Ruinas del templo de Karnak.

El Sabio se internó aún más en el templo y logró astutamente llegar a la Escuela de escribas, donde había trabajado tiempo atrás. Localizó a uno de sus pocos amigos llamado Nesyamun, el buen escriba le entregó su peculiar bolso con sus cuadernos y otros objetos que celosamente había conservado.

Sin embargo, alguien desde la oscuridad lo observaba con celo y maldad; Nebertche, el escriba mayor, no podía olvidar cómo este extranjero del tiempo se atrevió una vez a ridiculizarlo y poner en tela de juicio la educación tebana.

Es así como la presencia del Sabio fue delatada. Al poco rato algunos soldados de Herombed se presentaron en el recinto educativo. Afortunadamente y, conducido por Nesyamun, se deslizó entre ocultos laberintos cicatrizados con figura de dioses y jeroglíficos, logrando escapar. El Sabio corrió a lo largo del templo de Karnak; atravesó el patio de Amenhotep III, llegó al patio del escondite, se quitó su bolso, y tomando la derecha se lanzó al lago sagrado, allí se sumergió permaneciendo unos minutos bajo el agua; su pecho palpitaba aceleradamente mientras su mente se trasladaba a la laguna del Ceibote, en el Estado Portuguesa; allí se imaginó estar con sus amigos de la infancia, compitiendo por quien permanecía más tiempo debajo del agua. Aunque siempre ganaba su amigo “guabina e río”, el Sabio tenía su propio récord: tres minutos y medio; récord que a veces superaba cuando sabía que Teresita, la muchacha más linda del pueblo, se quedaba a mirar a los locos y arriesgados nadadores.

Al salir del lago sagrado y cerciorarse que nadie lo seguía, recogió su bolso del patio, y continuó su escape hacia el sur del templo. Llegó como pudo al santuario del dios Amón, hizo una reverencia y tomó algunas frutas dejadas allí por los sacerdotes acólitos; las metió dentro de su bolso y alcanzó al templo festivo de Tutmosis III.

El Sabio estaba agotado; había corrido más de dos kilómetros precipitadamente; Sabía que era el final del recorrido, se sentía perdido, desorientado. De inmediato sintió que alguien le ponía la mano en su hombro, era el final, pensaba; al darse vuelta y decidido a enfrentar a la muerte, se asombró al reconocer al viejo artesano

Fenuku, quien, sin decir una palabra, le indicó el camino correcto. El Sabio lo abrazó y siguió su carrera, pero, misteriosamente se encontró con una sala de difícil acceso y muy poco conocida; dentro avizó una enigmática estructura en la pétrica pared; Se trataba de siete puertas esculpidas en la pared de roca, muy parecidas cada una a la figura del sistro que poseía en su bolso, una puerta dentro de otra, cual juego de muñecas rusas identificó. El Sabio recordó haber leído “el papiro del libro de las puertas” cuando era escriba. Rápidamente abrió su bolso y sacó el Sistro que se le cayó dsacerdote; acto seguido lo tomó entre sus manos y lo elevó hacia las puertas. Increíblemente sus cerraduras rupestres se iluminaron como invitándolo a abrirlas, pero el Sabio no tenía las llaves. Desesperado, vio que había otra sala justo al lado; fue hacia ella identificando siete llaves esculpidas en su pared principal; levantó el sistro nuevamente y las llaves comenzaron a sobresalir de la pared para caer sonoramente en el sagrado suelo.

El Sabio recogió una de ellas; intentó con la primera llave, la introdujo en una de las cerraduras, pero ésta no cedió; muy angustiado, escuchó la voz de Herombed gritarles a los soldados:

- ¡Encuéntrenlo y mátenlo, o remátenlo de una vez por todas!

Para mal o para bien la tarde se oscurecía rápidamente y una luna gigante detrás del templo apareció; Instantes después pareció aproximarse una gran tormenta de arena. Para asombro de Herombed y de todos los presentes, en la sala donde estaba el Sabio aparecieron siete diosas muy idénticas una de otra; De repente, cada una, en un silencioso orden recogía una llave y se dirigieron, como levitadas, hacia la sala de las 7 puertas abriendo cada una su puerta respectiva.

Al abrir la última puerta, la más grande, se abrió un espacio cósmico muy parecido a la vía láctea. El sistro del Sabio brillaba de forma incandescente por lo que lo sujetó fuertemente entre sus manos alzándolo sobre su cabeza. Lamentablemente Herombed y sus soldados entraron en la sala. El Sabio no estaba muy convencido en atravesar el portal, pero, al observar a Herombed y los soldados lanzar sus flechas envenenadas contra él, entró precipitadamente, a lo que fue instantáneamente absorbido por esta extraña energía; de súbito se

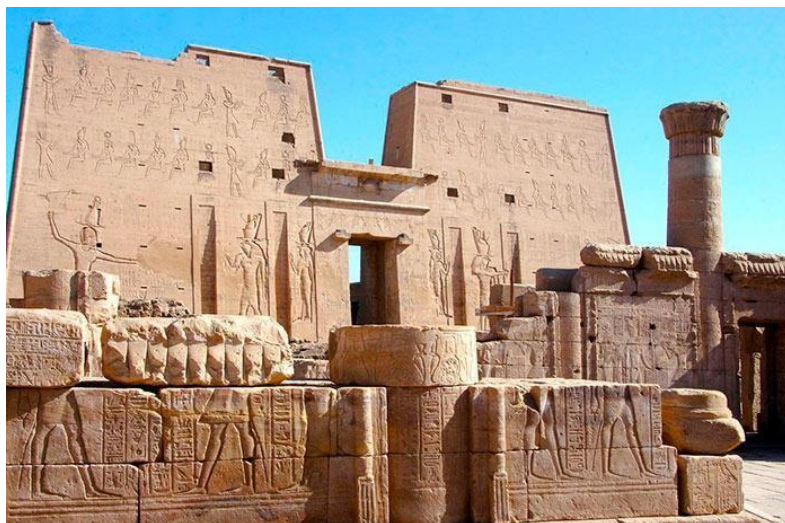
cerró esta dimensión, tragándose al Sabio, sin dejar el más leve indicio en la superficie rupestre del templo de Karnak.

Herombed y sus soldados cayeron al suelo, cegados por la extraña luz. Inmediatamente las puertas volvieron a tomar su forma rupestre y bidimensional sobre la pared, mientras las diosas egipcias desaparecían. Todas las flechas envenenadas chocaron contra la superficie rupestre de las puertas, cayendo al suelo en estridente sonido metálico. A los pocos instantes la sala de las puertas se llenó de escribas y sacerdotes quienes se arrodillaron en gran vehemencia en medio de sagrados cantos al dios Amón mientras una Superluna muy cercana al templo iluminaba cada una de las paredes de Karnak.

Capítulo XIX

EL CAIRO (1971 d.C)

Se dice que el templo de Edfu es la edificación más grande dedicada al dios Horus desde el antiguo Egipto. Este recinto sagrado fue escenario de muchas fiestas religiosas ya que se creía que cada año, el dios Hathor viajaba al sur de su templo en Dendera para visitar a Horus en Edfu; suceso extraordinario que marcaba el matrimonio sagrado entre ambas deidades. Por este motivo ningún barco repleto de turistas de finales del siglo XX ha perdido la ocasión en detenerse para que centenas de cámaras fotográficas, con sus típicos cubo flashes de cuatro lámparas, transportadas por personas de todo el mundo, ingresen a este sagrado lugar y observen las grandes columnas de la sala hipóstila adornada con jeroglíficos e imágenes del Dios Horus y de la diosa Hathor.



Ruinas del templo de Edfu.

En todos los espacios del sagrado templo del dios halcón los turistas se quedaban boquiabiertos al ver sobresalir relieves con personajes que detallaban el misticismo de los dioses, algunos de los cuales portaban sistros y otros objetos sagrados. Incluso los turistas más jóvenes, que parecen distraídos con sus walkmans, provistos de grises cassettes y grandes auriculares, observaban los excéntricos relieves de la diosa Bastet y sus lindas proporciones felinas. Sin embargo, un evento ha roto la rutina de ese verano egipcio; más allá de la segunda sala Hipóstila algo extraño está por suceder. Allí, luego de atravesar la cámara de las ofrendas, todos se aglutinaron en sala central con sus flashes preparados para fotografiar no a una imagen milenaria de un Dios o un jeroglifo, sino a alguien que yacía tirado a unos pocos pasos, en el santuario dentro de una barca. Nadie se atrevía a despertarlo quizás por respeto, quizás por temor a la imagen observadora e intimidante del gran Horus que lo vigilaba todo desde lo alto de un monolito de granito gris de unos 4 metros de altura. Era un hombre de mediana edad al parecer, vestido de liquiliqui; un cuatro un poco estropeado y un bolso de tela que colgaba de su cuello y reposaba sobre su estómago. En un santiamén, un vigilante del templo, egipcio de grandes bigotes negros, se acercó y comprobó que el hombre profanador de la barca, estaba vivo, inconsciente con una herida en la sien.

-Debió tropezar con la barca, perder el equilibrio y golpearse la cabeza
-comentaba un grupo de turistas uruguayos.

Inmediatamente el vigilante egipcio, le pidió a uno de los turistas una cantimplora de agua, la cual vertió en su rostro. El Sabio bruscamente despertó y se sostuvo de la barca con sus dos brazos mientras trataba de abrir sus ojos y entender dónde estaba:

- ¡Herombed no me vas a atrapar! -Pronunció a viva voz- mira que cargo mi escapulario conmigo y los dioses de Egipto me acompañan.

Con sus cámaras Polaroid preparadas, unos jóvenes alemanes se acercaron aún más al Sabio y con Ayuda del vigilante lo sacaron de la barca auxiliándolo en el milenario piso frente al dios Horus.

- ¡Otra vez en el juicio final, caracha, si ya yo salí de eso!

Los turistas presentes no entendían el lenguaje del Sabio ya que hablaba en egipcio antiguo. Esto hizo que todos quisiesen tomarle más de una foto. El Sabio tapó sus ojos frente a tantos disparos de flashes que emitían una intensa luz artificial. Luego de un momento se volvió a desmayar.

Una linda chica francesa le tomó una foto de una cámara Kodak instantánea y al revelarse se quedó atónita al notar una silueta parecida al dios Horus detrás del Sabio. Todos se dirigieron a las afueras del templo.

El Sabio fue colocado al lado de una gran estatua de granito de Horus quien llevaba las coronas del Alto y el Bajo Egipto. De repente,

Un extraño y elegante hombre de avanzada edad conversaba con el vigilante expresándose en un refinado árabe contemporáneo; luego de una corta conversación, la cual terminó cuando el vigilante recibía algunos billetes, el anciano se hizo responsable del Sabio. Acto seguido, a la señal de este extraño mecenas, dos egipcios vestidos de blanco llevaron al Sabio al interior de un elegante carro azul Packard 1940. Un rato después el clásico vehículo llegaba a un lujoso y viejo Hotel en el Cairo, llamado "Old Winter palace"; allí fue llevado todavía inconsciente y dejado en una confortable habitación siendo atendido por una bella muchacha egipcia por orden del anciano. El lujoso hotel fue construido en 1886 y contaba entre sus excéntricos huéspedes a nada más y nada menos que la famosa escritora Agatha Christie, pero el huésped de lujo hasta ese entonces había sido el mismo Howard Carter, el descubridor de la Tumba del Tutankamón.



Winter Palace Lúxor. Legendario Hotel egipcio donde se hospedó Howard Carter en 1922.

Al despertar el Sabio se encontraba en una habitación poco iluminada; escuchaba a lo lejos unas bocinas de autos y gente charlando. Se levantó u poco mareado y, al correr la cortina contempló para su asombro al enigmático río Nilo. Muchas canoas a vela llamadas calufas llevaban a solitarios extranjeros que navegaban hacia el delta mediterráneo, recorrido desde el cual el navegante podía observar una ciudad activa y ruidosa, llena de grandes mezquitas y mercados.

Más a lo lejos, al sudoeste, su pecho comenzó palpar más de prisa cuando contempló a las pirámides y la esfinge de Guiza la cual se veía visitada por camellos y algunos automóviles que se estacionaban en una larga avenida. De repente, un agradable olor a comida hizo que el Sabio comenzara a deambular por la amplia habitación. Junto a la puerta principal, en el mini comedor de la habitación estaba servido un apetecible desayuno muy conocido por él: unas arepas acompañadas

por un queso blanco, mantequilla, pollo, ensalada de aguacate, huevos y caraoatas negras. A un lado, Una gran taza de café negro le hacía compañía a una jarrita de leche caliente.

Al Sabio se le hizo agua la boca; su cabeza estaba llena de muchas preguntas, pero no quiso atormentarse más y se sentó a desayunar gustosamente mientras se decía:

- ¡Ado más contento que cochino en zanja!

Al poco rato, la muchacha egipcia que le había ayudado al anciano, entró a la habitación. El Sabio quedó impresionado al notar el gran parecido que tenía la bella muchacha con Merensaj la sacerdotisa ayor de templo de Siwa. ¿Quizás era ella? ¡Imposible! -pensaba- al percatarse que más de 3000 años los separaban. Por otro lado, se decía sí mismo: ¿Qué era posible y que no en Egipto?

Encantado por la sencilla hermosura de la muchacha, cuyos ojos negros apenas los podía ver, denotó que todo su cuerpo estaba cubierto de una tela blanca, como de lino y usaba un velo que le cubría su cabeza y parte de su rostro; sin embargo, un largo y delicado cabello negro azabache se lograba escapar de su “ocultez” cuando caminaba. Usaba unas delgadas sandalias de cuero que mostraban un delicado pie color oscuro, entre moreno y rojizo. La muchacha, luego de hacer una gran reverencia, se dirigió a una de las sillas y dejó allí un elegante traje de vestir con sus nuevos zapatos negros de cuero.

El Sabio, quien permanecía sentado en un cómodo sofá, se levantó y le dijo a la muchacha:

- Buenas taldes señorita. Mucho gusto. -Y le extendió su mano. Ella, al mirálo pronunció:

- ¡Onuris! - luego, se echó hacia atrás, hizo la misma reverencia y salió de la habitación.

Luego de la imprevista visita, el Sabio tomó una reconfortante ducha, se vistió con el elegante traje traído por la muchacha y se dispuso a salir.

Con un leve dolor de cabeza el Sabio cerró la puerta de la habitación y descendió a la planta baja. Al llegar, se quedó admirado al contemplar una maravillosa sala iluminada con luz natural, de estilo antiguo y

moderno a la vez, destacándose un gran candelabro de cristal y amplias ventanas de donde se avizoraban hermosos jardines renacentistas. Al llegar al descanso de la escalera notó que, a su derecha, estaba una gran imagen de un libro abierto con la fotografía de un exitoso Howard Carter vestido elegantemente y usando un sombrero de copa. A su lado estaba la popular imagen de la máscara del rey Tut. En la otra inmensa página del libro destacaba la fotografía del Hotel con el título: *Short history of the Winter Palace, the palace of the Kings*.

El Sabio siguió avanzando y entró en la sala donde estaba conversando un grupo de turistas ingleses que degustaban un té acompañado de provocativas galletas servidas en unas peculiares bandejas de plata. El Sabio observó la vestidura de un caballero que leía el periódico y supo que estaba devuelta a su tiempo. Se acercó un poco más al caballero y logró leer la fecha del diario: El país, 10 de mayo de 1971.

- ¿Estar usted interesado en periódico mío? -Preguntó el lord inglés al sentir la cercanía del Sabio.

-Disculpe usted, míster.

-Yo no tener problema en darlo- seguidamente extendió el periódico mientras éste le agradecía.

Sin dejar pasar el acaecido episodio, las demás personas de la sala se acercaron a los dos personajes. Estaban además dos señoras, de edad avanzada y elegantemente vestidas, sus respectivos esposos y una vigorosa mujer de mediana edad y de fuertes rasgos árabes, poseedora de una hermosa pulsera con el rostro de Horus.

La mujer de rasos árabes se le acercó al Sabio y le susurró en neoeipicio, el antiguo idioma hablado por la dinastía XVIII, una variante del egipcio clásico. Esta mujer era nada más y nada menos que la famosa egiptóloga Salima Ikram.

-He notado en su persona ciertos rasgos lingüísticos y gestuales que mis antepasados solían realizar.

El Sabio no sabía qué responder. Sólo se limitó a bajar la mirada como leyendo el periódico.

De repente, una campana sonó anunciando la presencia de alguien muy importante que se disponía a descender de la renacentista escalera. Todos dirigieron sus miradas hacia arriba y le dieron la bienvenida al dueño del Hotel, a quien todos llamaban Osahar, con mucho respeto. Detrás de él lo acompañaba la bella muchacha egipcia Amunet.

El Sabio se quedó sorprendido al notar que el famoso anciano, vestido como el Howard Carter del libro, era el mismo que lo había protegido desde que había “regresado” de la otra dimensión.

Al descender las escaleras el caballero Osahar, le dio un cálido abrazo a Salima, y mantuvieron una agradable y corta charla en neoegipto; esta se retiró del lugar no sin antes mirar muy expresivamente al Sabio. Todos se acercaron con gran elegancia hacia el anfitrión Osahar e intercambiaron alguna palabra de gentileza. El Sabio, quien permanecía al lado de un gran hermoso jarrón que guardaba flores de loto, notó que Osahar se acercaba hacia él, seguido de Amulet.

Con una gran gracia y dulzura en su hablar, pero con voz decidida le dijo al Sabio:

-Sígueme Onuris.

El Sabio le iba a corregir, pero el anciano ya le había dado la espalda, mientras que Amulet abría la puerta de un salón contiguo ubicado a la derecha del bello salón. El Sabio entró a dicho recinto, luego el anciano Osahar, quien con su mirada ordenó a Amulet cerrar la elegante puerta de cristal. Todos los demás en sala permanecían observando los sucesos mientras que Amulet se quedó afuera del salón cual guardian anubiano.

Al entrar al misterioso salón lo primero que observó el Sabio fue la parte posterior de un gran mueble que fungía como separador. Al fondo estaba un gran escritorio en el cual había una gran lupa, guantes de cuero oscuro y antiguos pedacitos de un antiguo papiro. A los lados del escritorio estaban de pie dos esculturas de madera de soldados nubios muy parecidos a los que custodiaban la tumba del faraón niño hace más de tres mil años. Cuando se dio la espalda observó la parte frontal del gran mueble el cual era como un gran gabinete lleno de numerosas figuras divinas del antiguo Egipto, específicamente del

Imperio nuevo. Se acercó y tomó una pequeña imagen de arcilla de la diosa Maat, diosa de la sabiduría.

- El hombre siempre busca aquello que lo desconcierta y no puede explicar -comentó Osahar, a lo que el Sabio le contestó:

- Como por ejemplo el nombre de Onuris -hizo una pausa- Señor.

- Llámame Osahar. Mi nombre significa en árabe contemporáneo "dios me escucha".

- ¿Y Onuris? -Preguntó el Sabio-. Si se *pué sabé*, digo yo.

- Mi asistente te llamó Onuris, que quiere decir en nuestra lengua árabe: "regresa el lejano".

Osahar se dirigió hacia su elegante escritorio y tomó asiento.

- Pero siéntate Sabio -le dijo amablemente.

El Sabio se extrañó que Osahar conociera su sobrenombre; puso la pequeña escultura de Mat sobre el escritorio, frente al anciano, luego tomó se apoyó en el brazo de su cómodo asiento y se dejó caer, relajado y tranquilo.

Osahar tomó la escultura en sus manos, con su dedo índice izquierdo iba contorneando la figura como si la esculpiera en barro crudo.

- Maat es la diosa de la verdad, la justicia, la ética, el equilibrio y la armonía. Lleva una pluma de avestruz, sus típicas alas y su cetro que resalta su divinidad y poder. Sabes Sabio, esta linda imagen me la regaló mi mentor Howard Carter, antes de morir ese triste día de marzo, en 1939.

Yo era un niño de 10 años que trabajaba como aguador oficial para mi querido Howard junto con mi padre, Khalil, el mejor excavador de antiguas tumbas de todo Kemet. De pequeño me llamaban Husein, mi nombre original. Una terrible mañana, a pocos días del gran descubrimiento, nos dispusimos a destapar una antigua tumba; once metros de arena en forma vertical a la altura del suelo nos separaban de lo incognito; mi padre, junto con todo el equipo, nos propusimos a sacar toda la arena, balde por balde, en medio del inclemente disco solar; de repente, se abrió de la nada la arena a nuestros pies y mi padre, junto con dos amigos, fueron tragados hasta el fondo del canal

vertical. Nuestro maestro Howard, junto con todos nosotros comenzamos a quitar la arena que los sepultaba tan rápido como pudimos; veinte, treinta minutos después, lograron encontrar los cuerpos. Mi padre parecía dormir como complacido, al igual que los demás fallecidos. Yo lloraba desesperadamente; Howard lo abrazó, y observando la mirada de todo el equipo supo lo que tenía que hacer; dejamos los cuerpos en la cámara recién vaciada. Se proclamaron cantos y oraciones y volvimos a tapar de arena el canal vertical, sin importar lo que nos deparaba la tumba por explorar.

La melancolía se hizo presente en el rostro del anciano; este hizo una gran pausa, pestañó varias veces y comentó de forma animada:

-Tengo algo que te pertenece querido amigo.

Dicho esto, abrió la última gaveta de su gran escritorio y sacó su cuatro venezolano, pero en perfecto estado. El Sabio sonrió al tomar el cuatro y le agradeció.

- ¿No te falta algo más Sabio?

-Mi bolso señor, mi bolso.

Osahar volvió a abrir otra gaveta superior y sacó los restos de un antiguo bolso arrugado y polvoriento. Con mucha delicadeza se lo entregó.

- Y mi diario? -preguntó el Sabio.

-Osahar se levantó de su escritorio y posó la mano detrás de una esfinge de madera del Dios Horus; ésta se inclinó hacia adelante, dejando ver un hueco en su base. El anciano introdujo su mano y sacó un deteriorado cuaderno, que parecía deshacerse en cualquier momento. Acto seguido se paró frente al Sabio, le entregó su cuaderno y le dijo:

- En estos días he estado transcribiendo tu cuaderno a esta agenda. -Le mostró una elegante agenda de cuero negro.

- ¿Días? Si ayer yo estaba en el templo de Edfu, donde me desmayé.

- Eso fue hace ocho días querido amigo. Veo que Amunet hizo muy bien su trabajo. Ella te curó, alimentó y bañó.

- ¿Que me qué? -se exaltó el Sabio con cierta picardía.

-Claro, necesitabas un gran baño -comentaba el emocionado anciano- Si supieras el olor que emanabas cuando te trajeron al Hotel. -Una pequeña risa se dibujó en sus labios-. Sé que tienes muchas preguntas, al igual que yo; relajémonos y tengamos una agradable charla mi amigo.

- ¿Por qué me trajo hasta acá? ¿Por qué me ayuda? Preguntó el Sabio con cierta preocupación.

- Hace cuarenta y ocho años el mundo entero conoció los secretos milenarios del joven faraón Tutankamón, gracias a la labor arqueológica de un grupo investigadores y amateurs como yo liderados por nuestro amado maestro y mentor Howard Carter. Cada pieza fue anotada y detallada por él mismo en un gran libro que se encuentra muy cerca de acá en el Museo de egiptología del Cairo; pero no todo fue anotado, no todo fue a parar al Museo. Muy cerca de la daga legendaria del faraón, había un papiro que nuestro maestro Howard conservó, este es llamado “el papiro errado”.

Osahar levantó, para sorpresa de todos, una falsa base del escritorio y sacó lentamente un papiro protegido por una cubierta de cristal. Luego, extendió su brazo y se lo entregó al Sabio. Este quedó sorprendido al observar un dibujo con el cual se iniciaba el texto; el misterioso grabado mostraba la figura del rey Tut en su carro de combate y, un poco atrás la figura de un escriba vestido con un extraño traje. Al final del papiro estaba el sello real del faraón. El Sabio, luego del asombro, se le aguaron los ojos al contemplar la imagen de su querido amigo Tut.

-Los grandes arqueólogos- continuó Osahar, quien no dejaba de mirar el rostro inamovible del Sabio- han notificado que se trata solo de un jeroglífico realizado por algún ocioso escriba del imperio nuevo con una gran imaginación. Sin embargo, yo, al igual que Salima, hemos dedicado nuestra vida a su desciframiento e interpretación.

Por la mente del Sabio pasaban mil pensamientos. Recordaba esa misteriosa noche en la cual el rey y él, sobre la cabeza de la esfinge de Guiza conversaron tan gratamente.

Hace ocho días -continuó Osahar- tuvimos la maravillosa noticia, gracias a Salima, que un hombre vestido como el que aparece en el papiro errado, yacía en el templo de Edfu. Te preguntarás cómo

sabíamos que ibas a aparecer en esta fecha, tres mil años después. No tuvimos que investigar tanto ya que, en el templo de Karnak, del cual Salima es la directora de evidencias egipcias del imperio nuevo, aparece en una pared, cerca de las siete puertas, un episodio que narra el suceso de una gran tormenta de arena, evento que se repetiría cada tres mil años, al amanecer, luego de una Super luna.

El Sabio lentamente le entregó el papiro errado a Osahar y le dijo:

- Parece que fue hace un momento cuando estaba en el Imperio Nuevo.

-Fue hace un momento, para ti, hace un momento. Fuiste pues muy afortunado al ser elegido para esa mística y excéntrica experiencia de viajes a través del tiempo. Conoces, por ende, nuestro gran interés como arqueólogos en escucharte y descubrir a través de tus palabras todo lo que viviste en el Imperio nuevo; información que, antes de tu llegada, solo era accesible a través de escritos jeroglíficos de los templos faraónicos que han resistido el paso del tiempo.

-¿Todos estos musius están acá por mí? -preguntó el Sabio.

Sí, todos los reunidos en este Hotel son los mejores egiptólogos que han trabajado en misiones arqueológicas de diversas universidades del mundo; ya hace tres décadas que hemos estado preparando este momento.

- ¿Qué esperan ustedes de mí? -preguntó el Sabio.

-Simplemente, salgamos a la sala principal y hablemos de tu gran aventura.

Dicho esto, salieron a la sala preparada para la entrevista. Salió el anciano Osahar seguido del Sabio; se sentaron frente a los científicos quienes, con un asombroso silencio, esperaban las palabras del Sabio. De repente se abrió la puerta y entró Salima con una linda sonrisa en su rostro, luego tomó asiento.

- Bueno, ¿qué les puedo decir? Me encontraba yo en una excursión por acá cerquita, en el templo de Edfu, en 1970 creo, cuando, luego de una tormenta de arena, caí golpeándome la cabeza con la Nao...

El Sabio contó todo, o casi todo lo vivido en el Imperio Nuevo. Ninguno apartaba de él la mirada. Pasada la primera hora, una pareja de

escépticos arqueólogos se levantaron de sus sillas y se fueron, comentando levemente que se trataba de otro fraude en el mundo de la arqueología.

La charla se alargó durante toda la noche: rieron, dudaron, se enfadaron y lloraron. Hubo un espacio para una rica y ligera cena al mejor estilo del antiguo Egipto: ensaladas, algo de pan, cerveza de farro y cebada malteada, vino, carne, huevos de avestruz y un poco de pescado salado. Luego de la típica cena milenaria todos se dirigieron a sus habitaciones, todos menos Salima, Osahar y el Sabio.

-Y ahora ¿qué haremos? -Preguntó el anciano Osahar.

-Sabe usted muy bien lo que haremos. La pregunta es ¿qué hará nuestro amigo Ramón, el Sabio popular?

Al Sabio le agradó escuchar su verdadero nombre -Salima continuó:

_Deseamos que usted Ramón sea nuestro director del Museo arqueológico del Cairo, el cual necesita mucha organización por los recientes hallazgos que han ocurrido y que sólo usted conoce sus determinados contextos.

-Por otro lado, -continuó Osahar- deseamos construir en las próximas décadas el Museo de egiptología más grande que haya existido en el planeta, digno de todos los faraones que nos han precedido y digno de este pueblo egipcio que son los últimos, hasta ahora, en beneficiarse de toda la cultura y riqueza forjada por sus ascendentes faraónicos.

- Son grandes planes de gran calidad humana e histórica; quisiera formar parte de este proyecto, que es lo más parecido a todo lo vivido en mis años precedentes. Sin embargo, deseo volver primero, a mi tierra, mi país, luego veremos.

-Hay algo más Sabio, -comentó Osahar-. Siendo tú el personaje del papiro errado, es tuyo un regalo que te hizo el rey Tut, pero obviamente no te lo pudo entregar. Mi maestro Howard me dejó junto con el papiro una daga que he guardado con mucho celo. El anciano sacó de su traje un estuche envuelto en un viejo cuero y se lo entregó; este, con manos temblorosas, lo tomó y desató una cuerda que lo aprisionaba; era una hermosa daga de hierro con una empuñadura dorada encerrada en una

vaina decorada elegantemente con trazos del Imperio Nuevo. En el borde de la hoja metálica decía una frase en neoejipcio que traduce: “Que el gran y único dios Atón nos depare una eterna amistad querido Sabio Popular”. Tu fiel amigo Tutankamón. Tebas 1327.

Una lágrima de alegría recorrió la mejilla del Sabio. Luego, inesperadamente, y para sorpresa de todos, envainó la daga y la devolvió al anciano diciendo:

-Tómala y déjala en el Museo. No hay mejor lugar para ella-. El anciano la aceptó complacidamente diciendo:

-Yo también te obsequiaré algo mi amigo -Lleva contigo a Amunet y regresa convertida en tu esposa.

Amunet apareció bellamente vestida, con una sonrisa que iluminaba la sala, cual sacerdotisa del imperio Nuevo, cuyas facciones, idénticas a Merensaj, la hermosa y casta sacerdotisa, dejaron boquiabiertos a todos los presentes. Amunet, muy complacida, se acercó al Sabio y ambos se tomaron de la mano.

- Amunet lleva la sangre de sacros antepasados reales querido Sabio-comentó Osahar-, ya te explicará en la travesía hacia Sudamérica. A tu regreso ocuparás mi lugar en todas mis empresas ya que te nombro heredero de todo lo que me pertenece, incluyendo este Hotel, que es una de mis menores posesiones. Eres el hijo que quise tener, eres el único amigo del joven rey Tut, y sobre todo eres el sagrado encargo dejado por mi querido mentor Howard durante todos estos años y créeme, no lo defraudaré.

Un gran abrazo extendió el elegante anciano al Sabio....

Fue así como sucedieron estas increíbles aventuras de un venezolano que tuvo la gran dicha de vivir en el Antiguo Egipto y poder regresar gracias a una gran fuerza mágica que sobrepasa nuestro entender. Quede pues este relato como evidencia de los viajes en el tiempo, por ahora posibles solo en nuestra mente, a través de la literatura.

Cuenca, 31 de diciembre de 2020. Año de la terrible pandemia.

FIN



Mapa del Antiguo Egipto

PERSONAJES QUE APRECEN EN LA NOVELA

PERSONAJES PRINCIPALES

El Sabio Popular: Personaje ficticio cuyo nombre original es Ramón. Es un llanero venezolano, personaje central de la historia. Su nombre proviene de 'Reginmund', y su significado es 'Aquel que da buenos consejos' o 'Aquel que es protegido por la divinidad'; por lo tanto, significa 'El protector'.

Tutankamón: Tutankamón, llamado en vida Tutanjatón, fue un faraón del Antiguo Egipto, último monarca de su familia real en el final de la dinastía XVIII que gobernó entre 1334 y 1325 a.C. Su nombre está compuesto por tût-anj- amon, "Parecido o semejante al dios Amón"

Ankesenamón: Hermana y esposa del faraón Tutankamón. Fue la tercera de las seis hijas de Akenatón y de la Gran Esposa Real, Nefertiti. Su nombre original, Ankesenamén, significa "La que vive por Amón".

PERSONAJES SECUNDARIOS

Akenatón: Llamado El Hereje, fue el décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto. Su reinado está datado en torno al 1353-1336 a.C. y pertenece al periodo denominado Imperio Nuevo. Padre de Tutankamón y Ankesenamón. Su nombre está compuesto de ajen, "gustar", y aton, "el Sol", que se puede interpretar como "amado por el Sol".

Amehotep III: Noveno faraón de la XVIII dinastía. Abuelo de Tutankamón y Padre de Akenatón. Su nombre quiere decir "Amón está satisfecho".

Howard Carter: (Swaffham, Reino Unido, 1873 - Londres, 1939) Arqueólogo y egiptólogo británico, célebre por el descubrimiento en 1922, junto con lord Carnarvon, de la tumba del joven faraón Tutankamón.

Kefrén: Jafra (ḫ^ḥ f r^ḥ en egipcio) o Jefrén (Χεφρήν, en griego), más conocido como Kefrén, fue el cuarto faraón de la dinastía IV de Egipto. Reinó desde 2547 a 2521 a. C. Su nombre que significa “Ra ha aparecido”.

Lord Carnavon: (Reino Unido, 1866 - Egipto, 1923) Aristócrata inglés conocido por ser el mecenas que financió la excavación de la tumba del rey Tutankamón de Egipto, en el Valle de los Reyes.

Nefertiti: Neferu Atón Nefertiti fue una reina de la dinastía XVIII de Egipto, la primera gran esposa real de Akenatón y madrastra de Tutankamón. Su nombre quiere decir “la bella ha llegado”.

Reina anónima: Llamada también la dama joven, fue hermana y esposa del rey Akenatón, posible madre de Tutankamón.

Tyi: Gran esposa real de Amehotep III. Abuela de Tutankamón y madre de Akenatón.

PERSONAJES FICTICIOS

Abay: Fue el gran Sacerdote real del Imperio Nuevo.

Amunet: Protegida de Osahar, compañera del Sabio popular. Su nombre quiere decir: diosa del misterio

Duamenu: sacerdote de Karnak; maestro de sacerdotes novatos y padre de Merensaj.

Fenuku: el viejo artesano del templo de Karnak.

Herombed: Fue el gran jefe de milicias del Imperio Nuevo.

Jabari: Esclavo nubio, amigo del Sabio popular. **Nailah:** Fiel esclava de la reina Ankesenamón. **Makuria:** hermosa esclava del pueblo de Nubia.

Khentimentiu: El cirujano mayor del proceso de momificación en la Casa de la muerte.

Merensaj: sacerdotisa mayor del templo de Amón en Siwa. **Tanuta:** príncipe nubio adocetrinado por los escribas egipcios.

Nebertche: Escriba mayor, rector de todas las Casas de la vida del imperio Nuevo.

Nesyamun: joven escriba, amigo del Sabio.

Onuris: Nombre dado al Sabio popular al final del relato. Su nombre quiere decir "regresa el lejano":

Osahar: Nombre del mecenas del Sabio popular. Su nombre quiere decir "dios me escucha".

VENEZOLANISMOS Y OTROS MODISMOS

- "La ocasión la pintan calva"

- Agarrá de sopita: molestar a alguien constantemente.

- Andar medio fallo: tener hambre.

- Buscarle tres patas al gato: "Dícese, propiamente, de los que tientan la paciencia de alguno, con riesgo de irritarle". (Iribarren, 1974, pp. 206).

- Echarle a uno el muerto: "achacar o imputar a otro la culpa de lo que no ha hecho" (Sbarbi, citado en Iribarren, 1974, pp. 93).

- Hasta que San Juan baje el dedo: "Dicha locución familiar se suele usar para ponderar un plazo delimitado. Esto es, hasta que no quiera más". (Iribarren, 1974, pp. 57) También se dice: Hasta que la rana eche pelos (n/a).

- Meter los pies debajo de la mesa: Hora de comer.

- Picá adelante: tomar la iniciativa, dar el primer paso.

- Vete a la porra!: mandar bien lejos a alguien. También se usa: ¡Vete al cipote!, vete al carajo!

-Birrita: diminutivo de birra, cerveza.

-Cuando el cochino está gordo hasta el rabo es chicharrón: Frase que alude al hecho de aprovechar cualquier oportunidad que se presente.

-Esrengao: Palabra que equivale a un dolor en la parte baja de la espalda que no permite caminar bien.

-Más perdió que estornudo é chingo: persona extraviada o confundida.

-Ponte a creé que estás gordo y no comes: Frase que alude poca credibilidad a lo que ha dicho otra persona.

-Redondear la arepa: la arepa es un pan redondo hecho con harina de maíz. Un venezolano "redondea la arepa" cuando completa con algo más su comida o su sueldo.

-Rolitranco: palabra que se usa para magnificar algo.

-Rolo e vivo: persona que se aprovecha de otros.

Sobaco é tigre: persona con mal olor en las axilas.

-Soponcio: Desmayo o indisposición pasajera que se produce tras una situación de angustia: susto muy grande.

-Uuuupa cachete: Expresión jocosa que equivale a: ¡Qué mujer tan hermosa!

LÉXICO DEL ANTIGUO EGIPTO

Cálamo: Parte hueca de la pluma que se inserta en la piel de un ave usada como pluma para escribir.

Cáñamo: Planta anual cannabácea de unos dos metros de altura.

Chaduf: Máquina para recoger agua del Nilo. En la parte trasera lleva un contrapeso y en la otra un recipiente.

Claft: El klaft o claft es un tocado de rayas que se coloca sobre la cabeza. A semeja una especie de melena de león muy usado por la vestimenta real.

Dinastía: serie de gobernantes de un país que pertenecen a una misma familia.

Dromos: Un dromo, palabra proveniente del griego δρόμος, es un pasaje de entrada o avenida que conduce a un edificio, tumba o pasillo.

Escriba: Hombre que tenía por oficio copiar escritos, pasarlos a limpio o escribir al dictado.

Esfinge: Animal fabuloso, con cabeza, cuello y pecho de mujer y cuerpo y pies de león. También se refiere a una persona que adopta una actitud enigmática y misteriosa, sin mostrar al exterior lo que piensa o siente.

Faluca: Embarcación utilizada para navegar en el río Nilo.

Hitita: Persona que pertenecía a un grupo de pueblos que habitó aproximadamente desde el año 2000 al 700 a. C. en el sudoeste de Asia.

Hornacina: Nicho o hueco coronado por un arco semicircular abierto en la superficie de un muro, para colocar en él una imagen votiva, urna o estatua.

Imperio Nuevo: Periodo histórico que comienza con la reunificación de Egipto bajo Amosis I y que termina hacia el 1070 a. C. con la llegada al trono de los soberanos de origen libio. Lo componen las dinastías XVIII, XIX y XX

Jeroglífico: Sagrada escritura (del griego). Un sistema de escritura que utiliza dibujos o símbolos para representar palabras, sílabas o sonidos.

Karnak: Era en la antigüedad un conjunto de cinco templos sagrados cuyo nombre en Egipto antiguo es Ipet sut que quiere decir "el lugar más venerado".

Kemet: nombre con que se conocía a Egipto. Kemet significa "tierra negra o de limos", depositados por el Nilo creando una zona muy fértil.

Khol: Es un cosmético a base de galena molida y otros ingredientes. El kohl se ha usado tradicionalmente desde la Edad de Bronce (desde 3500 a. C.), en un principio como protección contra las dolencias de los ojos. Además, al oscurecer los párpados se protegían los ojos de la luz del sol. Las madres aplicaban kohl en los ojos de sus hijos recién nacidos "para fortalecerlos". Algunas creían que protegía del mal de ojo.

Khopesh: Mortal espada en forma de hoz con una punta afilada en su extremo.

Lúxor: Es la ciudad de los grandes templos del antiguo Egipto (Lúxor y Karnak), y de las célebres necrópolis de la ribera occidental, donde se enterraron a los faraones y nobles del Imperio Nuevo de Egipto, denominados el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas.

Menfis: Menfis fue la capital del Imperio Antiguo de Egipto y del nomo I del Bajo Egipto. Estaba situada al sur del delta del río Nilo, en la región que se encuentra entre el Bajo y el Alto Egipto.

Momia: Cadáver de un ser humano o de otro animal que, mediante embalsamamiento o por circunstancias naturales, se ha mantenido en aceptable estado de conservación del cuerpo mucho tiempo después de la muerte.

Natrón: Es uno de los nombres comunes del carbonato sódico o su mineral. Es una sal compuesta de carbonato sódico, bicarbonato sódico, sulfato sódico y cloruro sódico, que en Egipto se encontraba en

estado natural y era usado para el proceso de momificación por los antiguos egipcios.

Necrópolis: Una necrópolis es un cementerio o lugar destinado a enterramientos. Etimológicamente significa ciudad de los muertos o cadáveres, pues proviene del griego antiguo: 'νεκρός "necrós", muerto o cadáver.

Nomo: nombre con que se conoce cada ciudad egipcia.

Nubia: Pueblo del sur de Egipto, llamado: "Tai-Seiti" que en antiguo egipcio quería decir "la tierra de la gente del arco".

Nubia: Región del nordeste de África de donde el imperio egipcio obtenía oro y esclavos.

Ostraca: fragmentos cerámicos con textos o dibujos.

Papiro: Planta acuática de tallo hueco y liso, rizoma aromático, leñoso y reptante, hojas largas y estrechas y flores pequeñas y verdosas, agrupadas en un penacho de espigas; puede alcanzar hasta 3 metros de altura. Del tallo de esta planta se extrae una lámina flexible, que se emplea para escribir o dibujar en ella.

Pilono: El pilono o pilón, palabra proveniente del griego πυλών pylón 'puerta grande', 'portal', es una construcción con forma de pirámide truncada, a modo de gruesos muros, que, erigidos por pares, flanquean la entrada principal de los templos del Antiguo Egipto.

Pilonos: El pilono o pilón, palabra proveniente del griego πυλών pylón 'puerta grande', 'portal'. Es una construcción con forma de pirámide truncada, a modo de gruesos muros, que, erigidos por pares, flanquean la entrada principal de los templos del Antiguo Egipto.

Punt: Antiguo territorio egipcio, localizado posiblemente en la costa africana del océano Índico.

Put: Somalia.

Sala Hipóstila: Sala de columnas (del griego).

Sarcófago: Es un ataúd o recipiente, generalmente tallado en piedra, destinado a contener un cadáver.

Senet: Juego de mesa usado en el antiguo Egipto el cual consistía en sacar tus piezas del tablero antes que el adversario. También tiene una connotación espiritual como preparación al viaje al más allá.

Shenti: La shenti o schenti era una prenda de vestir masculina en forma de falda corta que fue utilizada por los antiguos egipcios, al menos, desde el Imperio Antiguo.

Sun-Nu: Médico, cuya palabra significa “el hombre de los que sufren o están enfermos”.

Tebas: Llamada la ciudad de las cien puertas, fue la capital del Antiguo Egipto durante el imperio Medio y Nuevo. Hoy día sus ruinas están la ciudad de Lúxor.

Vasos canopos: recipientes empleados en el Antiguo Egipto donde se depositaban las vísceras de los difuntos.

PRINCIPALES DIOSES EGIPCIOS (Resumen)

Amón Ra: (Unión de Ra y Amón), Amón quien se unió con Ra sería el dios primordial, habiendo creado a sí mismo y al universo. Posteriormente, se unió al dios del sol Ra y se convirtieron en uno solo, creando los seres humanos y la vida en la Tierra de allí el nombre de Amón Ra.

Amón: Dios, cuyo nombre significa “el oculto”, fue el primordial hasta que se fundió con Ra. Así como Zeus para los griegos, Amón era considerado el rey de los dioses y diosas de Egipto. Este dios era generalmente representado en una forma humana, pero a veces también era retratado con la cabeza del carnero. Amón como muchos otros antiguos dioses egipcios que fueron asimilados con

Anubis: El embalsamador divino. Anubis era un dios con cabeza de chacal y cuerpo de hombre, que era responsable del reino de los muertos antes del asesinato de Osiris.

Anuket: Diosa del agua. Conocida como quien gobernó Nubia, las crecidas del río Nilo que otorgaban la fertilidad de sus tierras, eran consideradas como uno de sus abrazos.

Bastet: Diosa de la sexualidad y protectora de las mujeres embarazadas. Después del año 1000 a.C, su imagen ganó la forma de gato, animal que para los egipcios trae buena suerte. Es una de las hijas de Ra.

Él es el dios del cielo y representa el sol naciente. Horus era generalmente descrito como una criatura masculina con cabeza de halcón, usando una corona blanca y roja.

Era adorada en las fiestas, ya que se consideraba que Hathor traía la danza, la música y el vino. Su representación traía la figura de una vaca, el animal más gentil en la visión de los antiguos egipcios.

Este dios era conocido por momificar a los muertos y orientar sus almas hacia la vida post-muerte. Anubis era descendiente de Ra y Neftis.

Hathor: Diosa del amor y la alegría, esposa de Horus, era una de las más populares de Egipto, así como Isis. Hathor era la diosa del amor y de la alegría, protectora de las mujeres.

Horus: “El distante”. Dios del Cielo. Horus era uno de los más importantes dioses egipcios antiguos, hijo de Osiris e Isis. él vengó el asesinato de su padre, matando a su tío Seth y convirtiéndose en el nuevo rey de Egipto.

Isis: Es la diosa de la magia y del amor, protectora de las madres y esposas. Era la diosa más popular del panteón egipcio. Era hermana-esposa de Osiris, Fue ella, junto a la hermana Neftis, que recoge los pedazos de Osiris y lo trae de vuelta a la vida. Juntos, los dos concibieron Horus.

Jnum: Dios de la creatividad y controlador de las aguas del río Nilo.

Jonsu: Dios protector de los enfermos, se asociaba con los medicamentos.

Maat: La diosa de la verdad. Maat era la personificación y la diosa de la verdad, la moralidad, la justicia, el orden y la armonía. Ella simbolizaba el equilibrio natural del universo, siendo el opuesto al caos.

Mut: La diosa madre. Mut, que significa «madre» en la lengua egipcia, era uno de los principales dioses tebanos, esposa de Amón y madre de Khonsu.

Neftis: Fue hermana-esposa de Seth y de Osiris. Después de la muerte de éste, se separó de Seth y se unió a su hermana Isis en duelo. Es

asociada al culto de los muertos y se muestra a veces como una mujer al lado de sarcófagos.

Osiris: Descendente directo de Ra (el dios de la creación), Osiris es el hijo mayor de la pareja Geb y Nut. Él reinó sobre la Tierra como el primer faraón de Egipto. Esto hasta ser asesinado por su hermano Seth. A partir de ahí, Osiris se convirtió en el dios supremo y el juez del mundo de los muertos.

Ptah: Dios constructor de las obras hechas en piedra, inventor de la albañilería, patrón de los arquitectos y los artesanos.

Ra: El dios del sol (Principal Dios de la Cultura Egipcia). Una de las más importantes divinidades egipcias antiguas. Este dios simbólicamente nacía todas las mañanas con la salida del sol, y moría con cada puesta de sol.

Se creía que los faraones eran hijos de Ra, y de allí vendría su derecho a reinar sobre Egipto.

Sekhmet: La diosa de la guerra y de la curación. Sekhmet era la diosa de la guerra que era descrita como la diosa con cabeza de león. Ella era conocida como «La Poderosa», que destruyó a los enemigos de Ra y ayudaba a los faraones contra sus oponentes. Sekhmet también estaba asociada a la medicina ya la salud.

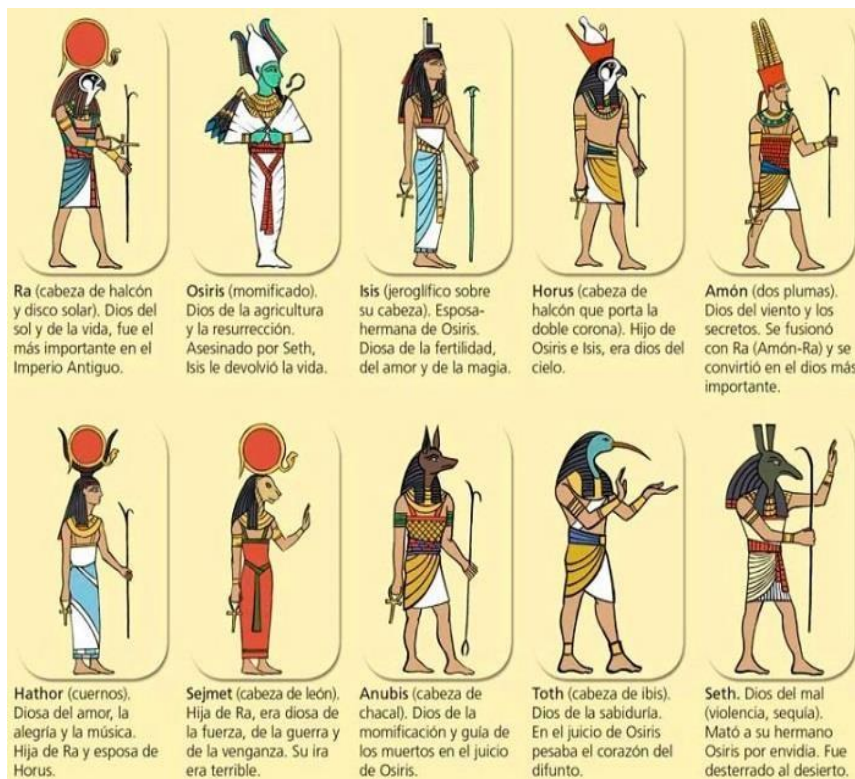
Seth: El dios del caos es el responsable de las guerras y la oscuridad. Mató al hermano, Osiris, pero perdió la supremacía de Egipto ya que, Fue vencido por Horus. Tiene la forma del cerdo-hormiguero, animal raro de África.

Sobek: Dios de la fertilidad, de la vegetación y de la vida es representado como humano con cabeza de cocodrilo. Creador del Nilo, que habría surgido de su sudor.

sus versiones regionales, Amón fue fundido con Ra, convirtiéndose en Amón- Ra. Este permaneció como el dios principal durante todo el período del antiguo Egipto, por tal razón Ra se convirtió en el principal Dios de la Cultura Egipcia.

Toth: El dios de la Luna, de la sabiduría y el Conocimiento. Era a menudo retratado como un hombre con cabeza de ibis o de babuino. Thoth era

el escriba del submundo, maestro de las leyes físicas y divinas, que mantenía la biblioteca de los dioses. Es el patrono de los escribas y trajo los jeroglíficos a Egipto.



SÍMBOLOS DEL ANTIGUO EGIPTO

-CRUZ ANSADA O ANJ (ANKH)



El símbolo de la cruz ansada, conocida también como Anj, es un jeroglífico egipcio que simboliza la vida eterna. Este es uno de los jeroglíficos que más aparece tanto en los textos como en el arte egipcio siempre en relación con los dioses.

-OJO DE HORUS



El Ojo de Horus, también conocido como Udyat, es un símbolo egipcio que relacionado con la buena salud y la protección. El símbolo proviene del dios Horus, el dios del cielo representado en forma de halcón o de hombre con cabeza de halcón.

-ESCARABAJO

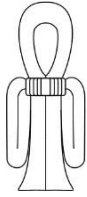


El Escarabajo es un símbolo egipcio ligado al dios Jepri, un dios del Sol visto como una de las posibles formas del dios del Sol Ra. Es el símbolo del Sol naciente y de la resurrección. Como amuletos se colocaban sobre el corazón del difunto para protegerlo en su viaje hacia el inframundo.

-PILAR DYED



El Pilar Dyed simboliza la fuerza y la estabilidad y está relacionado con el dios creador Ptah y con Osiris, el dios de la muerte. Debido a su asociación con el dios Osiris este símbolo también se conoce como la columna vertebral de Osiris.

-TYET

Este símbolo, conocido también como nudo de Isis, es un símbolo egipcio que representa a la diosa Isis. Su significado es similar al del Anj ya que se considera que el Tyet simboliza la vida y el bienestar. La denominación de nudo de Isis tiene su origen en la similitud de este símbolo con los nudos utilizados para sujetar los vestidos de los dioses.

-PLUMA DE MAAT

En la mitología egipcia Maat es un concepto abstracto relacionado con la justicia y la verdad. Este concepto era representado a menudo como una diosa, hija de Ra. Uno de los atributos de esta diosa era que llevaba una pluma de avestruz sobre su cabeza, conocida como la pluma de Maat.

Esta pluma era utilizada según las creencias egipcias durante el juicio de Osiris. Este juicio tenía lugar cuando un difunto llegaba al inframundo. Durante el juicio de Osiris se colocaba en un lado de una balanza el corazón del difunto y en el otro la pluma de Maat. Si el corazón, debido a los pecados que albergaba, pesaba más que la pluma de Maat se consideraba que el difunto no tenía derecho a acceder a la vida de inframundo y era devorado por la diosa Ammyt.

-KA Y BA

Ka y Ba son dos nombres que según las creencias egipcias representan las dos partes del ánima humana.



Ka era una esencia espiritual de toda persona recibida en el momento de su nacimiento. El Ka se consideraba una esencia independiente del cuerpo humano pero que debía permanecer en su interior. Incluso después de la muerte de la persona, el Ka

permanecía dentro de su cuerpo esperando el momento de poder reencontrarse con el Ba para poder emprender el viaje al inframundo.



El **Ba** es también un concepto abstracto relacionado con los rasgos únicos de una persona, algo que de algún modo puede entenderse como su personalidad y que seguía viviendo después de la muerte. El

Ba abandonaba el cuerpo de la persona tras la muerte para viajar al inframundo. Podía volver a la tumba para reencontrarse con el Ka hasta que, después del juicio de Osiris, los dos podían reunirse de nuevo para la vida en el inframundo. El símbolo del Ka hace referencia a Heka, una deidad egipcia relacionada con la magia. El Ba, en cambio, era representado en forma de cuerpo de pájaro y cabeza humana.

-SEBA



Este símbolo era utilizado en el arte egipcio para representar las estrellas. A menudo utilizaban este símbolo para decorar los templos y el interior de las tumbas.

Los egipcios tenían la creencia que las estrellas habitaban también en el Duat, el inframundo, y que allí descendían cada noche acompañando al Sol. El símbolo de una estrella dentro de un círculo era una forma de representar el inframundo.

-ANILLO SHEN



El anillo Shen es un símbolo de un círculo con una línea tangente que representa una cuerda anudada y simbolizaba la eternidad y la protección. La palabra que designa este símbolo, Shen, significa en egipcio rodear. En algunos casos este símbolo se dibujaba con una

forma más alargada hasta convertirse en un cartucho dentro del cual se escribía el nombre de algún faraón. Esto servía para simbolizar que el anillo Shen protegía eternamente al faraón.

-CETRO UAS

1 El cetro uas, conocido también como was, era un símbolo egipcio que representaba el poder y el dominio. Habitualmente aparecía representado en las manos de algún dios o faraón. Este símbolo consistía en un cetro con la base bifurcada. Su parte superior estaba normalmente decorada con la cabeza de alguna criatura mágica.

-URAEUS



Uraeus es una representación de la diosa cobra Uadyet utilizado para simbolizar la fuerza y autoridad de los faraones. Este icono de la mitología egipcia aparecía a menudo en coronas y máscaras funerarias para representar el vínculo entre faraones y dioses.

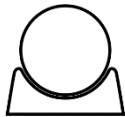
Aparte de su función en relación con los faraones, Uraeus también era utilizada con funciones ornamentales en joyas y amuletos. También en algunos casos se utilizaba como jeroglífico.

-CAYADO Y MAYAL



El Cayado (Heka) y el Mayal (Nekhakha) eran originalmente dos emblemas del dios Osiris pero que con el tiempo pasaron a simbolizar la autoridad de los faraones. En concreto, el cAyado representaba al faraón como pastor de su pueblo mientras que el mayal simbolizaba el papel del faraón como proveedor de alimento a su pueblo.

-AJET



El Ajet es un jeroglífico egipcio que representa el amanecer y el horizonte. Entre los egipcios eran habituales los amuletos con la forma de este símbolo para representar el amanecer y el renacimiento del Sol a cada mañana.

Este símbolo se representaba a menudo custodiado por los dos leones del dios del horizonte, Aker.

-MENAT



El Menat era un collar egipcio con una forma característica y un contrapeso para poder mantenerlo en la posición correcta. Este collar estaba asociado con la diosa Hathor y su hijo Ihy. Según la mitología egipcia era el amuleto a partir del cual la diosa Hathor emitía su poder. En muchas de sus representaciones se puede interpretar como un símbolo de la fertilidad, el nacimiento, la vida y la renovación.

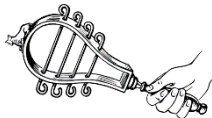
-DISCO SOLAR ALADO



El Disco Solar alado es un símbolo del antiguo Egipto, pero también utilizado en otras culturas antiguas. Este símbolo también se conocía con el nombre de Behdety ya que era utilizado en los templos para representar al dios Behdety, el dios del Sol del mediodía.

Este símbolo fue utilizado como amuleto para proporcionar protección a los egipcios que lo llevaban. En algunos casos también se ha representado como atributo de otros dioses egipcios.

-SISTRUM



El Sistrum era un instrumento del antiguo Egipto utilizado en rituales para venerar a las diosas Hathor, Isis y Bastet. Este instrumento tenía una forma similar al símbolo Anjy consistía en un mango y una serie de piezas metálicas que producían un sonido característico al sacudirlo.

Las diosas Isis y Bastet eran a menudo representadas sujetando uno de estos instrumentos. Los egipcios utilizaban este símbolo para representar escenas relacionadas con la danza y la festividad. También existe un jeroglífico con la forma del sistrum.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA



DAVID M. SEQUERA. UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN (UNAE)

David (Venezuela, 1971) es un apasionado profesor de Literatura, doctor en Educación, magíster en Lectura y Escritura y Licenciado en inglés. Es también escritor de artículos sobre temas de literatura y, en ocasiones, corrector de estilo y par ciego de diversos libros. Este escritor latinoamericano es el autor de varios libros: *El Sabio Popular en el Tíbet*, *El Sabio Popular y el hijo del hombre*, *Carnaval de palabras*, *el árbol de caramelos* y *Bolívar contra el viento*, entre otros. Ha coordinado otras publicaciones como *Kilkana* y *Los colores perdidos*, relatos de dos hermanitos.

David es un fanático de la historia, la poesía y el relato ficticio; estos elementos se confabulan y crean un novicio estilo literario presente en “*El Sabio popular*”, serie de libros donde el autor, de forma muy impertinente, se atreve a jugar con los sucesos más destacados de la historia universal para regalarnos un relato donde lo real y lo onírico, marcados por su identidad

latinoamericana, no tienen línea divisoria. Lo que más le agrada, además de leer y enseñar, es compartir con su adorada familia.

BIBLIOGRAFÍA

- Antiguo Egipto. (2014). Civilizaciones del valle del Nilo, de los faraones a los agricultores. Editorial SOL90 S, L. Barcelona, España.
- Ares N. (2002). Egipto. Hechos y objetos inexplicables del Egipto faraónico. Editorial Edaf. España.
- Canal Educa (2015). El agua en el Antiguo Egipto. Disponible en: <https://www.fundacioncanal.com/canaleduca/wp-content/uploads/2016/03/el-agua-en-el-antiguo-Egipto.pdf>
- Cottrel L. (1974). Egipto. Culturas básicas del mundo. Editorial Joaquín Mortiz. México.
- Irribarren J. (1974). Diccionario. El porqué de los dichos. Ed. Aguilar, 4ª. ed. Madrid, 1974.
- Molinero M. Los sacerdotes egipcios. Cuadernos historia 16. Editorial Historia e Información s.l. España. Número 136 Disponible en: <https://saladehistoriacl.wpcomstaging.com/biblioteca-digital/historia-16/cuadernos-de-historia-16/>- España.
- National Geographic. (2013). Egipto. Auge y caída de los faraones. Editorial Editec. Barcelona, España.
- Pérez A. (1985). El trabajo en Egipto. Cuadernos historia 16. Editorial Historia e Información s.l. España. Número 117. Disponible en: <https://saladehistoriacl.wpcomstaging.com/biblioteca-digital/historia-16/cuadernos-de-historia-16/>

VIDEOGRAFÍA

- Fisicando. (12 de julio de 2020). **Documental HD - MISTERIOS DE EGIPTO (National Geographic)**. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=rkGcUYG-8pE>
- DOCUMENTALIA ESPAÑOL. (30 de diciembre de 2017). **El verdadero Tutankamón | Documental en Español**. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=rkGcUYG-8pE>
- Laura Egiptología. (15 de diciembre de 2017). **Historia de Egipto en menos de 20 minutos**. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=aQvtgbb6dVs>

- Laura Egiptología. (15 de junio de 2017). **El verdadero Sinuhé el egipcio.** Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=Lf7ukXeHlfs>
- Laura Egiptología. (15 de junio de 2017). **La música en el antiguo Egipto.** Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=dD8atOxxapk&list=RDCMU_CkgDV_OO3QTa8A0vRJtQPgPg&start-radio=1&t=0
- JHONNY N.M. DocumtIs. **Egipto, los orígenes. (Documentales).** Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=3VsfescV7ag>
- er df. (24 de septiembre de 2017). **Historia del mundo en dos horas.** Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=vAMRI85zcpq>
- Atrapados en el tiempo. Youtube. **Las mejores historias de viajeros en el tiempo.** <https://www.youtube.com/watch?v=MOAmt47KBT8>
- Música, videos y películas. **Sinuhé, el egipcio. Película (1954).** Audio latino Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=5XstrNANxA8>
- Perez Pertyi. (09 de abril de 2020). **El sepulcro de los reyes Película completa.** Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=cG82gc8h-6g>
- Angel Gabriel Abad. (19 de octubre de 2016). **El misterio de la reina Nefertiti.** Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=XGFy-qIW7uc>

BLOGRAFÍA

<https://nachoares.com/articulos/la-escritura-en-el-antiguo-egipto-palabras-del-dios/>

<https://nachoares.com/dentro-piramide/literatura-cine-y-comic/>

ILUSTRACIONES

PÁGINA	FUENTE
10	https://es.gizmodo.com/esta-es-la-cerradura-original-que-usaron-los-egipcios- p-1832683466
11	https://www.anfrix.com/2016/11/el-sello-que-protegio-la-tumba-de-tutankamon- durante-3.245-anos/
17	http://www.topviajes.net/mag/pdf/topVIAJES92-Septiembre2018.pdf
19	https://www.facebook.com/243440529094252/photos/the-shemsu-hor-followers-of-horus-semi-divine-beings-who-ruled-pre-dynastic- egypt/1677069572398000/
22	https://arte2torrente.wordpress.com/portfolio/32-trono-de-tutankamon/
26	https://www.flickr.com/photos/7444555@N06/812265281/
30	https://www.google.com/search?q=el+faraon+hereje&rlz=1C1EJFC-enEC843 EC844&sxsrf=ALeKk01hEEutFYN3S8Bj4AmUBt5yvnQ:1607374866512&source=lnms&tbm=isch&sa=X&ved=2ahUK EwjfrMH-4bztAhVQ0FkKHcq5D08Q-AUoAXoECAkQAw&biw=1600&bih=757#imgsrc=rjLF2Gu0MTowZM&imgdii=3L-dzzXJpUGQ-M
35	Fuente: https://egiptologia.com/la-cabeza-de-tiy-en-berlin/

68	https://historia.nationalgeographic.com.es/a/sinhue-aventuras-egipcio- exilio-11326
71	Foto: DEZALB Pixabay https://www.cinconoticias.com/arquitectura-egipcia-caracteristicas-tecnicas-ejemplos/ .
106	https://supercurioso.com/pirámides-egipto/

TEXTOS

TEMA	FUENTE	PÁGINA
El Himno a Atón de Akhenatón	https://es.coursera.org/lecture/egypt/el-himno-a-aton-de- akhenaton-fRNg0	38
Esclavos de Nubia	https://blogpoemas.com/el-alfanje-secreto-x/	44
Vaciado de vasos de piedra	Ares N. (2002). Egipto. Hechos y objetos inexplicables del Egipto faraónico. Editorial Edaf. España.	46
La historia de Sinuhé.	http://www.egiptomania.com/jeroglificos-practica/sinuhe01.htm	68
Principales dioses egipcios	https://profeenhistoria.com/dioses-egipcios/	175
Símbolos del Antiguo Egipto	https://Www.Simboloteca.Com/SimbolosEgipcios/	179

BOCETO INICIAL DE LA PORTADA

DAVID M. SEQUERA

LAS AVENTURAS DEL

SABIO POPULAR
EN EL ANTIGUO EGIPTO



PUBLICACIONES: COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES

<https://ces-al.wixsite.com/website>

- 1.- COMPENDIO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE ECUADOR de VV. AA. (2019).
- 2.- PROVINCIA DE EL ORO: Anuario de fiestas de Rodrigo Murillo Carrión (2019).
- 3.- ENTRE CANARIAS Y ECUADOR de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 4.- LA CULTURA DEL MAÍZ. SARAMAMA. Lenguaje, saberes e identidad en la comarca azuayo-cañari de Carlos Álvarez Pazos (2019).
- 5.- CUADERNO DE PRÁCTICAS DE PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN. Grados de Magisterio (Infantil y Primaria) de Camino Álvarez Fidalgo, Ginesa López Crespo y José Martín-Albo Luca (2019).
- 6.- CRÓNICAS INTERCULTURALES de Brígida San Martín García, Edgar Cordero Coellar y Lorena Álvarez León (2019).
- 7.- PROCEOS DE MUNDIALIZACIÓN coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Arturo Luque González y Ramón Rueda López (2019).
- 8.- INDICADORES SOBRE ACTIVIDADES CULTURALES DE LOS ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA. Volumen I: Actividades culturales de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 9.- GESTIÓN CULTURAL ALTERNATIVA. Reflexiones para su ejercicio de Ramiro Caiza (2020).
- 10.- EPISTEMOLOGÍA ANDINA coordinado por Pedro A. Carretero Poblete y Jennifer M. Loaiza Peñafiel (2020).
- 11.- ASÍ NOS CONTARON LA HISTORIA DE ESMERALDAS de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 12.- TEJIENDO REDES, CONSTRUYENDO PUENTES de Arturo Luque González (2020).
- 13.- LECTURA Y EDUCACIÓN LITERARIA: Aproximaciones, prácticas y reflexiones, Coordinado por Genoveva Ponce Naranjo y Aldo Ocampo González (2020).
- 14.- ¿QUIÉNES SON LOS POBRES ECUATORIANOS POR INGRESOS? UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN de Efstathios Stefos (2020).
- 15.- EL DERECHO A LA SEGURIDAD SOCIAL Y EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD EN ECUADOR de Claudia Sánchez Vera (2020).

- 16.- DE LO RURAL A LO URBANO EN ECUADOR, coordinador por Pedro A. Carretero Poblete, Franklin R. Quishpi Choto y Luis A. Quevedo Báez (2020).
- 17.- TERRITORIO Y PATRIMONIO, Coordinado por Rosa Campillo e Irina Godoy (2020).
- 18.- TESTIMONIOS, VIVENCIAS, REFLEXIONES E IMÁGENES EN TIEMPOS DE COVID-19: Ecuador, Tenerife, Málaga y Roma, coordinado por José Manuel Castellano y Genoveva Ponce Naranjo (2020).
- 19.- TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE URBANO DE RIOBAMBA (1900-2018) de Estebán W. Bravo Carrión, Ana L. Cerda Obregón y Fredy M. Ruis Ortiz (2020).
- 20.- COSMOPOLÍTICA, DEMOCRACIA, GOBERNANZA Y UTOPIA, coordinado por Luis Herrera Montero y Prólogo de Adrián Scribano (2020).
- 21.- CRÓNICAS DESDE ECUADOR de José Manuel Castellano Gil con Prólogo de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 22.- ANÁLISIS COMPARATIVO DE LA POLÍTICA PÚBLICA UNIVERSITARIA ECUATORIANA (2004-2017) de Héctor Aníbal Loyaga Méndez (2020).
- 23.- LO ESCRITO, ESCRITO ESTÁ de Simón Valdivieso Vintimilla (2020).
- 24.- ÁLBUM HISTÓRICO FOTOGRÁFICO: CUENCA-ECUADOR de Adriano Augusto Merchán Aguirre con Prólogo de José Manuel Castellano (2020).
- 25.- HISTÓRIAS DA QUEERENTENA. Coordinado por Pablo Pérez Navarro (2020).
- 26.- TRÍPTICO de Enrique Martínez Vázquez con Prólogo de Gustavo Vega (2020).
- 27.- PROVINCIA DE CAÑAR de Juan Diego Caguana Cela, Juan Carlos Bermeo García y José Manuel Castellano Gil (2020).
- 28.- PROVINCIA DE AZUAY de Juan Carlos Bermeo García, Juan Diego Caguana Cela y José Manuel Castellano Gil (2020).
- 29.- CRÓNICA DE UNA MATANZA IMPUNE. EL ASESINATO DE EMIGRANTES CANARIOS EN CUBA de José Antonio Quintana García (2020).
- 30.- AZOGUES, 200 AÑOS, 200 FOTOS coordinado por Erick Jara, José M. Castellano y Rafael Rodríguez (2020).
- 31.- LA MENTE DIVIDIDA. ESQUIZOFRENIA: UN ENFOQUE INTERDISCIPLINAR, coordinado por Pedro Martínez Suárez (2020).

- 32.- CRÓNICA DE UNA MATANZA IMPUNE. EL ASESINATO DE EMIGRANTES CANARIOS EN CUBA de José Antonio Quintana García con Prólogo de José Manuel Castellano Gil (2020).
- 33.- VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO. Incidencia en estudiantes de la Universidad Católica de Cuenca (Ecuador) de Sandra Urgilés León, Nancy Fernández Aucapiña y Diego Illescas Reinoso (2020).
- 33.- BANDA DE MÚSICOS DE MACHACHI de Javier Fajardo (2020)
- 34.- APRENDAMOS KICHWA - KICHWA SHIMITA YACHAKUSHUNCHIK de Carlos Álvarez Pazos con Prólogo de Ruth Moya (2020).
- 35.- UNA HISTORIA DE LAS CIENCIAS DE LA CONDUCTA, coordinado por Pedro C. Martínez Suárez, Alejandro Herrera Garduño, Nicolás Parra Bolaños, José Alejandro Aristizábal Cuellar y Oscar Aristides Palacio (2020).
- 36.- VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO. Entre la Desavenencia y el Amor de Sandra Urgilés León, Nancy Fernández Aucapiña y Diego Illescas Reinoso con Prólogo de Leonor Guadalupe Delgadillo Guzmán (2020).
- 37.- LOS ORÍGENES DE LA IMPRENTA EN ECUADOR de Bolívar Cabrera Berrezueta con Prólogo de Enrique Pozo Cabrera (2021).
- 38.- GUÍA PEDAGÓGICA – DIDÁCTICA. MUSEO DE LA IMPRENTA NACIONAL de Bolívar Cabrera Berrezueta (2021).
- 39.- EL ZOOLOGICO DE NIETZSCHE de Jesús Puerta con Prólogo de Gustavo Fernández Colón (2021).
- 40.- HOMENAJE A BOLÍVAR ECHEVERRÍA, CARLOS MONSIVÁIS Y JOSÉ SARAMAGO. VV. AA. Con Prólogo de Gustavo Vega. (2021).
- 41.- PARTITURA DE PACO GODOY con prólogo de Gustavo Vega y presentación Wilson Zapata Bustamante (2021).
- 42.- ECONOMÍA BASADA EN EL SAQUEO Y LA VIOLENCIA: NI DEMOCRACIA, NI MERCADO de Federico Aguilera Klink con Prólogo de Chema Tante (2021).

PUBLICACIONES COLECCIÓN TALLER LITERARIO

<https://ces-al.wixsite.com/website>

1. POEMARIO de Edisson Cajilima Márquez, con Prólogo de Francisco Viña (2019).
2. SÁBANAS RESUCITADAS de Juan Fernando Auquilla Díaz, con Prólogo de Catalina Sojos (2019).
3. MISCELÁNEAS DE VOCES JÓVENES de VV.AA., con Prólogo de Juan Almagro Lominchar (2019).
4. SUPERNOVA de Francisco Carrasco Ávila, con Prólogo de Jorge Dávila Vázquez (2019).
5. EL ÁRBOL DE CAMELOS de David M. Sequera (2020).
6. QUEJAS DESDE LA LÍNEA IMAGINARIA de Claudia Neira Rodas, con José Manuel Camacho Delgado (2020).
7. KILLKANA: Relatos de jóvenes ecuatorianos, Coordinador por David Sequera (2020).
8. VOLVER A CASA de Manuel Ferrer Muñoz con Prólogo de Catalina Sojos (2020).
9. POEMAS ENTRE ORILLAS de VV.AA. (2020).
10. NUEVA CANCIÓN DE EURÍDICE Y ORFEO de Jorge Dávila Vázquez (2020).
11. CIUDADES de Juan Fernando Auquilla Díaz con Prólogo de Cristian Avecillas Sigüenza (2020).
12. DIEZ PEQUEÑAS HISTORIAS de Esthela García con Prólogo de Germán León Ramírez (2020).
13. SINFONÍA DE LA CIUDAD AMADA de Jorge Dávila Vázquez con Prólogo de Francisco Proaño Arandi (2020).
14. LOS COLORES PERDIDOS Y OTROS RELATOS de Isabel Victoria Sequera Villegas y Andrés David Sequera Villegas con Prólogo de Yesenia Espinoza (2020).
15. HAIKUS COTIDIANOS de Ramiro Caiza (2020).
16. POEMAS SOBRE DOS CIUDADES. VV.AA. con Prólogo de Yesenia Espinosa e Ilustraciones de Alicia Méndez. Premio de Poesía de Azogues y Cuenca (2020).

17. TRAVESÍAS URBANAS de Jacqueline Murillo Garnica, con prólogo de Manuel Ferrer Muñoz e ilustraciones de Marcela Ángel Salgado y Jéssica Rocío Mejía Leal (2020).
18. FUEGO CRUZADO. Crossfire de Iván Petroff con Prólogo de Bojana Kovacevié Petrovic (2020).
19. FILOSOFÍA DEL ARTE de Galo Rodríguez Arcos con prólogo de Carlos Paladines (2020).
20. EXPRESIONES Y ESBOZOS EN UN BICENTENARIO DIFERENTE. AZOGUES” de VV. AA. (2020).
21. EL SABIO POPULAR EN EL ANTIGUO EGIPTO de David Sequera con Prólogo de Nacho Ares (2021).

En este libro descubrirás una excelente aproximación a la cultura faraónica de la mano de un Sabio, Ramón, cuya sed de conocimiento no se frena con los obstáculos naturales de estar en una tierra lejana y distinta.

Es mágico, extraordinario y, una vez más, emocionante, que personas como David en América, en mi caso yo en España u otros egiptomaníacos o “egiptolocos”, como me gusta llamarles, sintamos tan fuertes los lazos que nos proporciona el mundo faraónico. Algo que no morirá nunca porque sus dioses siguen encarnados entre nosotros y en nuestra forma de sentir la vida. Mi más sincera enhorabuena David.

NACHO ARES

Egiptólogo, investigador, escritor y divulgador

ISBN: 978-9942-840-15-8

